

# BAJO DOS BANDERAS

RELATOS DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE LA  
INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS



JUAN ESLAVA GALÁN

ESPIDO FREIRE

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

SUSANA FORTES

LUZ GABÁS

JUAN GÓMEZ-JURADO

EMILIO LARA

CRISTINA LÓPEZ BARRIO

JOSÉ MARÍA MERINO

ARTURO PÉREZ-REVERTE

CLARA SÁNCHEZ

LORENZO SILVA

zenda  
lectura, libros y cultura

IBERDROLA

# BAJO DOS BANDERAS

RELATOS DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE LA  
INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS



JUAN ESLAVA GALÁN  
ESPIDO FREIRE  
AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO  
SUSANA FORTES  
LUZ GABÁS  
JUAN GÓMEZ-JURADO

EMILIO LARA  
CRISTINA LÓPEZ BARRIO  
JOSÉ MARÍA MERINO  
ARTURO PÉREZ-REVERTE  
CLARA SÁNCHEZ  
LORENZO SILVA

zenda  
libros, libros, y compañía

IBERDROLA

**Z**

## **Bajo dos banderas**

---

Relatos de España  
en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos

Edición no venal de Zenda, [zendalibros.com](http://zendalibros.com), patrocinada por Iberdrola

# **Bajo dos banderas**

*Juan Eslava Galán*

*Espido Freire*

*Agustín Fernández Mallo*

*Susana Fortes*

*Luz Gabás*

*Juan Gómez-Jurado*

*Emilio Lara*

*Cristina López Barrio*

*José María Merino*

*Arturo Pérez-Reverte*

*Clara Sánchez*

*Lorenzo Silva*

*Relatos de España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos*

**Dirección editorial**

Arturo Pérez-Reverte

**Edición y coordinación**

Leandro Pérez

**Textos**

© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

**Cubierta**

Fragmento de *La marcha de Gálvez*

Pintura de Augusto Ferrer-Dalmau

© Augusto Ferrer-Dalmau

**Diseño y maquetación**

[restristestigres.com](http://restristestigres.com)

**Primera edición**

abril de 2018

**Depósito legal**

A 131-2018

**Edita**

[Zenda - Ruritania Editores S.L.](http://Zenda - Ruritania Editores S.L.)

# Índice

Prólogo, por Ignacio S. Galán

El droguero de Mobile, por Juan Eslava Galán

Los hombres con suerte, por Espido Freire

El hilo de oro, por Agustín Fernández Mallo

A la ventura, por Susana Fortes

Tú sola, por Luz Gabás

La popa de una gallina anglicana, por Juan Gómez-Jurado

Las Bahamas y «Perico Pelao», por Emilio Lara

La caracola, por Cristina López Barrio

En el sendero español, por José María Merino

La cabellera, por Arturo Pérez-Reverte

La agente 355, por Clara Sánchez

Brest, septiembre de 1779, por Lorenzo Silva

Cronología, por Juan Eslava Galán

Autores

# Prólogo

# La luz de la historia

Ignacio S. Galán

*Presidente de Iberdrola*

Me resulta especialmente gratificante presentar este libro de relatos sobre el papel de España en la independencia de Estados Unidos. Las historias de los eminentes escritores que acompañarán al lector durante este recorrido nos invitan a recordar el rol fundamental de España en episodios clave y, sin embargo, poco conocidos. Son textos que abordan nuestro ayer con miradas diferentes procedentes de las dos orillas, recordándonos que todos somos memoria.

Esta necesaria conjunción entre pasado, presente y futuro es, precisamente, un objetivo importante para nuestra compañía. Iberdrola nació con una idea que está hoy más vigente que nunca: que la tecnología más avanzada esté al servicio de las personas y que ese objetivo se demuestre en soluciones energéticas sostenibles y competitivas. Alrededor de esa idea, la compañía ha ido sumándose a otras que constituyen pilares esenciales de su actividad, como la igualdad real entre hombres y mujeres o la promoción de la educación y la investigación. Para conseguirlo, siempre hemos sabido que debíamos aprender de las huellas de quienes nos precedieron, pero también que teníamos que tener el coraje de navegar en nuevas embarcaciones que siguen rutas diversas, y que sin duda nos ayudarán a habitar el territorio de lo múltiple y lo diverso.

La presencia de la compañía a ambos lados del Atlántico nos hace sentir muy orgullosos porque nos acerca a otras culturas, nos permite aprender de ellas y comprendernos mejor a través de las pinceladas de los pintores y de las palabras de los escritores como los que hoy presentamos.

Sabemos que la pintura y la literatura no son simples formas artísticas, sino verdaderas miradas sobre el porvenir de nuestro pasado. Por eso, en Iberdrola siempre hemos sido conscientes de la necesidad de apoyar el arte en todas sus manifestaciones, algo que llevamos demostrando desde hace años y que nos singulariza: el firme compromiso con la cultura como parte del dividendo social de la empresa.

Este libro de relatos plantea la necesidad del encuentro y de la interacción entre las culturas como un diálogo constante, en continuo movimiento, que crece hacia el futuro desde la mirada recobrada de quienes nos han precedido. Sus autores imaginan la realidad y, mediante el uso privilegiado de la palabra, la pasan por el tamiz del artificio. La historia se hace con palabras, de ahí que estas narraciones vengán a ser como una reverberación de la propia historia, como una

fijación de determinados hechos a través de la capacidad imaginativa de sus autores.

Participando de la cultura, en este caso a través de la plataforma literaria Zenda, Iberdrola quiere mantener encendida la luz de la historia, que nos incitará a preguntar cómo hemos vivido y, en consecuencia, nos permitirá plantear posibilidades diversas y plurales de cómo vivir mejor en el futuro.

El futuro es lo que construimos al volver la mirada hacia atrás. Somos lo que hemos sido y seremos lo que construyamos al reflexionar críticamente sobre lo que fuimos. En este contexto, el arte es ese lugar que nos obliga a contemplar nuestro ayer y provocar a partir de él ese tiempo futuro que a su vez se tornará pasado.

Los textos de este libro nos muestran la necesidad de no estirar las facciones de los significados para hacer desaparecer las saludables arrugas de la memoria. Solo así, volviendo la mirada hacia el pasado, evitaremos caer en la creencia de que el mundo se quedó sin utopías. Y esta colección de relatos, a cuyos autores agradecemos, reconocemos y felicitamos, nos lo ratifica.

# Relatos

# El droguero de Mobile

Juan Eslava Galán

*Dese al pintor Dn. Frco. de Goya y Lucientes*

*Arenas de San Pedro*

Estimado maestro,

Espero que reciba la presente con mucha salud en compañía de su familia. La carta de Vd. me encontró muy postrado de dolor de costado y hasta hoy que me levanto no he podido tomar la pluma.

Me dice, respetado amigo, que el tinte grana que le envié es muy caro y que Méndez lo vende más barato en su botica de Alcalá. Mucho me admira que un maestro tan perito en lo suyo como Vd. compare la grana cochinilla legítima indiana que yo comercio con la falsa que le cuela Méndez a los poco avisados porque todo el mundo sabe que la suya no es cochinilla sino rubia, de la que un pariente le manda mucha provisión del campo de Salamanca, donde la llaman raspalengua y se cría en cualquier rastrojo.

El tinte grana que yo le mando a Vd. para que luzca en retratos de alcurnia, me lo mandan de Méjico mis agentes y pues sus dudas de Vd. me duelen en la honrilla le diré los trabajos que pasé para procurármelo queriendo encontrar allá un comercio que me lo mandara con más seguridad y limpieza y lo que hube de padecer en esa empresa. Ya se puede imaginar Vd. en qué peligros se mete el que por servirle cruza el mar océano estando como está el Rey Nuestro Señor, que Dios Guarde, en guerra con el inglés.

Sin mirar estos peligros bajé a Cádiz, durmiendo en malas ventas y peores posadas, y allí obtuve pasaje en un bergantín de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas que venía de Valencia de recoger 18.000 varas de paño tinto de lana de Alcoy y cargaba el lastre con plomo de Linares y azogue de Almadén. Zarpamos con mar calmo y mucho sol y bajamos a las Canarias temiendo toparnos con el inglés que surca los mares a robar lo que puede, lo que afortunadamente no ocurrió sino que, habiendo salido de las Palmas, entramos en lo espeso del mar y padecemos muy malas borrascas en la que yo, que soy de Cuenca y no he visto más mares que los chilancos del Júcar, pasé toda la travesía tendido en una mala litera o echando por la borda hasta los calostros que mamé de mi madre. Con esto notará Vd. que servirle buen tinte grana de cochinilla me ha proporcionado más fatigas que a Méndez moler el de la rubia que su primo le manda en las recuas de Salamanca.

Eso que le cuento a Vd, con ser más fatigoso de lo que en mis palabras parece, solo fue el

entremés de la función. Al cabo de tempestades y miserias que paso por alto llegamos al famoso puerto de La Habana, yo más muerto que vivo, y bajé del navío enflaquecido y del color de la cera, besando el suelo y dando gracias a Dios porque llegaba vivo.

Dos semanas estuve postrado en una mala fonda catalana hasta volver en mi ser y así que me vi con fuerzas suficientes luego torné al puerto a ver qué nave salía para Veracruz, que es el puerto principal de Méjico. Ha de saber Vd. que de aquel puerto a las provincias de Sacala y Osaca (Tlaxcala y Oaxaca) donde se crían los nopales en los que habita la cochinilla grana que iba buscando hay un buen trecho en el que, según me habían advertido en La Habana, hay que pasar algunos peligros y desiertos donde puedes toparte lo mismo con indios que con malos cristianos. Todo eso estaba dispuesto a desafiar con tal de encontrar un socio que me pudiera proveer de cochinilla grana para servir a los artistas desagradecidos que comparan mi producto con el adulterado y flojo que les vende Méndez. Ya me habían advertido que la grana llega en costales y zurroneos a Veracruz, donde su majestad tiene veedores que meten una caña hueca en el producto y sacan una muestra para comprobar que no llegue adulterado con algún maleficio, pero de todas maneras yo pensaba llegar a los campos de nopales y tratar allí con algún labrador que me enviara la grana directamente.

Íbamos por La Habana. Después de mucho bajar a los consignatarios del puerto, supe que descargaba un navío de paso para Acapulco. También me sirve, dije, y aunque el maestre me ponía pegas de que había poco sitio para el pasaje tanto le insistí y le unté la mano, que me dejó embarcar. Ese fue mi pecado porque, en cuanto salimos de puerto a la mar abierta, torció el rumbo y en lugar de dirigirse a Acapulco puso proa a La Luisiana donde se riñe la guerra entre los colonos que quieren independizarse del rey inglés con ayuda de los franceses y de nuestro propio rey al que Dios guarde.

Parece que debajo de la carga de lana y azúcar que el barco consignaba iba otra carga de mosquetes y pólvora destinada a los rebeldes. Lo supe y fui a quejarme al capitán, un tal don Tomás de Aranda, el que me dijo que ya me había advertido el maestre que no embarcara, así que me resigné pensando que allá donde íbamos habría combinación para llegar por tierra a las referidas Sacala y Osaca.

No fue así para mi daño, sino que tocamos tierra en una ensenada que no puerto, aguas tranquilas que se embolsaban dentro de una costa muy arbolada. Ancló el bajel sin arrimarse a tierra, dispararon una salva que espantó a las gaviotas y casi enseguida aparecieron entre los árboles unos cuantos hombres agitando un trapo. Al rato bajaron del promontorio, sacaron unas

lanchas que tenían prevenidas fuera de la vista y a fuerza de remo vinieron al barco en busca de la carga. De cerca los distinguí que eran colonos ayudados por indios medio desnudos con las cabezas peladas.

Descargaron el barco y trajeron algunos heridos y enfermos con las cabezas llenas de pústulas, lo que me dio cierta aprensión. Hablé con uno de los cocineros, tuerto de un ojo, renco de una pata, y supe que cerca estaba Mobile, un fuerte que le habíamos quitado a los ingleses, y unas pocas leguas a poniente Nueva Orleans, donde hay mucho comercio con Méjico. Viendo la buena ocasión que se me aparejaba de tomar allí el camino de Sacala y Osaca le pedí al capitán que me desembarcara, que más seguro estaría en tierra que no volviendo al mar infestado de ingleses y yendo Dios sabe dónde porque de aquel contrabandista más valía no fiar.

En Mobile hay una ciudadela de mucho empaque, estrellada, con ocho puntas, de piedra y ladrillo, a la que llaman Carlota. A su alrededor ha crecido un pueblo medianejo con algunas casas nuevas mejores que las ordinarias de Madrid, otras de madera más regularejas, un aserradero y un mercado donde se comercian las pieles que bajan las balsas del río Misisipi. Hacía poco que el general Gálvez se lo había arrebatado a los ingleses y se veían, antes de llegar, muchas trincheras y cavas y empalizadas de troncos y fajinas que guardan el camino. Allí me enteraron de que la carretera a Nueva Orleans no era segura porque había en los bosques muchos desertores metidos a bandoleros y algunos indios cimarrones que descalabraban a los viajeros para desvalijarlos.

Como soy persona prudente y enemiga de ponerme en peligros, aunque después de este viajecito empiezo a dudarlo, me resigné a aguardar que vinieran unos carros que se esperaban de Nueva Orleans con escolta y vituallas para irme con ellos a la vuelta. Mientras tanto alquilé una cama en una fonda y procuraba agradar a la patrona, una cuarterona de genio altanero y amenazador, mientras me informaba de las plantas que allá se crían, buscando si alguna es de provecho. En este menester amisté con el barbero de la guarnición y lo ayudé a preparar emplastos de hierbas contra las fiebres y tinturas de san Lázaro para las llagas. Tardaban en llegar los carros y así nos sorprendió la Navidad de 1780 con un frío pelón que me tenía atado a la estufa. Menos mal que allí, con tanto bosque alrededor, lo que sobra es leña y en el aserradero te dan casi de balde los desperdicios de las trozas.

Así nos llegó el siete de enero de 1781, una fecha que en el día de mi muerte seguiré recordando. Estaba queriendo amanecer, pero era todavía oscuro y yo, palmatoria en mano, había salido al excusado que hay detrás de la fonda a hacer de vientre, como suelo antes de desayunar.

En ello estaba, cuando sonó un estampido que tomé por trueno del cielo, que estaba algo encapotado y sin estrellas. Salí a ver y afuera estaba la tarasca de la patrona liada en una toca de lana que le dejaba los muslazos al aire y santiguándose mucho como si hubiera visto al diablo. Salí a la calle y un sargento que venía abrochándose las polainas me certificó que no fue trueno sino cañonazo. ¿De quién?, pregunté. ¿De quién va a ser?: ¡De los ingleses, que parece tonto!

Al cañonazo siguieron otros. Parecía que venían del mar. Los del fuerte respondieron y por encima de las casas empezaron a pasar las centellas de lumbre que dejan las balas de cañón silbando en el aire, que es de lo más amedrentador. Aparecieron luces en las ventanas, y el pueblo todo se puso en movimiento con un rumor de voces y de relinchos, de gente con hatillos y bártulos que enseñada de otras veces corría a las trincheras, al fuerte o a esconderse en el bosque.

Vino a mí el barbero, jadeando de la carrera, y me dijo que el coronel Castro nos esperaba en los parapetos porque atacaban los ingleses y habría heridos que remediar. Le dije que yo no era militar ni figuraba en las listas del regimiento y que como mucho podía trabajar en el hospitalillo del fuerte, debajo del seguro de las bóvedas. Si no vienes conmigo fijo que te fusilan, me dijo. Como soy de fácil convencer me fui con él a los parapetos de las afueras que eran una romería de soldados, con sus uniformes blancos con las vueltas de las mangas azules y muchos paisanos vestidos cada cual de su manera. Todavía solo tronaban los cañones de los que los ingleses, aprovechando la noche, habían aproximado media docena, a los que contestaban los nuestros.

En esto empezaron a levantarse las banderas del día y al llegar la claridad, entre la niebla algodonosa que parecía prendida de las ramas de los árboles, vimos venir un pintorreo de casacas rojas entreveradas con muchos indios chotas que los acompañaban. Tenía Vd. que haber visto a estos salvajes, maestro: medio desnudos, con calzas de tafilete hasta medio muslo y un taparrabos que casi les deja el mondongo al aire, las caras pintadas con rayas rojas, azules y negras, por parecer demonios, los cráneos pavonados con piedras calientes menos un cepillo de pelo crespo y un copete como el de los toreros salmantinos en el que prenden plumas de distintas hechuras y tinturas, y chillando como suelen para darse ánimos y asustar. Los más bizarros llevan colgados del mango del hacha, como trofeos, ciertas cabelleras de enemigos muertos.

Nuestro coronel, Ramón Castro, revistaba las fuerzas detrás del parapeto con más autoridad y gravedad de la que prometían sus pocos años. ¡Qué buena estampa, sin encogerse, con su tricornio de seda, el sable enfundado como si hubiera salido a dar una vuelta por el campo, hablando calmo, animando a los bisoños y desfallecientes! Decía: que nadie tire hasta la orden, apuntar bien, dejar que se acerquen.

Del lado del mar, al despejarse la niebla, apareció un lanchón inglés que, sin sacar los remos del agua, por pasar inadvertido, quería rebasarnos y desembarcar detrás de nosotros para tomarnos como a perro entre puertas. Atento al peligro, Castro destacó a como cuarenta de los nuestros para que fueran contra el lanchón.

Los de la lancha, como estaban prevenidos, dispararon una descarga cerrada que abatió a casi todos los nuestros aprovechando que apenas podían avanzar, el agua por la cintura. Viendo cuántos caían, los indios chotas que iban con los ingleses desampararon la línea para ir a cobrarse las cabelleras porque los ingleses les dan una moneda de plata por cabellera enemiga.

Ya no hubo tiempo de más porque fue ver que habíamos descubierto la añagaza y el coronel que mandaba a los ingleses nos señaló con el sable y tocó el silbato ordenando ataque. A treinta pasos los tendríamos cuando alzaron dos banderas y corrieron hacia nosotros. Cuando los tuvo a tiro, Castro gritó fuego y los dos cañones que flanqueaban el camino soltaron dos talegas de balines que causaron mucho estrago entre los atacantes, dando en tierra con la mitad de ellos. Los otros titubearon un momento pero enseguida se repusieron y cargaron contra nosotros dando gritos.

Maestro, tenía Vd. que haber visto la fila de ingleses apuntar, disparar y lanzarse al asalto, las bayonetas por delante. Castro mantuvo la línea con autoridad y dominio y cuando los tuvimos a diez pasos los recibió con fuego graneado del que un balazo le acertó en la frente al coronel que los mandaba, Johann von Hanxleden, un alemán rubio de como cuarenta años, cuando ya se encaramaba a nuestro parapeto.

Mientras eso ocurría nuestros fusileros de la fila frontera se apartaron tres pasos, en buena ordenanza, a recargar, mientras los de la fila de atrás tomaban sus puestos y disparaban en cerrado contra los ingleses dando con otros tantos en tierra. Con esto ya desfallecieron y se retiraron dejando muchos muertos en el camino y ayudando a algunos heridos que proferían ayes lastimeros.

Los del lanchón, viendo torcerse el día, también se retiraron remando con tan buen ánimo que hasta partieron algunos palos. Castro ordenó entonces fuego graneado contra los indios que habían ido al agua.

Así terminó la batalla, amigo Francisco. Los ingleses se retiraron a Pensacola rabo entre piernas dejando diecinueve muertos en el campo sin contar los indios. Por cierto que en los días que siguieron tuvimos mucho trabajo atendiendo a los heridos y Castro, agradecido, me dio alguna recompensa en plata de muy buena ley de la que allá se estila.

Atento a mi negocio examiné una casaca inglesa de soldado, por ver si el rojo es de buena y legítima grana, y hallé que no es sino el deficiente rojo de rubia, el que nosotros llamamos tinte

turco, que los ingleses importan de Italia. Por eso, cuando se ha soleado mucho y desteñido de las aguas, va oscureciéndose hasta dar en azulado como se ve en muchas casacas viejas que lucen los indios.

En fin, don Francisco, remato mi relación por no hacerme prolijo. A los pocos días llegaron los refuerzos de Méjico y me pude embarcar para Nueva Orleans y de allí, con redobladas fatigas, porque en las colonias todo se hace cuesta arriba, llegué por fin a Sacala y Osaca a ultimar el negocio de encontrar un proveedor de grana cochinilla. Esto acabado regresé a Veracruz a ultimar el asunto con un veedor que me examine la grana, si es de buena calidad, y me la despache a España.

Embarqué y otra vez me vi a lomos de la mar echando los kiries por la borda y en los días calmos jugando a los naipes, a la calva, a la barra y otros juegos pueriles que a bordo se usan.

En fin, don Francisco, con esto acabo y le suplico que vea si me esfuerzo en servirlo y por unos pocos reales no me prive de las ocasiones en que pueda darle prueba manifiesta del respeto y obediencia en que siempre ha sido de Vd. A. S.S. Q.B.S.M.

En Madrid a 13 Agt.o 1783

PD. Espero verlo a Vd. por aquí donde bien quisiera conversar con Vd. y chocolatear e ir a ver comedias con mi viejo amigo y convidarlo con los veintitrés reales que me sobraron del encargo.

# Los hombres con suerte

Espido Freire

¿Qué haremos, ahora que nos ha abandonado la suerte? ¿A quién acudiremos, ahora que nuestro nombre ya no es el nombre con el que nos creó Hisagitaimisi, a dónde puede acudir un pueblo sin tierra y sin suerte?

Los españoles nos cuentan que nos liberarán pronto si somos sus amigos y los de los americanos, y luchamos contra los ingleses. Después de dos noches encerrados, hemos dicho que sí. Ahora aguardamos en el patio a que el Gran Hombre, el Dueño de la Tierra Gálvez venga a nuestro encuentro.

—Es un gran honor —nos ha dicho uno de los vendidos a su causa, que habla las lenguas de esta tierra, casi todas mal—. Es un hombre muy ocupado.

Nosotros nos preguntamos en qué se ocupa un hombre tan importante. Nuestros sabios no hacen gran cosa: hablan con Esaugetuh Emisee, el maestro del aliento, a través del tabaco, el humo y el sueño, y nos indican qué hacer. Pero los sabios de los blancos parecen comportarse de manera diferente: todo lo hacen de manera diferente, y por primera vez en nuestra existencia, su Dios blanco parece estar venciendo al nuestro.

Cuando llegaron, en vida de los abuelos muertos, parecía que todo nos separaba menos Dios: ellos tenían su dios, y nosotros al nuestro, el maestro del aliento. Sus sacerdotes y los nuestros se sentaban para enseñarse nuevas palabras. Su dios, como el nuestro, había creado a los hombres con arcilla, el barro de la única colina que asomaba sobre las aguas, y les había insuflado aliento. Como el nuestro, había dominado a las criaturas del mal, y había creado al Hermano sol y a la Hermana luna, y las cuatro esquinas sobre las que se sostiene el mundo. Y nuestro Dios supremo mantenía ese aliento humano, y nos lo retiraba cuando llegaba la hora.

En el patio de arcilla, hecho de la misma materia que los hombres, nos apiñamos para protegernos del sol y de la vergüenza. Algunos españoles nos señalan con el dedo; primero hacen la señal de cortar una cabellera de sus cabezas, y luego se la llevan a la garganta, para indicarnos que así acabaremos nosotros. No mostramos miedo, no mostramos nada. Tenemos hambre, y sed, y sabemos que todo eso es mentira, no es más que un engaño de nuestro cuerpo hecho de barro. Esperamos.

Pero el traductor, sentado en cuclillas a nuestro lado, insiste.

—Amigos, amigos.

Los hombres blancos, no importa si son españoles o ingleses, negocian bien, si tienen con qué,

y roban mejor, si tienen el qué, pero no sienten piedad si somos nosotros los que negociamos o robamos. Y como ladrones, somos los mejores. Con habilidad de quien tiene como madre a la Serpiente Cornuda, nos deslizamos sobre nuestros vientres para sortear los cercados que guardan los caballos y el ganado de los blancos. Los caballos nos aportan prestigio. El ganado nos da de comer. Cuando nos atrapan y nos golpean, gritan:

—¡Cultivad vuestras tierras! ¡Criad vuestro ganado!

¿Cómo vamos a criar vacas quienes cazamos? ¿Qué quieren que seamos? Nuestro padre fue el Cazador con Suerte, nuestra madre, la Mujer Maíz. Cazamos. Sembramos una tierra y regresamos a ella cuando el maíz ha crecido. Nos han hecho para esa vida, nuestro aliento se mantiene por esa vida y por las que arrebatamos a los enemigos. Es correcto que nos maten, es el privilegio de los guerreros que vencen: pero no pueden pretender que cambiemos. Uno no puede vivir sin aliento.

Los ingleses, en los últimos tiempos, nos han dado muchas cosas y nos han ofrecido su amistad: armas, pero no siempre las mejores. Caballos, pero no siempre los mejores. Mantas, y ropa, y joyas, esas sí, las mejores. Nosotros somos los muskogi, los ingleses nos llaman creek.

—Lo mejor para los creek —dicen, pero mienten, y nos dan armas viejas que pierden pólvora.

—Dadnos más. Más.

—Lo mejor para los creek —dicen los ingleses—; ahora, matad españoles.

Nos parece bien, un enemigo es parecido a otro, y ahora que tenemos pólvora, matamos con pólvora a los españoles que se han instalado muy cerca, demasiado cerca, cerca de Pensacola, cerca de nuestra tierra que estuvo cubierta por agua y que les permitió llegar por agua a los malditos blancos. La pólvora nos permite matar desde lejos, pero eso no cuenta para nuestro pueblo: un cazador puede mentir si lo desea, si no se lleva la presa con él las palabras pueden hincharlo y hacerlo grande, aunque sea muy pequeño. Eso nos dijeron los ingleses, y los franceses, y alguien quiere creer que los españoles también, aunque ahora lo nieguen, y por eso es práctico llevarles la cabellera. Eso satisface nuestro honor de hijos de serpiente, sobre la tierra reptamos, zas, zas, llegamos al español que ha muerto ya, o aún no, y zas, zas, no con el dedo, como ellos, sino con el cuchillo, como nosotros, cortamos la cabellera (y a veces un brazo, o la nariz, a veces hasta la guerra aburre si no variamos los hábitos) y se la llevamos a los blancos.

Todos quieren cabelleras, mientras no sean la de su pueblo.

Hambre. Sed. Mentiras del cuerpo. Esas no importan. Las mentiras dichas en palabras, esas sí son las que conviene distinguir.

El Gran Hombre, el Dueño de la Tierra Gálvez se asoma desde la casa grande, y se acerca a

nosotros. Esta vez sí es él, confundimos a veces los rostros de los blancos, que se empeñan en parecerse los unos a los otros con las mismas pelucas blancas y el mismo ropaje de capas y colores. Los Cazadores con suerte, a los que nos llaman creeks, mostramos cada uno unas marcas, como los caballos sus colores, y desde lejos así pueden saber quiénes somos y quién falta. Los blancos no, todos son iguales, y si no fuera por sus uniformes de guerra no sabríamos a quiénes estamos robando y a quién matando.

Pero esta vez nos han dicho que es él, y se acerca con calma. Eso nos gusta a los muskogi. Cuando Dios hizo tiempo, hizo de sobra para todo. El dios de los blancos les regala poco tiempo, y lo gastan muy deprisa. El Gran Hombre se aproxima mirando a izquierda y derecha, nos dirige una mirada a cada uno, intenta leer nuestras manchas y nuestros colores.

—¿Quién es el jefe? —pregunta, aunque la voz que suena es la del traductor.

Es lógico que el jefe quiera hablar con otro jefe, pero nosotros somos más astutos, y no vamos a delatar a nuestro sabio.

—No hay jefe —respondemos—, el creek es el jefe del creek.

—Yo soy un jefe —dice él, con su otra voz en idioma prestado.

—Sí, lo sabemos. Eres un Gran Jefe, un Gran Hombre, el Dueño de la Tierra tuya.

Casi todos los blancos son sensibles a la adulación, pero este blanco no cambia el gesto mientras el traductor añade sus propios elogios.

—Es verdad, tengo alguna tierra al otro lado del mar. Allí me llaman Conde, que es como vosotros entendéis que soy Dueño de la Tierra. Pero por encima de mí hay otro jefe, y ese jefe es al que pertenece esta tierra. Y yo hablo en nombre de él.

Nosotros nos encogemos de hombros.

—Entonces, todos los creek somos jefes, porque esta tierra es nuestra, también.

—No, no —se apresura a aclarar el traductor, sin decirle nada al Conde Gran Hombre—. La tierra vuestra no. La tierra del jefe del jefe.

—Sí —concedemos—, de él. Pero nuestra también.

El Gran Conde Hombre Jefe pero con un Jefe mira por encima de nosotros, clava la mirada en un muro a nuestras espaldas, y sigue sin prisa. Nosotros cambiamos de postura, entendemos que la reunión será larga y eso nos gusta. En las reuniones así puede hablarse durante muchas horas y a los muskogi nos encanta hablar.

—¿Por qué habéis atacado a mis hombres? —dice él—. Nosotros no os hemos hecho nada. Los españoles somos amigos de los indios, muchos de nuestros hombres son indios. Yo admiro su

valor, y los llevo a mi lado en la batalla, y he cubierto de regalos y de medallas a los más valientes.

Nosotros no entendemos qué significa *medalla*, y el traductor, con respeto infinito, roza con un dedo las planchas de metal que lleva el Gran Hombre sobre el pecho. Creíamos que sería algo parecido, porque a los blancos, y a nosotros, nos encanta el metal, y el cristal, pero nunca se pierde tiempo por preguntar algo que no se sabe. Luego preguntamos:

—¿Qué indios?

Porque el Gran Hombre Gálvez, como otros, llaman así a muchos pueblos, y eso mueve a gran confusión. Una cosa es que no distinguan nuestras marcas y otra que nos junten a amigos y a enemigos, como si fuéramos la misma mazorca del mismo maíz. Nosotros venimos del Cazador con suerte y de la Mujer Maíz, a saber de dónde habrán salido los seminolas, o los apaches, o los otros pueblos.

El patio tiene muchos colores, hombres blancos y negros, algunos pardos, como nosotros, otros de un color entre blanco y negro.

—Mirad —dice el Hombre Gran Gálvez—, yo sé que vosotros, los indios de esta tierra, sois los más listos de los hijos de Dios. Tenéis inteligencia natural, y conocéis cada palmo de terreno, despreciáis la muerte, y amáis la libertad. Los españoles respetamos eso; además, somos hijos del mismo Dios, aunque lo llaméis de manera diferente. Los ingleses son vuestros enemigos, como son los nuestros. Son unos cobardes, falsos, malos. Quieren quitarnos la tierra, y no creen en Dios Nuestro Señor.

Nosotros nos mostramos muy indignados, porque resulta evidente que al Gran Hombre le enfada mucho que los ingleses sean así. A los ingleses también les duele que los españoles rechacen a su Dios, y hacen de eso algo importante, de manera que estamos acostumbrados a sus gestos y a sus ojos en blanco. Los guerreros más jóvenes imitan muy bien esa forma de mover los ojos de los hombres de la pólvora, y se dan golpes en el pecho, si ven que eso les agrada. El Gran Blanco Gálvez levanta la mano y sigue hablando.

—¿Por qué no vamos a ser amigos de nuevo los hombres pardos y los hombres blancos? Mirad, yo también desprecio la muerte.

Se abre despacio la primera capa de ropa negra, y luego otra de ropa roja, y luego una camisa muy blanca, y bajo la tela blanca aparece su carne blanca con una cicatriz roja sobre el corazón, una marca de honor muy larga, con la que debió sufrir mucho. Luego señala otra herida en el brazo.

—Esta —indica el pecho—, fue de un lanzazo. Casi muero, en ese campo. Esta es de una flecha apache.

Nos acercamos para observar la herida con admiración, porque eso cambia mucho las cosas. El Gran Hombre ha desafiado la muerte, casi perdió el aliento. Pero Dios le ha protegido, y esas señales hay que tomárselas en serio, porque hacen grande a un hombre que comenzó siendo pequeño.

—A mí me da igual quién me siga en la batalla, siempre que me sean fieles. Blancos, indios o mestizos, o negros, franceses o españoles, o esclavos que estén luchando por su libertad. No importa la piel, todas las sangres tienen el mismo color —dice, y no podemos menos que darle la razón, porque eso es un hecho que hemos constatado hace mucho tiempo—. Ayudadme contra los ingleses, ayudad a mis amigos franceses y a los americanos que quieren ser libres de los ingleses, y yo os daré honra y regalos.

Aullamos de entusiasmo y agitamos los puños, porque creemos que es lo que el Gran Hombre espera de nosotros, y también porque nos ha gustado su discurso y sus heridas. Luego, cuando la reunión finalice, hablaremos con nuestros sabios y ya sabremos qué hacer, si continuar con los ingleses, o si ayudar a los españoles que ayudan a los americanos, o si, como hasta ahora, oscilar entre unos y otros, capturar su ganado y atacar a los blancos que se descuidan. Pero eso no hay por qué decirlo ahora que nos encontramos en el patio, muertos de sed bajo el sol que pesa mucho, mucho, pero contentos y honrados porque hemos conocido a un Gran Hombre Conde Dueño, y eso no pasa todos los días.

—Sed amigos de España y no os arrepentiréis. Un día hablaremos el mismo idioma, ya que tenemos el mismo Dios. Dadles de comer, y algo de agua, con mesura, que no les haga mal.

El Gran Hombre se marcha, con mucha calma, y nosotros seguimos aullando, hasta que vienen otros blancos menos grandes y sin tierra, posiblemente, y nos indican por señas que volvamos a los cobertizos, pero mucho más amplios y limpios que aquellos en los que hemos estado hasta esa mañana. Hay unas cestas con fruta y con pan, y vasijas de agua que nos pasamos de uno a otro, con muy poca ansia, porque es costumbre entre nosotros no mostrar que nos puede el barro. Así, bebemos sorbo a sorbo y comemos primero poco, luego con más entusiasmo.

El traductor repite:

—Amigos, amigos —en nuestro idioma y en español, y nosotros repetimos.

—Amigos, amigos.

¿Cómo no vamos a ser amigos de los españoles, y de sus amigos los franceses y de sus amigos

los americanos ahora que nos han dado sombra y agua y pan dorado y blando? Sentimos que nuestra suerte quizás haya regresado, porque nos van a soltar, eso dicen, y volveremos a escudriñar entre los árboles, y a agazaparnos, hijos de la Serpiente Cornuda, para cazar ingleses y no ganado.

—Canario —dice el que parece ser menos jefe que el Gran Hombre, pero algo jefe—. Yo, canario. Del otro lado del mar —dice el traductor por él—. Hemos venido a Pensacola, y a la Florida y a las Américas por la Gracia de Dios, para garantizar que estas tierras sigan siendo cristianas. El Señor Gálvez es un gran hombre, un gran jefe. No sabe lo que es el miedo, no sabe lo que es el deshonor. Es mejor morir a su lado que vivir con los ingleses. ¿Me entendéis? Yo, canario.

Asentimos con gravedad, porque eso nos ha parecido ese Hombre Grande, y además conocemos sus barcos, y sus armas, que son buenas de verdad, y que quizás él nos dé un poco, si tenemos la suerte que siempre hemos tenido. Y hemos visto sus caballos, que son hermosos, y algunas mujeres negras en el campamento, hermosas, también, que quizás también comparta con nosotros, ahora que somos tan amigos e hijos del mismo Dios.

Y mientras regresamos, saciados, y con el vientre redondeado, y con muchos regalos bonitos y la promesa de obtener más cuando traigamos cabelleras inglesas, nos decimos que hicimos mal al perder la confianza en Hisagitaimisi, que protege y protegerá siempre a los muskogi, a los que los ingleses llaman creek. No aprendemos, somos hombres ignorantes y desagradecidos. ¿No fue Hisagitaimisi quien nos protegió también cuando caímos en manos de los ingleses, y cuando aguardábamos en sus mazmorras, seguros de que nuestro aliento había acabado y nuestra suerte desaparecido?

Tenemos una memoria floja, pero fue él quien nos trajo de buen humor al Gran Jefe Blanco Campbell, que nos dijo:

—Amigos, amigos.

Y que nos dio cuchillos, y mantas, y armas, aunque no muy buenas, y señaló hacia donde estaban los españoles y sus amigos los americanos. Hace muy poco estuvimos con él, de manera que sabemos dónde duermen sus hombres, y los nombres de algunos. Smith, Thompson. De manera que nos será muy fácil imitar a la serpiente y zas, zas, reptar hacia ellos, ahogar su aliento y cortarles la cabellera, y de nuevo venir hasta el Hombre Gran Conde Gálvez. No entienden los blancos, sin suerte, que los amigos y la tierra cambian cada día, que son nuestros y son de ellos. Y que todo, la tierra, la suerte, está ahí para negociar con ella y para robarla. Y nuestro Dios

supremo seguirá, por siempre, manteniendo ese aliento humano, y nos lo retirará cuando llegue la hora.

# El hilo del oro

Agustín Fernández Mallo

Cuando lo que se pretende es contar una historia, el asunto a decidir, el asunto de verdad importante, se reduce a la siguiente pregunta: ¿qué es el cine? O mejor aún: si nos atenemos a las dos películas fundacionales del séptimo arte: ¿es el cine un tren entrando a toda velocidad en una estación?, ¿o por el contrario el cine es la imagen de unos trabajadores que camino a su casa salen de una fábrica? E incluso puede decirse mejor: ¿deseamos narrar la peripecia de personajes y cosas que se mueven al ritmo de una prometedora aventura, o por el contrario nuestra historia será una sucesión de imágenes sin otra pretensión que registrar la realidad tal como nos viene dada, en modo documental? Ya sé que estas preguntas son tramposas, ya sé que no hay aventura sin realidad documental ni realidad en bruto sin peripecia que la asista, pero me son útiles por dos motivos. El primero: quizá más adelante hable de una película, y así voy introduciendo conceptos de los que podré echar mano; el segundo es meramente metodológico, situar los dos polos que mueven la historia que inmediatamente paso a contar, porque, en efecto, hace siete días —exactamente el 26 de agosto del año en curso, 1779— hemos sufrido las consecuencias de un huracán, llegó de golpe y ni nos dio tiempo a contar cuántos tornados vinieron prendidos a él, como frutas maduras fueron cayendo sin otro fin que demoler nuestros barcos y arruinar nuestros víveres, no así nuestras pretensiones; el objetivo de esta expedición permanece incólume, más sólido si cabe. Y no por casualidad una de mis obsesiones son los huracanes y los tornados, en tanto que fenómenos de la madre naturaleza y al mismo tiempo vientos que afectan al alma de todo aventurero que se precie. En una ocasión vi un documental en el que un tipo mostraba a cámara una antigua fotografía, se trataba de una escena de una boda cuáquera, celebrada en torno al año 1900, la foto había viajado doscientas millas transportada por el ojo de uno de esos gigantes del aire para caer en la localidad de Ardmore, Oklahoma. El tornado —decía el presentador—, había tenido lugar en el año 2000, y al ver aquella foto, por lo menos 100 años más antigua que el tornado y que no obstante había sido transportada por el tornado, recuerdo haber pensado en una coctelera de tiempo, e imagino que ustedes estarán pensando que me he vuelto loco, que cómo es posible que yo sea un humano del año 1779 y al mismo tiempo haya visto un documental de huracanes en la televisión, o que sepa de la existencia de artefactos como el cinematógrafo; no se asusten, a medida que avancen estas páginas se percatarán de que, tal como le ocurre a los huracanes, mi vida —y acaso también la suya—, es una coctelera en la que sin litigio se diluyen toda clase de tiempos. Pero a lo que iba: después, en el citado documental, el presentador explicaba cómo los

objetos atrapados en el remolino van cayendo a tierra progresivamente. A medida que el torbellino pierde fuerza, los objetos caen en bloques y según su peso. Los más pesados se precipitan antes que los más ligeros, esto es algo obvio, que, no obstante, yo nunca había pensado, y que de algún modo constata que a pesar de todo el mal que aquí y ahora azota nuestra expedición, el mundo futuro está tan bien hecho como el pasado del que todos venimos. Y junto a esa fotografía de la boda cuáquera habían caído del cielo todo tipo de papeles, que incluían cheques sin fondos, pequeños trozos de comida como rodajas de embutidos, corchos de botellas, pequeñísimos pendientes de latón, ropa interior y, en definitiva, objetos que tienen un peso entre 1 y 50 gramos. Y kilómetros antes, en otra franja de masa —porque así llamaban a cada conjunto de objetos que caían, «franja de masa»—, habían caído cosas un poco más pesadas, tuercas, pelotas de golf, tenedores y cuchillos, pomos de puerta, libros no muy voluminosos, entre los que se encontraba una edición reducida de *Moby Dick* —detalle que no sé por qué al conductor del programa le hacía mucha gracia—, y aún muchos kilómetros antes, en un lugar ya cercano al origen del tornado —que es un decir pues un tornado nunca se sabe dónde exactamente se genera—, el precipitado de objetos había constado de puertas de automóviles, ruedas de carros, tejados seccionados y en general las cosas más pesadas; como si el mundo fuera no más que las diferentes deposiciones que un remolino de aire deja a su paso. Pero entre todos esos objetos había uno que, según decía el presentador, los expertos no habían podido filiar ni encontrarle genealogía, se trataba de un pañuelo que, por las letras MJSR, bordadas en hilo de oro y entrelazadas como delfines en sus cuatro esquinas, supe al instante que había pertenecido a mi buen amigo y mejor evangelista Fray Junípero Serra, bautizado como Miguel José Serra Ferrer, pañuelo originalmente bordado por su abuela en la villa de Petra, en el corazón de Mallorca, con humilde hilo de algodón. Conozco bien la historia de ese pañuelo, él mismo me la contó: una vez hubo llegado a América, el bordado que años atrás había hecho su abuela fue repasado con hilo de ese noble metal, puntada sobre puntada —como quien subraya decenas de veces las mismas letras en un libro—, por tejedores de las tribus que en la costa Oeste el buen Junípero a lo largo de estos años ha ido evangelizando. Ahora mismo, mientras mi expedición y yo remontamos el Misisipi, él debe de seguir fundando Misiones por toda California. La de correrías que hemos vivido juntos Junípero y yo. Por ejemplo, cuando en 1769 proyectamos no pocas expediciones y llegamos al poblado que algún día será la gran ciudad de San Diego, o cuando llegamos a tierras que ni tan siquiera en pleno siglo XXI habrán sido descubiertas, porque —y esto hay que decirlo alto y claro—, no todo lo que será llamado Estados Unidos de América estará en su día cartografiado; la

existencia de determinadas tierras americanas, de las que ni tan siquiera Google Earth podrá dar cuenta, es un secreto que Junípero y yo nos llevaremos a la tumba. Pero a lo que iba: sé que apenas podremos sobrevivir a este viaje que con intención de remontar el Misisipi hace siete días hemos comenzado, y ustedes, si son leídos, ya habrán adivinado que me llamo Gálvez, Bernardo Gálvez. Cuando me preguntan me gusta decirlo así, primero el apellido y luego el nombre completo, como otro personaje que dentro de dos siglos se llamará Bond, James Bond, hombre de honor que tendrá abundantes concomitancias conmigo; no en vano, ese tal Bond será unos de los tataranietos del general británico Henry Clinton, el mismo que aquí no para de hacernos la vida imposible. Y hago ahora un inciso para admitir que ésa es precisamente la virtud que asiste a los británicos: conquistarán el mundo porque sabrán mantener la línea de su memoria como ningún otro pueblo sobre la faz de la Tierra, y no me refiero únicamente a las largas genealogías de las que disponen y que como buenos monárquicos usarán a su antojo, sino a esa protestante practicidad que vierten en todas sus relaciones afectivas; no hay amor si no hay intercambio de bienes, utilitarismo del que carecemos los españoles, el pueblo más sentimental sobre la faz de la Tierra. De ahí que James Bond sea famoso en todo el planeta pero que de mí tan solo se acuerden eruditos hispanistas. Pero a lo que iba: llevamos siete días remontando este pantanoso y palúdico Misisipi, el río más estúpido que he navegado jamás, y hemos dejado atrás Nueva Orleans, donde como he dicho un huracán casi nos deja para el arrastre, y contamos con que un segundo huracán llegue muy pronto, porque los huracanes siempre llegan en bloques de dos, incluso a veces de tres, como las olas del océano que ahora mismo nos separa de la Madre Patria. He partido con seiscientos hombres, blancos, negros y mulatos, y hoy mismo he reclutado seiscientos más, todos indios, y ése es otro detalle que nos diferencia de los británicos; nosotros, allí donde vamos nos mezclamos, y si es carnalmente, mejor, porque a fecha de hoy, sin globalización ni redes sociales que nos asistan, el único modo de transmitir una cultura es a través del contacto físico, no hay red ni enlace que supere a dos gotas de sudor fundiéndose en una para siempre. Y así, todos juntos, remontamos el Misisipi a bordo de barcos que carecen de quilla para poder navegar adecuadamente estas aguas, estranguladas por manglares, y no es que sean peores aguas que otras que en el pasado algunos de mis compatriotas convirtieron en cartas de navegación, como las que Diego Ordás levantó del Orinoco, pero es que aquí el río tan pronto cuenta con quince metros de profundidad como apenas dos, lo cual dificulta el avance. Nuestros barcos van cargados hasta arriba de armas y víveres, parecen criaturas prehistóricas que no dan más de sí, moles como esas que dentro de un par de siglos llamarán dinosaurios, de los que se sabrá que desaparecieron de la

faz de la Tierra por causa de una bola de fuego caída de la cúpula celeste, y a veces imagino que eso mismo nos ocurrirá a nosotros, una bola de fuego en forma de Imperio Británico, con sus hordas de atildados protestantes atiborrados de alcohol barato y sus armas holandesas, dará fin no sólo a nuestra expedición sino a toda una civilización. Como contrapeso a ese destino, aclaro que la verdadera fe, la católica, está de nuestra parte, y esto se ve en multitud de detalles, por citar uno, nuestros navíos no sólo son rectangulares sino que vistos desde el cielo dibujan el mejor rectángulo que pueda existir, aquel que cubren las dos aspas de una perfecta cruz, con estos barcos hemos conquistado el Mundo conocido, y también con ellos llegó a América el amigo Junípero, de quien, como he dicho, tengo noticias de que se halla en la Alta California dando nombre a todo lo que se cruza en su camino; bien hecho, viejo loco mallorquín, lo que no tiene nombre, no existe, de ahí la importancia de propagar nuestra lengua, porque propagar una lengua es propagar metáforas, hacerlas reales y eternas, como él y como yo, que ya somos de todos los españoles y de ninguno. Le echo tanto de menos, prepara un frito mallorquín de vísceras de cerdo salvaje que te chupas los dedos, y mi tarea aquí no es menos importante que la suya, aunque de momento es más discreta, este remontar el Misisipi tiene como objetivo la independencia de los pueblos de estas tierras, liberarlos de la tiranía del Imperio Británico, para ello hemos de alcanzar el puesto de Manchac, cercano a Baton Rouge, y allí acabar con las tropas inglesas, y hace un rato que se ha levantado el viento, trae humedad y el agua se pega al cuerpo y con ella aparecen los mosquitos del manglar, no sé si estamos perdidos pero poco nos falta, y es ahora cuando aprovecho para comentar lo que desde el principio de estas líneas me propuse, y que por una cosa u otra he ido demorando: sé que dentro de dos siglos un director de cine llamado Jim Jarmusch rodará aquí mismo una película, a la que llamará *Bajo el peso de la ley*, título que le viene al pelo pues su argumento es bien simple, tanto que lleva siglos repitiéndose y aún más se repetirá: tres desgraciados, que sin pruebas han sido encarcelados, se fugan del penal de Nueva Orleans, lo cual es muy lógico pues cómo no van a querer esos tres hombres desprenderse del yugo de la ley protestante, ley que acostumbra a acusarte de hechos no ocurridos, hechos que algún día alguien llamará posverdades, así como de otras tretas que el sistema jurídico de los Estados Unidos de América heredará del no menos arbitrario sistema británico, también llamado Derecho Anglosajón, pero lo llamativo del asunto es que me he percatado de que el *travelling* de la ciudad de Nueva Orleans con el que arranca esa película es el mismo itinerario que hace siete días hemos hecho nosotros, exactamente el mismo, la única diferencia es que en la película ellos van en coche descapotable y nosotros en barcasas. Y aún hay algo más asombroso: hace un rato, apenas unas horas, acabamos de pasar por el lugar

exacto donde esos tres fugados del penal llegarán a una cabaña, esa cabaña aún no existe, claro está, pero donde estarán sus cimientos he dejado una vela, una vela enterrada, la misma vela que ellos hallarán y encenderán para que les alumbré en la oscura y tenebrosa noche sureña, y es ése el momento en el que uno de ellos dice soñar con emprender una nueva vida en Texas, y otro responde que irá a San Diego, y el tercero, un tipo llamado Tom Waits, no dice nada, tan solo se repite, «esta cabaña no existe, este río no existe, estos mosquitos no existen, esta fuga no existe, estamos en otro lugar, en una playa con bellas indígenas», y no saben que nada de eso ocurrirá, no saben que terminarán en un bar de Luisiana bailando canciones de los años 50 con una mujer no menos desgraciada que ellos, y yo, ahora, tampoco dejo de repetirme que este río y esta expedición no existen, y que si existen deben tener un lado B, una cara luminosa que aún no hemos visto, y me digo que probablemente terminemos en Baton Rouge, donde tras acabar con los británicos también bailaremos al son de una banda que tocará canciones de otra época, una época más esplendorosa para nuestro Imperio, porque las cosas se propagan solas de un lado a otro, las cosas van del mito a la realidad y viceversa, no hace falta hacer ningún esfuerzo para que eso ocurra, y uno de esos tres desgraciados, precisamente el ya citado Tom Waits, tras desenterrar la vela que yo mismo acabo de dejarles paseará solo entre esta maleza y pensará en voz alta: «Estos árboles son del periodo mesozoico, llegados directamente del valle del Tigris y del Éufrates», y no le faltará razón, él no lo sabe pero tendrá razón, porque toda esa maleza la trajimos nosotros, Junípero y yo, en nuestra incesante siembra de cuantas semillas de Tierra Santa han caído en nuestras manos, y después, ese mismo presidiario llamado Tom Waits extraerá de su bolsillo un pañuelo que tiene las iniciales MJSR bordadas en hilo de oro americano, y antes de que pueda secarse el sudor de su frente un súbito golpe de viento se lo arrebatará de las manos, lo verá volar sin prenderse en rama alguna hasta desaparecer de su vista para siempre, y yo regreso al aquí y al ahora para decir que mis hombres y yo no podemos más, que sé que se acerca el segundo huracán y las barcasas se mueven pesadamente, los cocodrilos no paran de dibujar en torno a nosotros elipses como planetas, dejan unas estelas que con sólo verlas te mueres de miedo, un teniente acaba de acercarse para decirme que el líder indio de la tercera barcaza ha comunicado a sus súbditos que el segundo huracán está en ciernes, pero lo ha comunicado en clave, como si deseara que el mal nos cogiera a todos por sorpresa, y esto no lo he entendido, nosotros sólo queremos ayudarles, deseamos su liberación del yugo británico, y entonces no he pensado más en esos indios y he extraído de mi bolsillo el pañuelo que el amigo Junípero me regaló justo antes de despedirnos, tras la campaña que hicimos junto con Gaspar de Pórtola en la Alta California, y me

lo he acercado a la cara y he palpado sus letras MJSR mil veces bordadas en hilo de oro americano, lo he olido con fuerza, un perfume a savia de cactus del desierto de Mojave, sí, pero también a su Mallorca natal, algas marinas y tocino de cerdo negro, y me viene a la mente una historia sobre su abuela del pueblo de Petra, historia que bajo el radiante sol de los atardeceres del Pacífico él me contó muchas veces, pero ahora no tengo tiempo para seguir pensando en la abuela del amigo Junípero, ya lo haré más tarde, me digo, tengo tiempo, y me ato su pañuelo al rostro, como los bandidos y asaltantes de caminos pero en mi caso para que me proteja del polvo y el agua del huracán que ya viene, y dentro de unos instantes el torbellino nos hará pedazos pero sobreviviremos, llegaremos a nuestro destino y ganaremos esta batalla a los británicos, terminaremos bailando viejas canciones en una taberna de Luisiana, lo sé, y dentro de dos siglos, en otro tornado que asolará la localidad de Ardmore, Oklahoma, aparecerá de nuevo este pañuelo bordado en hilo de oro americano, y caerá a tierra y será mostrado a cámara y un locutor dirá no sé cuántas tonterías, que si las letras MJSR responden a las iniciales de una abogada de Oregón —que ya lo está reclamando—, que si quizá pertenezca a un taxista de Kentucky —quien dice poder aportar pruebas gráficas de ello—, y nada de eso será verdad, siglos en el aire y esos jodidos *yankees* sin saber que ese pañuelo es español, como casi todo lo que tienen, su libertad, sus derechos, su cacareada Constitución incluso, aunque, desagradecidos, ya lo hayan olvidado. Y ahora un golpe de viento acaba de desatar ese pañuelo de mi cara, lo estoy viendo irse, atravesar el Misisipi y pasar intacto entre las ramas de árboles del periodo mesozoico, volar los siglos venideros de huracán en huracán, colarse incluso unos instantes en una película porque está en nuestra naturaleza conquistar no sólo tierras sino algo mucho mejor, ficciones que no son nuestras.

# A la ventura

Susana Fortes

El 25 de julio de 1779, mientras servía la mesa para el almuerzo de honor, a Rosaura María Oliveira se le volcó entero el salero, y no supo qué hacer más que las cruces.

—Ay Dios mío, qué va a pasar.

Era una mulata martiniqueña, de hombros altos y andares pacíficos, diestra en el manejo de los fogones, de unos cuarenta años bien cuajados, los tres últimos como cocinera en la casa principal de la villa, residencia habitual de Don Bernardo de Gálvez, coronel del regimiento de infantería de la Luisiana y recién nombrado gobernador de Nueva Orleans.

Cuando la estremecía el terror de un mal presagio, ella pensaba que en una mansión como aquella no había cuidado, ya que no existía otra en toda la ciudad que estuviera tan bien custodiada por una guardia de fusileros. Pero los tiempos andaban revueltos. Desde que los colonos americanos habían declarado la independencia y plantaban cara al ejército de la Gran Bretaña, cada cual albergaba su propia esperanza, ya fuera en sueños o en palabras. Pero nadie podía decir a ciencia cierta qué estaba ocurriendo en realidad ni quiénes eran los hombres de fiar.

En la vieja casona del camino real, situada a dos cuadras del cabildo, entraban y salían visitantes de muchos rumbos. Llegaban correos intempestivos. A menudo se celebraban reuniones que a veces acababan en almuerzos de gran cubierto donde sus platos antillanos a la pimienta molida eran muy alabados, aunque acostumbraban a ser degustados siempre en voz baja. Ella algo había oído, sorda no era, y bien veía el trasiego de fardos que los hombres transportaban en carretas de mulas desde el polvorín hasta la misma bocana del río donde atracaban goletas y balandros.

Todo el mundo sabía que las cosas no pintaban bien para el ejército patriota sin apenas munición, ni mantas, ni siquiera uniformes, y que el gobierno de España simpatizaba con la causa. En el mercado de abastos la gente del común no ocultaba su inquietud. Se decía que los gabarreros habían avistado soldados ingleses en el curso bajo del Misisipi y crecía el temor a que los casacas rojas pudieran atacar la ciudad en represalia. Rosaura no temía por ella, pero sí por los chicos, el pequeño, Jeremiah, escurridizo como una lagartija, aún no había cumplido los cinco años, pero el mayor, Nathaniel, ya estaba casi en edad militar y andaba por las calles como un gallo de pelea. Que ella supiera, España no había entrado aún en guerra con Inglaterra, pero no se fiaba. Después de santiguarse volvió a los pucheros.

Había sido educada en la religión cristiana por las hermanas de la Caridad en Fort-de-France,

pero conservaba intacta la fe en los presagios de sus creencias yorubas. Volcar un poco de sal fuera del plato podía acarrear cualquier desgracia, eso lo sabían hasta los niños. Y a ella se le había derramado el salero completo. De todos modos no dijo nada. Limpió el estropicio lo mejor que pudo y esperó.

Por la ventana vio el perfil de la ciudad colonial con el sol reverberando en los balcones. Las hojas del flamboyán del patio habían cobrado una pesadez de hierro en el sopor del mediodía. La quietud del aire le apretó el corazón, pero había demasiado trajín en la cocina para andarse con flaquezas. Así que llenó un balde con agua caliente, tomó aire y empezó a fregar una perola de cobre hasta sacarle brillo. Se olvidó del salero.

En los muelles la ciudad hervía cada día con un calor de sentina. Calles alborotadas de tabernas llenas y boliches con ventanas abiertas a la música africana, en las que se daban citas gentes de todas las trazas. Bullicio de voces sureñas subidas de ron y melaza. Más allá, en la dilatada desembocadura del río, sobre el rumor del agua mansa dormían los buques de cabotaje con las velas aferradas junto a las grandes gabarras cargadas de carbón y sacos de harina. El viejísimo Misisipi con sus barbas verdinegras.

En la desembocadura los herbazales se confundían con el color del agua. Ni mar, ni tierra, pura llanura de aluvión y bejucos. Una chalupa de pesca quedó inmovilizada entre los juncos. El pescador se ayudó del remo a modo de pértiga para ir arrimándola a la orilla. Mientas apilaba el aparejo en la popa, vio que algo se movía por abajo. Le pareció un castor por el tamaño. Metió la mano por el hueco entre las nasas y sacó por el aire pateando a un morenito de cinco años de pantalón corto y sombrero de paja para pescar cangrejos.

—¡Tenemos polizón! —exclamó con una risotada plantándolo de pie en la cubierta—. ¿Cómo te llamas si puede saberse?

—Jeremiah —respondió el crío agachando la cabeza.

Pero casi no se oyó el nombre, porque en ese instante el aire se rompió con un abrupto chiar de pájaros. Una bandada de pelícanos rosas cruzaba la laguna, rozando el agua con su batir de alas. Un espectáculo majestuoso. El niño siguió el vuelo de las aves, pero de pronto empezó a olfatear el aire, dilatando mucho su nariz chata como un animal que atisbara el peligro. Un instinto salvaje lo llevó a arrimarse a la pierna del pescador igual que un potranco asustado. El hombre también había notado algo. No sabría decir muy bien qué, un sonido distinto del agua al entrechocar con la barcaza, un tono más cobrizo en los resplandores del sol, una pequeña sacudida del fondo del río... El aire como desinflado. Trató de escrutar el horizonte, pero no vio nada.

Dudó un segundo. Dos.

—¡Nos largamos, chico! —dijo a la de tres, y amarró a toda prisa un cabo colgante en la rama de un mangle.

De un salto bajaron a tierra y echaron a correr por un sendero entre cañas como si los persiguiera el mismo diablo.

En la sala de banderas, el gobernador Bernardo de Gálvez caminaba de un lado a otro con las manos a la espalda y el humor cruzado. Su red de informadores acababa de ponerle al corriente de los planes ingleses de atacar Nueva Orleans y no contaba con efectivos suficientes para garantizar la defensa de la ciudad.

—Si no recibimos refuerzos inmediatos de La Habana, será menester fortificarnos y replegarnos a la defensiva, señor —le aconsejó su oficial superior.

Pero el coronel leía a los clásicos y sabía que no había mejor defensa que el ataque. El riesgo era grande. Apenas contaba con 500 hombres, la mayoría reclutas recién llegados sin formación, frente a una tropa inglesa veterana y bien pertrechada que doblaba sus efectivos.

—No podemos quedarnos aquí, esperando de brazos cruzados a que vengan a hacernos cautivos —dijo—. Hay que salir a buscar al enemigo río arriba en sus propios fortines y tomarlo por sorpresa —resolvió, contraviniendo el criterio unánime de sus mandos militares.

La orden fue acatada con diligencia y se procedió de inmediato al tráfago de los preparativos. La fecha señalada en el calendario fue el 22 de agosto. Pero entonces llegaron los pelícanos.

El día 18, cuatro jornadas antes de lo previsto para la partida, el sol se apagó al mediodía.

Rosaura bajó de dos en dos las escaleras al oír los aullidos del chiquillo en el patio pensando que se lo estaban degollando vivo.

—Ki lá - ki lá... —oyó que gritaba el niño sin resuello en su jerga *creole*. Y ella supo que había llegado la hora de la desgracia, porque desde el momento de su nacimiento, su hijo Jeremiah había desarrollado un instinto sobrenatural para ver venir el fin del mundo.

La voz de alerta la trajo un pescador de camarones, pero no tardó en hacerse oficial. Llegaba un huracán y venía directo hacia la capital. No era un fenómeno extraño en aquella época del año. El gobernador dio las instrucciones de rigor. Se improvisó un dique para salvar naves y mercancías. Se procedió a clavetear puertas y ventanas, se afianzaron batientes. La población hizo provisión de alimentos y bujías. A las pocas horas una turbonada arremolinó el aire. El agua empezó a caer vertical, salada, con saña, levantando la tierra del suelo a manguerazos. Siguió una tregua tensa de calor sofocante. El cielo se puso lívido con una larga pincelada de azufre en el

centro. Por el suroeste, plomo.

En la sala capitular el coronel Bernardo de Gálvez torció el gesto. Algo sabía de tifones.

La segunda ráfaga entró con viento espiral y arrancó de golpe el techado de varias casas, caían del cielo pedazos de vigas, un torrente de agua fangosa inundó las calles en las que flotaban muebles, enseres domésticos y animales de corral. Pero no fue hasta las cinco y veinte de la tarde cuando el grueso del huracán entró de lleno en la ciudad. No era un ciclón de los que se desplazan velozmente, aunque sí el peor que se había conocido jamás. Al igual que el resto de la servidumbre, Rosaura Oliveira oyó un estruendo terrorífico como el choque de dos montañas de piedra y vio entrar por el cielo balanceándose la gigantesca manga del ciclón. Sólo pudo cerrar los ojos y encomendarse a Santa Bárbara.

Nunca supo cuántas horas pasaron de lucha y de desastre. La ciudad tardó en despertar de la agonía del mar. Al amanecer difuso le pareció oír voces fuera y al asomarse a la puerta contempló el paisaje mismo del infierno: casas destechadas, árboles arrancados de cuajo, cuerpos hinchados flotando en el fango... Y entonces vio a un hombre metido en el agua hasta media pierna, la camisa remangada y un farol en la mano. Rosaura no lo reconoció a primera vista con todo el rostro tiznado. Pero en aquellas primeras horas de horror en las que nadie sabía qué hacer y el pánico se apoderó de la ciudad, toda Nueva Orleans pudo verlo caminar a pecho descubierto y mantener la calma, dando órdenes precisas para concentrar esfuerzos, limpiar un camino, achicar aquí, taponar allá. Era Bernardo de Gálvez y estaba al mando.

Tres días tardó la ciudad en enterrar a sus muertos. Pero no había tiempo para lamerse las heridas.

Rodeado de oficiales, de espaldas en torno a la mesa, Gálvez estudiaba con detenimiento un mapa. La Junta de guerra que había convocado consideraba prácticamente imposible seguir adelante con el plan establecido en aquellas circunstancias.

Y no le faltaba razón. Cualquiera en semejantes condiciones de derrumbamiento y ruina habría renunciado a tomar la iniciativa. Pero Gálvez era soldado viejo, se había batido en la contienda contra Portugal durante la guerra de los Siete Años, en el desembarco de Argel y en las numerosas campañas del virreinato de Nueva España como capitán del Regimiento de la Corona al frente de los Dragones de Cuera. Levantó la vista y miró uno a uno a todos los miembros de su plana mayor.

—El peligro de una ofensiva británica a la Luisiana es ahora más inminente que nunca —dijo—. Los ingleses nos dan por vencidos por los estragos del huracán. Y precisamente por eso... —añadió sin variar un ápice el tono de voz— es el momento de atacar.

Estaba en lo cierto. El enemigo había iniciado ya el movimiento de buques y tropas. El gobernador leía a menudo a Heródoto. De él había aprendido que son los hombres y no los dioses los que deciden la victoria. Pensaba en términos estratégicos. Había madurado la operación al detalle y seguía en sus trece. Pero sin noticias de La Habana y con la tropa seriamente mermada, la única posibilidad de conseguirlo era contar con el apoyo de la población. Su última carta.

En la Plaza de Armas se escuchó el repique prolongado de las campanas de la basílica de San Luis. Bernardo de Gálvez se ajustó bien los puños de la casaca antes de pronunciar una palabra. Habló con serenidad pero no ocultó la gravedad del momento. Por lo demás, los habitantes de Nueva Orleans reunidos en el cabildo fueron informados por el gobernador en persona de tres noticias de gran calado. Una, el reconocimiento por parte del reino de España de la independencia americana. Dos, la decisión inmediata del ministro inglés, Lord George Germain, de atacar Nueva Orleans. Y tres, el riesgo real en que se hallaba la colonia por falta de hombres suficientes para defenderla.

No fue necesaria ninguna orden de reclutamiento. Durante los tres últimos días de muerte y resurrección, el temple del gobernador ante la adversidad le había valido un respeto sacramental, lo que unido a un historial militar forjado a ambos lados del Atlántico, lo convertía a ojos de todos en un oráculo vivo. El gentío estalló en aclamaciones. En la sede del cabildo los civiles se abrían paso a empujones y codazos, sin esperar turno, para hacer el juramento a la bandera y unirse como voluntarios a la tropa.

En poco menos de dos horas reunió una fuerza de 667 hombres de todas las edades, condiciones y colores, incluidos 80 negros y mulatos libres, entre ellos el adolescente de diecisiete años Nathaniel Oliveira, originario de la Martinica, como tambor de tropa y los soldados peninsulares Álvaro Núñez, extremeño, de la misma edad, y el artillero Jaume Gatell, de Sant Feliu de Guíxols, un año mayor, con casaca azul y estela amarilla que portaba el banderín del regimiento con el escudo de armas. Los tres benjamines de la expedición. Al batallón también se incorporó una decena de rebeldes norteamericanos comandados por el irlandés Oliver Pollock, amigo personal de Gálvez, patriota exaltado y delegado de las Trece Colonias.

Del fondo del río consiguieron rescatarse tres lanchas cañoneras y una galeota en las que embarcaron los diez cañones que llevaba la expedición y las escasas municiones que habían podido salvar. El 27 de agosto Bernardo de Gálvez entregó el mando de la plaza de Nueva Orleans a las milicias y a la mañana siguiente a la primera luz del alba, a tambor batiente, la tropa emprendió la marcha. Como solía decirse, «*a la ventura*».

Desde los soportales del Hospital de la Caridad, Rosaura Oliveira vio partir a su primogénito con un nudo en las entrañas y lágrimas amargas, maldiciendo tanto las viejas guerras como las ideas nuevas que inflamaban el alma de los jóvenes. Pero no pudo evitar el orgullo de sentir que su hijo mayor iba a luchar en un ejército de hombres libres.

Fue un viaje inmisericorde de once jornadas a soles desnudos, por la margen izquierda del Misisipi, ensopados por el vaho adormecedor de los pantanos, a través de sendas impracticables, infestadas de malaria, sin tiendas en las que protegerse de los mosquitos ni más auxilio que el que cada cual pudiera procurarse. Un tercio de los hombres fueron víctimas de las fiebres y otros, de sus propios delirios. El irlandés, Oliver Pollock, con su cabello rojo en forma de penacho era un pájaro exótico en aquella jungla tropical. El delegado de las Trece Colonias admiraba de veras a Gálvez por su arrojo y por su genio militar; el español confiaba en la labor diplomática del irlandés a carta cabal y eso formaba parte del vínculo misterioso que unía el patriotismo de un liberal republicano con la causa imperial.

Se desvanecían las últimas brumas del siglo bajo un sol todavía velado por la incertidumbre de un mundo nuevo que tardaba demasiado en llegar. Las ideas sin embargo estaban en el aire como hormigas voladoras. Nathaniel Oliveira atrapó una al vuelo a la luz del candil. No en vano llevaba en el fondo de su petate un librito titulado *El Contrato Social*, de un tal Rousseau. Se lo había dejado en prenda un santón negro de la Martinica, curandero y seguidor de Toussaint Louverture.

En la ruta hacia el Norte, el batallón se topó con algunos asentamientos dispersos de acadianos y varias rancherías de indios que se sumaron a aquella milicia de hombres cansados. Todos los que tuvieran cuentas pendientes con los ingleses eran bien recibidos. Compañeros de viaje.

La marcha fue lenta y perturbada a menudo por el rastro de los caimanes y por una neblina eterna que trastornaba el sentido de la realidad. Treinta leguas interminables antes de avistar bajo un aguacero tardío el primer asentamiento inglés. Fort Bute.

Se trataba de un fortín desangelado y mal guarnecido, de escaso valor estratégico para los ingleses. Para Gálvez, sin embargo, supuso una coyuntura providencial, ya que le abría el camino hacia la fortaleza de Baton Rouge. Su nudo gordiano. Necesitaba una acción rápida y eficaz. Sabía que no contaba con un ejército regular, sino con una tropa de aluvión, dispersa, mal nutrida y poco bregada a la que era preciso cohesionar. Para ello, nada mejor que una victoria.

El 7 de septiembre a la del alba, dio orden de ataque sin saber cómo responderían sus

hombres frente al fuego enemigo, ya que muchos de ellos empuñaban un fusil por primera vez. Abrieron brecha los cañones con dos andanadas dejando el fuerte ciego envuelto en una espesa humareda. A unos doscientos metros, la tropa permanecía apostada sobre el terreno repartida en unidades, esperando el momento. Desde su puesto de mando, después de atisbar con el catalejo el campo de operaciones, Gálvez transmitió al oficial de servicio la señal concertada. Nathaniel Oliveira, en posición de avanzadilla, inició el redoble sostenido de tambor con tal ímpetu que fue milagro que no quebrara la piel del parche con las baquetas. El coronel reconoció en él el brío de los principiantes feroces. A continuación se inició la arremetida por flancos mientras un destacamento de indios rodeaba todo el perímetro. La infantería actuó de manera rápida y disciplinada, cogiendo a los ingleses desprevenidos. Una a una, fueron cayendo todas las troneras hasta que en menos de una hora el fuerte fue tomado al asalto ya que el objetivo no era rendirlo, sino conquistarlo. La totalidad de la guarnición británica fue hecha prisionera. Una operación sencilla, rápida y bien ejecutada.

No fue una gran victoria para enmarcar en los anales de la Historia Militar, pero fue justamente el bautismo de fuego que aquella milicia necesitaba. A falta de munición y pertrechos, Fort Bute forjó en la tropa una moral unánime de orgullo muy cuajado. Su primera batalla.

En los estados del Norte, franceses y americanos luchaban conjuntamente contra los británicos, reforzándose mutuamente, pero en el Golfo de México los españoles peleaban solos. Las noticias que llegaban del frente a través de Oliver Pollock eran esperanzadoras.

—Parece que las cosas marchan bien en Virginia —dijo el irlandés, que acababa de recibir un correo del general Washington.

Bernardo Gálvez sonrió por lo bajo con cierta desazón. Su rostro reflejaba una energía crecida por el mando, pero en su fuero interno tenía una espina atragantada. Le dolía la ineptitud de sus superiores en La Habana instalados en la desidia, e incapaces de enviar desde hacía meses unos refuerzos que nunca llegaban.

Pasado el peligro, callaron las baterías. Los oficiales se relajaron y dejaron que los hombres se solazaran celebrando el buen comienzo de la campaña. La victoria era buena —pensó Gálvez—. Pero en lugar de participar del regocijo general, pensativo y serio, dirigió su mirada hacia la lejanía. En dirección Norte, guarnecido por trece cañones y rodeado por un foso de cinco metros y por murallas de tierra reforzadas de empalizadas con gruesas vigas cruzadas a modo de caballos de Frisia, esperaba el estratégico bastión de Baton Rouge. Harina de otro costal.

Durante una semana la tropa gozó de una tregua en la que se atendió cumplidamente a los

muchos enfermos y se realizaron los correspondientes inventarios. Los hombres se entregaron a sus habituales tareas, unos desmontando las armas para su limpieza, otros dando de comer a los caballos o reparando la cureña de un cañón con ánimo renovado. Se encendieron hogueras contra las alimañas. Alrededor reinaba un hedor blando de carroña y aguas bajas, pero en los ranchos de Pensacola ya florecían los nísperos.

A la luz de las fogatas el coronel recorrió el campamento como era su costumbre, interesándose por los heridos. Caminaba de una manera peculiar, un poco inclinado hacia adelante, los hombros ajustados por el paño polvoriento de la casaca. Al pasar junto al joven Álvaro Núñez, que llevaba un brazo en cabestrillo, le dio una palmada en la espalda y lo mismo hizo con los otros dos muchachos que compartían la lumbre, dirigiéndose a ellos por sus nombres, como si hubieran luchado juntos toda la vida. Los tres chicos más jóvenes del regimiento habían fraguado entre ellos lazos francos bien por razón de edad o por la euforia increíble de estar vivos. Y quizá ese no fuera el menor de los misterios que unía en la noche del trópico bajo la misma vieja bandera a un extremeño flaco, de pocas palabras, a un catalán medio poeta, con excelente puntería, y a un cimarrón de la Martinica que había empezado a pensar por su cuenta.

Echado boca arriba, el chico cavó un agujero en la noche barrida por la primera brisa en muchos días. Nunca había visto tantas estrellas juntas, de dos en dos, de tres en tres, por millares. Como puñados de sal. Se acordó de su madre, Rosaura, que le había transmitido la fe en los augurios. Y tuvo esa sensación de vivir en el futuro que produce asistir al nacimiento de una nación.

Río arriba, bajo el mismo cielo, algún pirata del golfo daría caza a su presa, algún regimiento de casacas rojas se movería a toque de corneta, algún colono encendería un fuego para asar un castor, algún capitán filántropo navegaría con viento limpio y el mundo conquistaría una parcela nueva de libertad, y también quizá de nuevas servidumbres. Pero Nathaniel Oliveira era solamente un soldado, no le correspondía a él preguntarse por qué salía el sol cada mañana.

# Tú sola

Luz Gabás

Cuánto he agradecido, querida Felicitas, tus sentimientos de condolencia al enterarte de lo que me sucedió el pasado mes de marzo de este 1788. Sé que has sufrido todavía más al encontrarte tan lejos de mí. La distancia magnifica el dolor y la impotencia; luego queda esa desagradable sensación de rabiosa resignación. También sé que no gozas de buena salud, que detestas el frío. Que vives para tus hijos y encuentras alivio en la compañía de tus amigos. Te imagino junto a aristócratas y militares en tu nueva casa de Madrid, hablando en francés y en español, contándoles sobre ti, sobre la bella Luisiana, sobre Cuba, sobre Nuevo México, recordando a Bernardo, recordándome a mí.

Cuántos, al repasar la historia, se sorprenden por los hechos, pero no se cuestionan la pena y el sufrimiento que se esconde tras ellos. Tal vez sea porque la historia es fría como un listado de datos y fechas; tal vez, porque se emplean las palabras solo para transmitir un mensaje concreto y no los sentimientos, poco útiles para el conocimiento, dicen.

Siento que ese diálogo tan fluido que siempre mantuvimos se cortara al poco de terminar la guerra de la independencia, hace ya cinco años. Supuse que regresarías de Madrid tras recibir el agradecimiento del rey por los servicios prestados por tu esposo durante la guerra, y retomaríamos nuestra relación pero, ¿quién nos iba a decir entonces que te convertirías en virreina? Si ya nos pareció en su día motivo de orgullo saber que tu esposo, Bernardo de Gálvez, el gobernador de la Luisiana, además de conde, iba a ser capitán general e inspector general de las tropas de América, su nuevo cargo como virrey de Nueva España —desempeñado con acierto, según he escuchado— nos sorprendió y agradó a todos.

Qué efímera es la felicidad. Qué endeble la tranquilidad.

Pensé que nada de lo que me sucediera a mí en estos cinco años de separación podría ser tan duro y doloroso como lo vivido por ti, querida mía. Sabes que también he pasado momentos difíciles en las últimas décadas. Sin pretender comparar mi calvario con el tuyo, he soportado incertidumbres, vaivenes y revueltas. La sangre ha corrido por mis manos. He recibido amigos de muchas culturas y me he visto obligada luego a despedirme de ellos. Me han hablado en español, en francés, en inglés, en alemán y en las lenguas de los indios chactás y de los talapuches. Se han enamorado de mí criollos, canadienses, cajunes, esclavos y militares y civiles europeos. He sufrido de fiebre amarilla, malaria y viruela. He sobrevivido a huracanes e inundaciones...

Y no fue hasta hace unos meses que conocí el horror en mis propias carnes, hasta el extremo

de sentirme tremendamente débil y acabada.

El fuego, Felicitas. Cómo devora.

Todo comenzó en una casa de la calle Chartres, esquina con Toulouse, a una manzana de la Plaza de Armas, el día de Viernes Santo, al mediodía. En cinco horas, no quedaba nada entre Dauphine, Conti, Bourbon y San Felipe. Todo lo que no estaba próximo a nuestro amado Misisipi quedó reducido a cenizas, astillas y escombros. Resulté tan gravemente herida que por una vez pensé en el final definitivo y sentí miedo. No soportaba el dolor. Me ha costado meses borrar de mi mente la visión de mi cuerpo abrasado.

¡Basta ya de esto! No quiero añadir más pena a la que sé que ahoga tu corazón (pobre niña: nadie debería pasar por lo que tú has pasado). Cada vez creo más en el dicho de que no hay mal que cien años dure. Dejemos que transcurra el tiempo y nos acerque a la paz. Mientras tanto, encontremos algo de alivio en aquellos recuerdos que compartimos, que nos emocionan, que a veces nos provocan una sonrisa, aunque sea de nostalgia. Los recuerdos duelen, pero ayudan a sobrevivir.

¿Recuerdas la primera vez que viste a Bernardo? Corría el año 1776. Yo tenía 56 años, según mi año de nacimiento francés, y tú, con apenas 18, ya eras viuda con una niña de año y medio. El único tema de conversación entonces aquí, en la Luisiana, era la guerra de las trece colonias británicas contra el Reino de Gran Bretaña, que había comenzado tres años antes. Franceses y españoles tomábamos partido en secreto a favor de los rebeldes norteamericanos, pero permanecíamos expectantes, buscando el momento propicio para sumarnos a un conflicto que evolucionaba de manera sorprendente. Al principio, eran colonos descontentos que protestaban contra las medidas represivas del gobierno inglés —*su gobierno*—, contra las leyes que consideraban intolerables. Eran David contra Goliat. Colonos en contra de la servidumbre a los británicos y a favor de una patria independiente. Colonos que odiaban a quienes se consideraban amigos del rey Jorge III. Grupos de agricultores y cazadores poco entrenados contra la mayor armada del mundo, contra el numeroso ejército de las casacas rojas de Su Majestad, al que se sumaron los *hessianos* alemanes. Pero David creció, resistió y atacó sin tregua, alimentado por las palabras de hombres como George Washington, Thomas Jefferson, Benjamin Franklin y John Adams; palabras grandes que formaban mensajes enardecedores que hablaban de la vida, la libertad, la búsqueda de la felicidad y la defensa de los derechos inalienables de las personas. ¿Quién es capaz de resistirse a no tomar parte en esa batalla? Nadie. Pronto tuvo que darse cuenta la mayor armada del mundo de que se había subestimado el aguante de los rebeldes. En realidad,

todos lo habíamos subestimado.

No creo que entonces a ti te importara mucho todo esto. Lógicamente, estabas más preocupada por criar a tu querida niña huérfana, Adelaida. No se le puede pedir a una jovencita que comprenda los entresijos de una guerra, los intereses políticos por los que uno toma partido por un bando u otro y que generalmente tienen que ver con rencores y revanchas resultantes de conflictos anteriores más que con un noble deseo de defensa de derechos inalienables. Supongo que cuando tu hermana Isabel te presentó a quien sustituiría a su marido como gobernador de esta tierra, allá por principios de 1776, tú no te preguntarías por su posición ante el conflicto sino por el hecho de que fuera un hombre soltero, enérgico, atractivo, decidido y con un futuro prometedor. Un español de Málaga llamado Bernardo que te pidió en matrimonio a los pocos meses de conoceros. ¡Qué sorpresa nos llevamos todos! Y eso que temimos por vuestro enlace al caer él enfermo.

Fue muy noble por su parte que deseara cumplir su promesa de casarse por si moría, aunque eso supusiera celebrar la ceremonia en su propia casa y no en la iglesia y sin el permiso real necesario para que un gobernador se casara con una nativa de la provincia. Nunca lo hablamos, pero supongo que tú, que ya habías pasado por el altar, que ya habías enterrado a un marido, estarías nerviosa aquel 2 de noviembre de 1777, día de las ánimas.

Afortunadamente —y sin duda, gracias a tus cuidados—, Bernardo se recuperó. De estas cosas los hombres no hablan, pero quién sabe si en ti encontró el apoyo necesario para seguir ayudando de manera clandestina a los norteamericanos de las colonias británicas haciéndoles llegar armas, dinero y municiones a través de mi puerto mientras tú cuidabas de vuestra recién nacida, Matilde. Tú eras francesa y española, como yo. Comprendías perfectamente que era cuestión de tiempo que España siguiera los pasos de Francia en sumarse a la guerra contra Inglaterra. Por fin llegó el momento propicio: la victoria rebelde en Saratoga. Hubiera sido de necios dejar pasar esa oportunidad de revancha, de recuperar de los británicos los territorios perdidos en la guerra de mediados de siglo. Pero claro, lo que es bueno para un país, no siempre es bueno para una persona, aunque jamás nos atrevamos a admitirlo en público.

A ti la situación te separó de Bernardo. Poco pudiste disfrutar de su compañía.

Antes de entrar en la guerra ya andaba ocupado reforzando la función defensiva del territorio, persiguiendo el contrabando inglés, preparándose para el conflicto, debilitando el comercio británico al dar más facilidades a los comerciantes franceses, controlando el tráfico del río, reclutando soldados por si acaso, favoreciendo el asentamiento de población en los nuevos núcleos de San Bernardo, Barataria, Galveztown y Valenzuela...

Pocos hombres he conocido tan tenaces. Mi propia naturaleza lo puso a prueba muchas veces con huracanes e inundaciones, provocando hambre y enfermedades, pero él nunca se daba por vencido.

Como te decía, poco pudiste disfrutar de él en esos tiempos convulsos. Me imagino a Bernardo, abrumado por el agotamiento, pensando en su mujer y en sus hijas (siempre consideró a Adelaida como suya) para resistir; prometiéndose a sí mismo mentalmente el premio de regresar al hogar tras las batallas; convenciéndose de que lo que hacía era lo correcto o, al menos, lo que *debía* por su cargo y su juramento de lealtad a su país. Solo esa fortaleza mental mantiene a un hombre cuerdo durante las largas horas, los eternos días de desplazamientos por terrenos pantanosos y palúdicos, las esperas del momento adecuado, sin apenas hombres; hombres de diferentes caracteres, procedencias, motivaciones, colores de piel y lenguas a quienes no solo guiar sino también dar ánimos. Solo alguien como él pudo tomar Manchac y Baton Rouge. Y luego el fuerte Charlotte, en la Mobila. Y luego, Pensacola. Él no esperaba a nadie. Él tenía que hacerlo todo solo. Y luego, rumbo a Jamaica. Y mientras, tú, sola, dabas a luz a vuestro segundo hijo en común, Miguel, sin saber por dónde exactamente andaría Bernardo. Si estaría vivo o muerto. Si esa guerra acabaría de una vez por todas.

Terminó. Como todas.

Pero entonces comenzó la tuya.

El fin de la guerra también supuso el fin de nuestra estrecha relación física. No encuentres recriminación en mis palabras, querida Felicitas. Lo comprendo todo. Tuvisteis que marchar a España; al fin y al cabo, era la tierra que vio nacer a tu marido. Fue un paréntesis de descanso y de trabajo relajado para Bernardo como asesor para el gobierno sobre asuntos norteamericanos antes de ser enviado a Cuba como capitán general de Cuba, Luisiana y Florida y sustituir al poco a su padre enfermo, Matías, como virrey de Nueva España. Me cuesta creer que solo hayan transcurrido tres años desde entonces. ¡Me alegré tanto por ti, amiga mía! Estaba segura de que disfrutarías de tu familia, de aquella maravillosa tierra. No permití que los celos me invadieran. Sabía que en cualquier momento vendrías a verme. Pero...

¿Quién nos iba a decir que, después de tantos esfuerzos, de tantas batallas, de tantos viajes por esos mares, Bernardo moriría tan pronto, tan joven? Os casasteis a principios de noviembre de 1777 y murió el 30 de diciembre de 1786 en Tacubaya, a los cuarenta años.

Lo enterraste cuando apenas faltaban dos semanas para que naciera vuestra hija Guadalupe.

Supongo que empezarías a odiar algunas palabras.

Noviembre. Tacubaya. Disentería.

Dejaste a tu héroe en una tumba de la ciudad de México y cumpliste su voluntad. No volviste a mí, sino que te fuiste a España para que los niños recibieran una buena educación.

Los recuerdos duelen, Felicitas, pero hay que mantenerlos vivos para que no desaparezcan. Para que tus hijos y las siguientes generaciones sepan.

Parece que todo esto sucedió hace un siglo, pero en realidad fue el año pasado. Mientras yo disfrutaba de una vida relativamente plácida, tú te enfrentabas a una nueva vida lejos, sin él. Viajaste a España en uno de los navíos que habían acompañado a tu marido en el sitio de Pensacola. Supongo que no podrías evitar comentarlo, con la rabia anclada al pecho.

En los últimos meses, te he imaginado adaptándote al día a día en tu casona de Madrid y gestionando la herencia y la difícil tarea de sacar adelante a tus cuatro hijos. Te he visualizado añorando tu pasado entre paredes cubiertas de ricos damascos y habitaciones de muebles rotundos y arañas de cristal. Te he alabado por decidirte a abrir tus salones a ilustres afrancesados. Tú, tan menuda, con tu rostro redondo, tu boca pequeña, tus ojos vivos, tu porte elegante y tu inteligencia, entre ilustres e ilustrados, demostrando que sabes de lo que hablas, que has vivido la historia en primera persona. Os he imaginado conversando sobre el pasado y sobre lo que está por venir. Supongo que las palabras razón, igualdad y libertad —las mismas que impulsaron a las trece colonias norteamericanas a independizarse de Gran Bretaña— aparecen continuamente en vuestras charlas. Me figuro que debatís sobre el papel de la monarquía frente a la democracia de los estados emancipados...

Desconozco el alcance de las consecuencias de este pasado reciente pero, a veces, imagino que produce un efecto contagioso en otras tierras, sobre todo en aquellas, como en Francia, donde las malas cosechas, las crisis agrícolas, los problemas financieros, los costes de las guerras y la bancarrota alteran a las personas. A veces conjeturo que, siendo como son las amistades, tan cambiantes, Francia y España se enfrentan de nuevo y te afecta a ti, francesa de nacimiento, española de adopción y de corazón. Dios no lo quiera.

Me apuesto cualquier cosa a que también habláis de Bernardo de Gálvez. Muchos se acordarán de él y de sus hazañas. Su nombre siempre se asociará a Manchac, a Baton Rouge, a la Mobila o a Pensacola. Me pregunto si también se acordarán de ti. La historia tiende a ser más justa con los hombres, tal vez porque son ellos quienes la escriben y su concepto de gesta (espero que esto cambie algún día) se reduce a hechos heroicos relacionados con la guerra. Ten por seguro que yo siempre me acordaré de ti, querida amiga. Siempre sabré que me llevaste en tu corazón.

Que hablaste de mí en Madrid, o donde quiera que el destino te lleve a partir de ahora.

Te mando todo mi ánimo y te pido que intentes no sufrir ni por ti ni por nadie. Quienes tenemos hijos sabemos que es más fácil de decir que de aplicar, pero insisto en ello. Fijate en mí. He sufrido cosas terribles y casi he sucumbido al fuego. Sin embargo, creo que todos podemos resurgir de las cenizas. Te lo digo yo, que conozco el significado real, físico, literal de la expresión. De todo se sale. Me están reconstruyendo. Donde antes había edificios de madera de estilo colonial francés ahora hay otros de gruesas paredes de ladrillo y mampostería, con patios, arcadas y balcones de hierro forjado. ¡Me estoy volviendo más española, si cabe! Como tú... Qué remedio nos queda, pero qué hermosa coincidencia. Tu vida y la mía unidas, a pesar de la distancia.

Yo, que primero fui tierra de quien por allí pasaba, que luego fui francesa, que luego fui española, que no sé qué seré a partir de ahora, te agradezco tu recuerdo, te deseo nuevos momentos de felicidad y te prometo que jamás te olvidaré. Ya sabes que gozo de una gran memoria.

Tu querida amiga,

Nueva Orleans.

# La popa de una gallina anglicana

Juan Gómez-Jurado

*Cádiz, 18 de octubre de 1805*

El marinero entrecerró los ojos al entrar en la taberna. Afuera hacía fresco, y el aire estaba cargado de salitre y humedad. Dentro, el humo de las velas y el vino de a dos reales flotaban en una miasma de blasfemias, bravatas y risotadas. Las putas eran pocas y estaban ocupadas, y el tabernero no daba abasto, así que el marinero se encogió de hombros y buscó un taburete cerca del fuego.

No hubo mejor fortuna con eso: al menos había una docena de hombres formando un círculo alrededor de las llamas, entrechocando las jarras y jurando sobre la tumba de sus madres no volver a tierra hasta haber matado diez ingleses, cien ingleses, un millar de ingleses. Que no quedaría ni uno en toda la condenada isla, de verse cumplidos aquellos votos inquebrantables.

Resignado a su suerte —y maldiciendo al contraamaestre que le había retenido a bordo más de lo acostumbrado, para estibar barriles en la bodega— el marinero se aproximó a la última de las mesas, en la que un borracho solitario roncaba con la cabeza semihundida en un plato de gachas. A falta de otro sitio, se dejó caer en uno de los taburetes, confiando en que el borracho siguiera roncando.

—¿Qué va a ser? —preguntó la camarera, sin mirarle a la cara, pues estaba ocupada manteniendo en precario equilibrio una docena de jarras vacías sobre una bandeja desportillada.

—Una de vino de Toro, pan y queso —pidió el marinero, echando unas monedas sobre la mesa.

—Y dos vasos —añadió el borracho, sin abrir los ojos ni separar la cara del plato de gachas.

El marinero le contempló asombrado, pero no pudo reaccionar. La camarera ya había hecho desaparecer las monedas en el bolsillo del delantal, y se marchaba camino de la barra.

—Os habéis invitado muy rápido —dijo el marinero.

—Derechos de amarre, muchacho, derechos de amarre —respondió el otro, incorporándose un poco. Tenía la cara llena de los restos anaranjados de las gachas, que le cubrían las mejillas y parte de la barba entrecana. Se dedicó a rasparlos con uñas de luto y frotarlos con la manga de un abrigo raído, para el que cabía dudar que hubiera visto mejores tiempos en vida de aquel hombre. Que si no tenía los sesenta, poco le faltaba.

La operación le llevó un buen rato, casi tanto como el tiempo que tardó la camarera en volver con la comanda. Largos minutos en los que el marinero le miró con asombro y el borracho con

indiferencia.

—¿Dónde recalas? —inquirió el borracho, señalando los pantalones a rayas y el chaleco azul índigo que vestía el marinero.

—En el Santísima Trinidad —respondió el otro con orgullo. Era el navío de línea más grande de la historia de la navegación. Ciento cuarenta cañones, doscientos trece pies de eslora<sup>[1]</sup>, mil ciento sesenta almas a bordo. Construido en maderas preciosas: Júcar, caguairán, fina caoba. Lo apodaban El Escorial de los mares. El nombre se había vuelto irónico con el tiempo, porque por su lentitud y su pesadez, había quien insinuaba que navegaba con la soltura de una piedra. Una piedra muy cara y muy grande.

—Buen barco, vive Dios. Buen barco. Y sé de lo que hablo.

El marinero le dirigió una mirada de extrañeza, pero antes de que pudiera preguntar al hombre aquel cómo podía saber él de barcos, la camarera arrojó sobre la mesa un plato de madera repleto de pan y queso en lonchas. Al lado aterrizaron los vasos y la jarra. Esta última, milagrosamente, apenas derramó cuatro gotas que el borracho recogió prontamente con la yema del dedo índice antes de chupárselo con fruición.

—No hay que dejar que nada se desperdicie. ¿No te ha enseñado eso tu madre? —dijo, riéndose, ante el asco pintado en el rostro del marinero.

—Perdí a mi madre de muy niño.

—¿Eres de aquí, muchacho? El acento te delata

—Viví un tiempo en Vejer de la Frontera antes de volver a Cádiz. Pero sí, soy gaditano.

—¿Tienes nombre, gaditano?

—Gabriel.

—Yo soy Julián. Julianín, Julián Rodríguez, Julián *el cañonero*, Julián el Trompa. Cuatro nombres, una vida.

Estiró la mano por encima de la mesa, y el marinero la estrechó, no sin cierto escrúpulo. Era dura y áspera como el cuero secado al sol.

—Eres nuevo en esto —dijo Julián, notando la mano del otro fuerte, pero aún no curtida.

—Seis meses llevo. ¿Decíais que sabíais de barcos? ¿Habéis sido cañonero?

—Algo sé, algo sé. Y algo he disparado. Verás, yo navegué con Luis de Córdova. Dios lo tenga en su gloria y no le deje salir nunca, que el viejo hideputa aún es capaz de volver a mangonearnos.

Gabriel abrió los ojos como platos. Incluso para un novato como él, el nombre de Córdova

seguía inspirando un respeto reverencial.

—¿El Capitán General? ¿El héroe del bloqueo de Gibraltar?

—Con el estuve allí, muchacho. A bordo de ese mismo barco en el que tú navegas. Aún recuerdo cómo nos rehuyeron los ingleses. Más de treinta eran, y nosotros cuarenta y seis. Y nos volvieron la popa, las gallinas anglicanas —escupió, con desprecio, por un hueco entre los dientes—. Una única andanada les arreamos, en vano. Apenas les arañamos el barniz, y un par de desarboladuras. Nada serio. Es difícil agarrar a una gallina anglicana cuando te vuelve la popa.

Excitado, Gabriel se inclinó por encima de la mesa y le agarró del brazo.

—No estaríais, por ventura, con él cuando...

El viejo borracho sonrió, y fue una sonrisa dulce que le quitó veinte años de encima a su rostro ajado.

—Sí, muchacho, yo estuve con Córdova en el Cabo de Santa María. Devuélveme el trinquete, anda, pide más vino y te lo cuento.

El marinero le soltó, algo avergonzado, e hizo gestos a la camarera.

—Habládme de aquel día, por favor. El más glorioso de los días de la Armada Española.

—No blasfemes, muchacho. Ese día no puede ser otro que Lepanto, ni podrá serlo nunca aunque mil años más naveguen los barcos de su Majestad.

—¿Quizás me admitáis entonces que el Cabo estaría en un honroso segundo puesto?

Julián dedicó unos instantes a pensar, con la vista clavada en el fondo del vaso.

—Puedo convenir a ello, sí. Y no solo porque estuviera allí y lo viera con mis propios ojos.

—Contadme todo, entonces. Y no omitáis detalle —pidió el marinero, con avidez.

El borracho inspiró con fuerza y comenzó su relato.

...

Corría el año del Señor de 1780, y ya estábamos metidos en harina con esos ingleses a los que Dios confunda. Las colonias rebeldes traían a mal traer a Jorgito, y nosotros decidimos juntarnos con los gabachos para ponérselo difícil. Que unos herejes fuertes no los quiere Dios, y nosotros menos. Ya el año anterior les habíamos dado cera en el Canal de La Mancha, aunque en aquella yo estaba de permiso, y bien que me alegro. Porque Córdova desbandó a los ingleses en su propio vestíbulo, y capturamos el Ardent, y todo apuntaba a que por fin les podíamos invadir. Y de cabeza hubiéramos ido, si no hubiera sido por los gabachos que navegaban con nosotros, que dijeron que nones. Mientras se decidían a invadir o no invadir, tuvieron peste a bordo de los buques gabachos, que lo raro es que no la tengan siempre, pues un gabacho es mejor que un inglés

solo por un pelo del coño, y porque lo dice el Papa. Y eso cerrando un ojo y ambas narices para no olerlos. Y claro, nos pegaron la peste y todo se fue al santísimo carajo. Así que Córdova volvió la proa para casa, que fue cuando me subí yo de vuelta, y sin coger la peste ni nada. Y al verano siguiente, voto a Dios, no va y recibe el buen Capitán un aviso de los espías, que dicen que sale de Portsmouth, rumbo a las colonias del Norte un puñado de barcos, y que les vayamos a buscar. Y hubo quien no estaba conforme en la Corte, porque decían que Córdova era muy viejo para una empresa como esta, y eso lo supimos porque nos lo contó él mismo, cagándose en las santas madres de los chupatintas y soplanucas que bailan el agua en Palacio. Pero llegó la orden, llegó, y salimos con la flota entera del Estrecho rumbo al cabo de Santa María. Y lo que nos encontramos era mejor de lo que nos habíamos imaginado. Porque el puñado de barcos era un doble convoy, que debía dividirse en dos algo más lejos. La mitad se iba para las colonias del Norte, la otra mitad para la India, que también anda enemistado allí Jorgito con los de aquellas latitudes. Iban todos juntos, para que no les cazáramos, sin sospechar que sabíamos que venían. Y una madrugada, 9 de agosto, creo recordar, la fragata exploradora los avistó a sesenta leguas al oeste de Cabo San Vicente. Y ahí fuimos todos, aún sin saber cuánto y cómo y de qué manera, vive Dios, pues sabíamos del convoy doble pero no sabíamos de la escolta, ni cuántos eran ni cuánto nos iban a joder. Pero Córdova, que es perro viejo, perro listo, dijo que para adelante con los faroles, que a santo de qué iban a navegar tan lejos de tierra si fueran bien seguros y con los cojones prietos y no en la garganta, como así iban. Y nos lanzamos al ataque, las fragatas primero, los perros gordos detrás. Y entonces vimos que eran solo tres escoltas. Tres, muchacho, si puedes creerme, y sé que puedes. Tres escoltas para proteger cincuenta y cinco barcos. Y nosotros llevábamos veintisiete navíos de línea, nada menos. Eso sin contar las fragatas, que nunca han valido para otra cosa que para otear y hacer bonito en los costados de una flota. Y ahí estaba Moutray, el comandante de los británicos, que nos ve llegar, en proporción de diez a uno, y es consciente de que la única mierda que va a poder proteger es la que se acaba de hacer en sus pantaloncitos de lino. Así que solo le queda hacernos frente y hundirse, en honor a Jorgito y a su falso Dios, o darse la vuelta y enseñarnos los pantalones cagados. Y eso hizo. Tan pronto nos vio, la gallina anglicana nos dio la popa y tomó las de Portsmouth a una velocidad que no vi tal. Y entonces nuestro Córdova, el buen Córdova, nos mandó en «caza general», que yo nunca he oído tal tampoco ni volveré. Y todos nos fuimos a dar caza a los barquitos desarmados, que se habían desbandado como palomas delante de un halcón, y los fuimos cazando durante todo el día y buena parte de la noche. Cincuenta y dos cayeron, solo tres se escaparon y porque era tarde. Tan pronto

les enfilábamos de borda y les enseñábamos las troneras, corriendito arriaban el pabellón y se abrían de piernas. Y cuando hicieron cuentas, que bien de memoria me las sé, porque he contado esto alguna vez antes que a ti, muchacho, supimos que habíamos hecho dos mil novecientos cuarenta y tres prisioneros, casi trescientos cañones, tres mil barriles de pólvora, equipos y pertrechos para doce regimientos, provisiones y ochenta mil mosquetes. Que se fue al carajo aquel día la guerra de Jorgito, y la Bolsa de Londres y Lutero que la fundó. Y lo mejor de todo, todo sin disparar un solo cañonazo. Así que ya ves, poco me gané el jornal, pero la gloria sí que me la llevo. Al menos un poco, que se la merece más Córdova. Tanto que el propio rey Carlos, que Dios guarde, dijo: «Mejor alentado y sufrido me ha salido el viejo, con sus achaques, que todos los señoritos de Brest». Y bien verdad era.

...

Al concluir el relato, Gabriel y el borracho se quedaron en silencio, el uno sobrecogido de gloria y de banderas, el otro agotado y soñoliento.

No dijeron nada.

No hacía falta.

No quedaba sino despedirse.

—Partiremos con la marea. He de marcharme ya, o mi contramaestre se hará un tambor con mi piel, como él gusta de repetir.

El marinero se puso en pie y estrechó la mano del viejo cañonero.

—Gaditano, aún no me has dicho a dónde navegáis.

—A un lugar insignificante, del que nadie ha oído hablar y que a nadie le importa.

—¿Y qué lugar es ese?

—Trafalgar, se llama.

—Nunca he oído hablar de él —dijo el viejo borracho— pero seguro que será un sitio que las gallinas anglicanas no olvidarán jamás. Voto a Dios que veréis muchas popas.

Y, de un trago, apuró las últimas gotas de vino que quedaban en el vaso, que quedó, seco y marchito, volcado sobre la mesa.

61 metros.

# Las Bahamas y «Perico Pelao»

Emilio Lara

Amanecía en alta mar. Donde antes había neblina ahora se desmenuzaban los colores. Renacía el mundo. El viento hinchaba las velas de la fragata *San Antonio* y los marineros, descalzos, realizaban las maniobras bajo la mirada de sus superiores. Hastiados del mal olor de las bodegas tras varios días de navegación, varios granaderos habían subido a cubierta para respirar aire puro. Sus uniformes blancos contrastaban con las casacas de paño azul de los oficiales de Marina. La cubierta estaba resbaladiza por la humedad. El maderamen crujía y las olas golpeaban el casco. Cinco jóvenes pífanos hacían corrillo para ensayar una marcha.

—Esta vez ha salido mejor —dijo uno.

—No es difícil pillarle el tranquilo —contestó Perico.

Ninguno tenía más de catorce años. Sentados en la tablazón, tocaban la airosa marcha que Perico había compuesto las semanas anteriores en La Habana. Aunque no sabía leer un pentagrama tenía buen oído y excelente memoria, y era capaz de silbar las melodías que brotaban de su cabeza.

—Vamos, otra vez —un muchacho animó a sus compañeros a tocarla de nuevo.

El viento arrastraba la pegadiza música mientras los marineros se atareaban en situar junto a los palos cubos rellenos con arena. Si se producía un combate naval, la esparcirían para empapar la sangre de los heridos y así evitar resbalones. Los soldados, serios, miraban el mar en silencio. Quienes llevaban el pelo más largo se rascaban la cabeza, por los piojos. Todos eran veteranos. Desde que partieron de Cuba sabían que su objetivo era la conquista de las Bahamas. Y también sabían que los ingleses eran duros enemigos.

Hacía frío a esa hora. Los cinco chicos, al terminar de interpretar la pieza, se metieron los pífanos bajo las axilas y se frotaban las manos para calentárselas. Perico tenía la costumbre de raparse la cabeza para evitar las liendres, por eso sus compañeros le decían «Pelao».

La bola del sol incendiaba las aguas conforme asomaba por el horizonte. Perico se acordaba de los días pasados en La Habana, de los edificios de colores y del sabor de la caña de azúcar al chuparla. Hasta en las misas de campaña el latín de los curas le parecía endulzado. Pero sobre todo recordaba la aparatosa belleza de sus mujeres, exhibida como si en el mundo no existiese el pecado. ¿Había mujeres así de hermosas en las islas que se aprestaban a conquistar? Hacía dos años y medio que, en Cartagena, para escapar de la miseria, se había alistado en las banderas del Rey con la esperanza de correr aventuras, y desde que su regimiento embarcó en Cádiz en 1780

para la campaña americana había visto más mundo del que jamás hubiese sospechado. Había conocido cosas sorprendentes: cielos cuajados de luceros, frutas tropicales de sabores inexplicables, tabacos aromáticos, ríos tan anchos como mares y mulatas cuya sonrisa derretía la escarcha. Estaba en la edad en la que cada día era de primavera y la vida una continua aventura.

Aquellos jovencísimos músicos mimaban los pífanos que les habían entregado en La Habana. Procedían de un almacén de instrumentos incautado a los jesuitas cuando fueron expulsados de sus misiones. También eran de manufactura jesuítica los tambores, con unas preciosas cajas de madera pintada, tensores de pita y parches de piel. Aquel instrumental no serviría para acompañamiento de salves cantadas ni misas solemnes, sino para marchas militares. El humo del incienso se había cambiado por el de la pólvora.

—«Pelao», vamos a tocarla de nuevo. Un poco más y la bordaremos.

Perico se puso en los labios el pífano y volvieron a interpretar la marcha. Su marcha.

...

El capitán general de Cuba y mariscal de campo Juan Manuel Cagigal se resentía de la herida en el hombro. Fue en la toma de Pensacola. De eso hacía ya un año. Le pegaron un tiro yendo sable en mano delante de las tropas al son de Calacuerda, animando a sus hombres a avanzar, como un joven teniente sin miedo al plomo. El balazo no le hizo flaquear. Se limitó a cambiarse de mano el sable y a continuar el asalto mientras estallaban cañonazos cerca y zumbaban avispones de metralla. Aunque la herida había cicatrizado bien, en ocasiones sentía una intensa picazón y ráfagas de punzante dolor que le hacían contraer el gesto y masajearse la zona con fuerza.

Cuando se le pasó el malestar se dispuso a escribir en la camareta a la luz del candelabro, pues la natural aún resultaba insuficiente para sus ojos. Pensaba redactar un memorial justificativo de su impetuosa decisión de iniciar la invasión de las Bahamas. Aunque Carlos III le había encomendado dicha misión, no había consultado la fecha con su superior jerárquico en América, Bernardo de Gálvez, que a la sazón se encontraba en Santo Domingo preparando la toma de Jamaica. El hambre de gloria había empujado a Cagigal a iniciar por su cuenta la conquista del archipiélago, dejando desprotegida La Habana, pues sólo quedaron para defenderla menos de trescientos soldados enfermos, rebajados de servicio.

Lo que para otros sería una temeridad para él era una inmejorable oportunidad.

Como todas las personas que creían haber nacido para algo grande tenía la convicción de que nada podía salir mal. Era difícil de explicar, pero intuía cuándo había que arriesgar para conseguir el triunfo. Era como si él se limitase a materializar lo que llevaba tiempo soñando,

porque sus sueños eran anticipaciones de la realidad. Por eso, dos semanas antes, persuadió a los corsarios norteamericanos fondeados en Cuba para que lo acompañasen en la invasión de las Bahamas. El comodoro Alexander Guillon, que corseaba desde hacía años por el Caribe, decía conocer las Bahamas como la palma de su mano, por lo que haría de guía para adentrarse por los bajíos de las islas evitando embarrancar. Era el capitán de la fragata *South Caroline*. Con ella y con otras embarcaciones pequeñas, los norteamericanos ayudarían a los españoles a luchar contra su enemigo común. Los ingleses.

Cagigal sonrió. La audacia sería su aliada.

La luz cenicienta del amanecer penetraba por los ventanucos. Pronto los rayos del sol naciente abrasarían el cielo. El barco se balanceaba suavemente. Bajo el parpadeo de los pabilos mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir el memorial: «4 de mayo de 1782. El pasado día 22 de abril zarpé de La Habana con una escuadra dispuesta a conquistar para Su Majestad Nueva Providencia y el resto de islas en manos inglesas...».

...

Las nubes no eran de lluvia, soplaba barlovento y las aguas verdeaban. Los catalejos divisaban las costas de las Bahamas. Los barcos navegaban a todo trapo. Abría formación el *San Antonio*, con los cañones preparados por si avistaban navíos enemigos dispuestos a interceptarlos. Sonó un silbato.

—¡A cubierta!

Los granaderos del Regimiento Inmemorial del Rey subieron de los sollados y se desparramaron por la cubierta. Los uniformes de lino blanco estaban sucios por las vomitonas y el sudor. Los soldados se calaron los morriones negros y se abrocharon los botones de la casaca. Le quitaron a los fusiles los trapos con los que habían liado la llave para evitar que el mecanismo sufriese percances durante la travesía. Cargaron las armas sin amartillarlas y comprobaron que no olvidaban la baqueta dentro del cañón.

—No calen bayonetas —ordenó un capitán—. Lo harán después del desembarco. No quiero pinchazos si el barco hace una maniobra brusca.

Perico se colocó junto a sus compañeros pífanos y tambores. Respiraban nerviosos. Siempre iban en vanguardia, junto a las banderas del Regimiento, tocando sin cesar mientras avanzaban hacia el enemigo. Un viejo sargento se acercó y dio un cariñoso cachete en la nuca del «Pelao». Era su forma de manifestar que no tuviese miedo.

—¿Veis barcos ingleses? —preguntó uno de los muchachos.

—No —respondió otro haciendo visera con la mano.

—Mejor —respiró aliviado Perico.

La flota española estaba formada por sesenta y seis embarcaciones pequeñas que transportaban a dos mil quinientos soldados. La bandera blanca con el escudo real ondeaba en la popa de los barcos. La flotilla norteamericana, más pequeña, navegaba junto a la española, y en sus barcos drapaba el pabellón de las barras y estrellas. La escuadra combinada dejaba estelas de espuma en las aguas verdes.

Los marineros, con las camisas arremangadas, asían las cuerdas con sus manos encallecidas y enrojecidas, hechas para acariciar escamas de dragones. Las olas azotaban los costados de los navíos y crujián las maderas. Los oficiales oteaban la línea de costa con sus catalejos. No había buques ingleses. Pero ya se dibujaba la silueta de los fuertes.

El capitán del *San Antonio* impartió órdenes precisas, el barco viró y, al poco, la fragata *South Caroline* se colocó a popa. Ofrecían su banda de babor a la costa de la isla de Nueva Providencia, la de mayor tamaño del archipiélago. Pronto estarían en la línea de tiro.

Primero vieron fognazos en lo alto de un fuerte, inmediatamente después nubecillas de humo acompañadas de estampidos lejanos, y al poco manaron surtidores de agua cerca de los barcos.

Los primeros cañonazos.

Perico y sus compañeros músicos agacharon la cabeza de forma instintiva. Los cañones del *San Antonio* y del *South Caroline* respondieron al fuego de inmediato y a los muchachos se les atronaron los oídos. Las granadas picoteaban el agua alrededor de las dos fragatas levantando efímeros géiseres, pero no impactaban en ningún barco. Perico y los demás, acucillados y con el corazón en la boca, cerraban los ojos esperando que ninguna bala explotase y lanzase contra ellos astillazos.

Las granadas pasaban por encima de las arboladuras y rasgaban el aire, y una de ellas, disparada al ras, rebotó en el agua tres veces, como si hiciera el salto de la rana, hasta que se hundió de pronto.

Las sucesivas andanadas de ambas fragatas envolvieron en humo el fuerte enemigo hasta silenciar sus cañones con una tormenta de hierro.

Acallado el cañoneo contrario, el *San Antonio* y el *South Caroline* se dirigieron hacia la embocadura del islote de Hog para fondear. Era el lugar escogido para iniciar el desembarco y mantener a tiro de cañón los fuertes enemigos que protegían Nassau.

A Perico le pitaban los oídos de los zambombazos artilleros. Abría y cerraba la boca para

desatascar los tímpanos y las voces de los oficiales de Marina se le antojaban distantes. El aire olía a pólvora quemada y a salitre. Los soldados, tensos, apretaban las mandíbulas y agarraban con fuerza sus fusiles. El molesto zumbido interno le impedía al muchacho distinguir lo que decían a su alrededor. Así que, con el corazón encabritado, se limitó a contemplar cómo el navío se aproximaba a una playa respunteada de palmeras.

El *South Caroline* y los bergantines norteamericanos se adentraron en los bajíos sorteando bancos de arena y arrecifes, marcando el rumbo para los navíos españoles. El comodoro Guillon y sus corsarios conocían bien aquellas aguas y ambas escuadras echaron anclas frente al islote de Hog. No se avistaban barcos ingleses. Arriaron barcas y lanchas y los fusileros de los diferentes regimientos fueron embarcando, remaron hasta la playa y descendieron cuando el agua les llegaba por las rodillas, con los fusiles en alto para no mojarlos.

La playa era de una arena tan fina y blanca que parecía harina traída de un pósito. La brisa agitaba con suavidad las hojas de unas palmeras que abanicaban el aire con languidez. Había calma en aquella belleza exótica. Era como si el relato del mundo se hubiese detenido en el Génesis. Perico y sus compañeros, con los zapatos empapados de agua y rebozados con arena, extrajeron sus delicados instrumentos de los portapífanos de latón y se colocaron junto a los abanderados, que desplegaron las banderas blancas con la cruz de Borgoña y el escudo de Su Majestad. Los muchachos de la percusión sacaron las baquetas y se acomodaron los tambores, prendidos de una correa de cuero cruzada al pecho.

Los granaderos fueron los primeros en desembarcar. Todos altos, fornidos y veteranos. Muchos gastaban bigote con las puntas ahumadas de tanto tabaco. Sobrevolaron sus cabezas unos pájaros de colorido plumaje. Los sargentos dieron las voces reglamentarias para formar en línea. Calaron bayonetas. El capitán desenvainó el sable, posó la hoja en el hombro y llenó de aire sus pulmones.

—¡Adelante! —gritó.

Los granaderos comenzaron a avanzar hacia el interior de la isla. Los tambores repicaban marcando el paso. Perico guiñó un ojo a sus compañeros. Sonaron los pífanos.

Banderas al viento y pisando una arena casi tan blanca como sus uniformes, los españoles conquistaban las Bahamas al son de una nueva marcha. La marcha de «Perico Pelao».

...

Fue un paseo militar. Los fuertes cayeron tras recibir unos cuantos bombazos. Sus guarniciones no soportaron más de unos cuantos disparos de fusilería. El cacareado temple británico resultó de

mantequilla. Los ingleses renunciaron a ser héroes y solicitaron parlamentar. Cuatro días después firmaron el armisticio.

Las Bahamas habían cambiado de poseedor. La bandera británica fue arriada de todos los fortines y en su lugar izada la de la monarquía borbónica. Pero tras estas ceremonias, los intendentes del ejército estuvieron ocupados en algo práctico: inventariar el botín. Gastaron un tintero y una resma de papel, tal era la cantidad de barcos, armas y pertrechos entregados.

Cerca de mil quinientos británicos fueron hechos prisioneros y despachados en barcos a Cuba. Pero lo que más burlas motivó entre los españoles fue el gesto altanero de los oficiales de Jorge III al desfilar con ínfulas de victoria. Marchaban embutidos en sus uniformes rojos, con las pelucas empolvadas y perfumados como si fuesen a la ópera. Congestionados de rabia y enrojecidos por el brandy pimplado, miraban a los soldados españoles con aristocrático desdén mientras éstos hacían chistes y gestos obscenos.

Esos días de júbilo, la disciplina se relajó un tanto entre los españoles, que despojados de casaca y chupa, se tumbaban en la playa en calzón y camisa abierta bajo el sol primaveral, bebiendo vino peleón y jícaras de chocolate, enseñando palabrotas a los loros y cortejando a las mujeres isleñas. Y los oficiales los observaban con la vara colgada del segundo botón de la casaca como mandaban las ordenanzas, por si habían de imponer el orden deslomando a algún soldado, pues sabían de qué calaña eran muchos de esos hombres.

En el Ejército de Dotación trasladado dos años atrás desde la España peninsular hasta América había antiguos reclusos. Y no pocos. Fueron excarcelados a cambio de alistarse, y quienes habían trocado el presidio por la infantería, tras aquellos días en Nassau, juraban que no volverían a sus lugares de origen ni muertos, ni borrachos ni locos. Que aquello era un paraíso y si para quedarse habían de reengancharse, lo harían mil veces.

Y los corsarios norteamericanos, con sus casacas azules conseguidas del Ejército Continental, sus modales bruscos y su patriotismo tasado en dinero, exigieron una elevada suma por haber guiado a la escuadra española por aguas seguras.

...

Al año siguiente España hizo un cambalache con Gran Bretaña e intercambió las Bahamas por la Luisiana Oriental. Como en un juego de cromos, volvió a variar la soberanía del archipiélago y los oficiales británicos regresaron con sus uniformes encarnados, sus pelucas harinosas y su altivez regada con brandy.

La temeridad de Juan Manuel Cagigal al iniciar el plan de invasión suscitó la ira de su

superior y como recompensa recibió una celda. Allí, en el frío del penal, quien soñaba con laureles se lamentaba de haber sido incapaz de pensar que la envidia acabaría con su carrera, y a pesar de que sus suplicantes cartas dirigidas a la Corte y a sus amigos lo sacaron de prisión, nunca alcanzó la gloria con la que soñaba de niño en La Habana, cuando, palo al hombro, desfilaba por el malecón ansiando emular las hazañas de los conquistadores.

Firmada la paz con Gran Bretaña, algunos regimientos fueron repartidos por América y otros repatriados a la España peninsular. Perico retornó a Cartagena y paseó su mocedad por la ciudad durante un tiempo. Al puerto llegaban barcos atestados de delicias indianas: cacao, café, vainilla y caña de azúcar, y sus olores le recordaban al «Pelao» los días habaneros. Lo convidaban a varias rondas en las tabernas cercanas al Arsenal para que contase maravillas, él relataba la belleza de las negras y trigueñas cubanas y evocaba el edén que era Nassau, con sus aguas del color de las esmeraldas derretidas. Y para darse pisto pronunciaba frases en inglés, idioma que chapurreaba. Pero le decían que aquella lengua tan basta no tenía futuro, que lo mejor y más elegante era aprender francés, dónde iba a parar, con lo fino que era poner la boquita de piñón al decir *amour* y *monsieur*.

Y el joven, antes de incorporarse a su regimiento, participó con un piquete granadero en la procesión del Viernes Santo. Y se acordó de la blanca y fina arena de las Bahamas cuando, entre tronos y nazarenos, los pífanos y tambores interpretaron la marcha «Perico Pelao» por las calles cartageneras.

# La caracola

Cristina López Barrio

Deliraba en un lecho con almohadones de plumón de oca. Había soñado una noche infinita de aguas pantanosas entre las que se debatía con chapoteos inútiles. No sabía dónde se encontraba, ni a dónde quería ir, solo un insoportable deseo de vestir ropas secas lo alentaba a liberarse de aquel destino. Despertó sin conciencia del tiempo, abrumado por una eternidad dolorosa que le quemaba el pecho y le obligaba a toser. Un detalle trivial como el sonido de la lluvia le hizo recordar que era finales de abril de 1780; la mujer con cofia de blondas sentada junto a él, que aún estaba en la mansión Ford, Morristown, Filadelfia, Martha era su nombre, o lady Washington como solían llamarla; el paño frío sujeto en las manos de ella, que se estaba muriendo.

Le sorprendió un pensamiento incómodo, no ya el de su propia desaparición, ese vendría después, sino el de que iba a morir en un mundo extranjero; él que siempre había sido considerado un hombre cosmopolita, que se había codeado con gentes de numerosas nacionalidades, incluso su propia sangre era una mezcla de dos, la española y la francesa, y un océano separaba la tierra alicantina donde había nacido de aquella que también hizo suya al instalar sus negocios y formar una familia, la bella Habana. Ni la cálida aunque reciente amistad que le unía a sus anfitriones, los Washington, podía evitar que las paredes enteladas de la alcoba le resultaran hostiles, al igual que los sofás de terciopelo verde y las cortinas de seda que amordazaban la luz de la ventana; solo el perfume de su propia fiebre y su cuerpo abandonado a ella le proporcionaban el espejismo de un hogar.

Dirigir una mano hasta el cuello del pijama para cerciorarse de lo que ya sabía, que chorreaba si no las aguas de su sueño sí un sudor de hielo, le costó un movimiento infinito. Parecía que toda su vida había estado preparándose para sentir no más que esa certeza absurda.

Martha Washington depositó el paño frío sobre su frente y se dirigió a una esquina de la alcoba. Abrió un armario de castaño y extrajo de uno de sus estantes una toalla de lino. Los actos más inofensivos han sido no pocas veces generadores de grandes batallas, y más si los guía la caridad, habría pensado si hubiera estado lúcido. Entre la neblina de la enfermedad siguió los pasos de Martha, su figura robusta desplazándose por la alcoba hasta aquel armario, donde por el ángulo que se formaba entre la puerta y el cuerpo de la dama vislumbró su casaca de paño marino. La prenda le trajo de vuelta de los territorios fronterizos por donde transitaba, recobró de golpe la plenitud de su identidad y con ella el recuerdo de una misión inconclusa: el doble forro de la casaca, el bolsillo secreto que su mujer, sin sospechar su uso, le había cosido en las largas tardes

de La Habana. El mensaje urgente que en él esperaba para ser entregado a Bernardo de Gálvez, gobernador de Luisiana.

Martha le secaba el sudor del cuello con el paño y el triángulo del pecho que dejaba ver el pijama, hechos que le sirvieron para confirmar que era Juan de Miralles y Trayllón, comisionado del rey de España en el Congreso Continental de hombres intrépidos que luchaban por liberarse del dominio de los ingleses; la realidad se le hizo más clara que nunca y todo lo que creía ser lo resumió en tres palabras invisibles: comerciante, negrero, espía.

Intentó incorporarse en el lecho, tomar la mano de Martha entre las suyas y rogarle que le ayudara a llegar hasta la casaca. Fue en vano. Ni uno solo de sus miembros obedeció sus órdenes. En esos tiempos de guerra por la libertad habrían sido fusilados. Cerró los ojos un instante, al abrirlos descubrió junto a Martha a un hombrecillo cuyo aspecto le pareció ridículo. Vestía pulcramente un traje de escribano, eso le pareció porque sostenía una carpeta con hojas amarillas, como las que usaban los escribanos que había visto en los puertos para llevar las cuentas de las mercancías que se tragaban los barcos. Una pluma de ave blandía entre los dedos. Ya no es hora, le dijo moviendo un bigote funerario. Juan de Miralles pensó que se trataba de otro médico, que el galeno que cuidaba en la intimidad de los males de los Washington había enviado a algún ayudante para que le aplicara una nueva cataplasma de mostaza, y aquel: ya no es hora solo era una instrucción relacionada con la medicina. Tosió, Martha le retiró el paño de la frente. Un hilo de sangre se asomó a sus labios, le rebasó el inferior y se detuvo antes de descender por el precipicio de la barbilla. La mano de Martha quedó inmóvil, era una sombra que se cernía sobre sus párpados. Sintió que le faltaba el aire y que el tiempo se diluía en su memoria. La casaca, el mensaje en el bolsillo secreto, quiso decirle a ella, pero solo escuchó a aquel hombre que repetía: ya no es hora. ¿No es hora de qué?, le preguntó. Su voz le resonó en la cabeza como el eco de una montaña. Tráigame la casaca que hay en el armario, siga mis instrucciones y le haré rico, insistió. Ya no es hora. Y no lo era. Ante él se abría un universo, una amalgama de imágenes que se apelotonaban una sobre otra en minucioso orden. La primera que vio nítida fueron sus ojos extrañados de estar mirándose a sí mismos. Después un acueducto de altos arcos romanos que reconoció enseguida. El acueducto de San Rafael en su pueblo natal: Petrel. Oyó el sonido del río, las pisadas sobre la hierba, tocó las piedras que soñó y volvió a soñar debía de haber tocado alguna vez una legión romana. Vio las casas-cueva de las afueras, donde jugaba de niño, vio la iglesia del pueblo y, entre el olor a incienso, vio a su madre embutida en el frufú de las sedas y los encajes franceses, de los brocados y las perlas que muchas otras admiraban; vio las caricias

de sus manos, su rostro, que había olvidado, y ahora, a sus sesenta y siete años, olvidaba de nuevo. El padre, en cambio, había estado bien presente en su memoria. Lo recordaba con su uniforme de Capitán de los Reales Ejércitos, había luchado contra los partidarios del archiduque Carlos de Austria en la Guerra de Sucesión Española. Lo recordaba bravo, taciturno en su uniforme blanco de galones dorados. Sin embargo, la imagen que veía de él era la del día que lo llevó al puerto de Alicante cuando apenas era un muchacho que despuntaba en la pubertad. Vio lo mismo que aquella mañana ardiente, los fardos y las cajas de mercancías elevándose al ritmo del chirrido de los cabrestantes y las poleas para depositarlos en los vientres de los navíos mercantes. Lo mareaba el olor de la brea, del alquitrán, del pescado que descargaban fresco, del que se pudría en las esquinas, del sudor de los marinos que escupían espuma de mar. Ese aroma del puerto lo había sentido también a los veintisiete años cuando desembarcó en La Habana. Pero mezclado con el de los tamarindos, el agua de coco y un dulzor a especias. Y ya en esta tierra que lo había acogido, vio la casa señorial de fachadas rosadas, la casa de Juan Eligio de la Puente, hombre clave para el comercio entre Cuba y San Agustín de la Florida, quien poco después le ayudaría a iniciar sus relaciones comerciales con las Trece Colonias, relaciones que tanto habían de servirle para tejer la red de espías que manejaba con habilidad; vio la antesala sumergida en el sopor de la tarde, donde había aguardado a que él llegara, vio el crujido del balance de caoba en el que había descansado la espera, el jardín interior invadido de rosas y, entre todas ellas, la voz cristalina de una joven, Josefa, de cabellos rojizos y ojos pardos, la mujer que acabó llevando al altar en la iglesia del Espíritu Santo y que habría de darle siete hijas y un hijo. Vio su despacho en la casa conyugal, casi siempre vacío, el rostro de su mujer al despedirlo cuando se hacía a la mar. Se vio en su bergantín por el mar Caribe, transportando esclavos negros desde Jamaica para que trabajaran en las plantaciones cubanas de azúcar.

Fatigado del carrusel de imágenes que se sucedían sin descanso, se dio cuenta de que sus recuerdos a veces se adelantaban a ellas, enriqueciéndolas, incluso era capaz de volver a aquellas que más placer le causaban o de anticiparse a las que estaban por llegar. El descubrimiento de que podía manejar el tiempo de su propia muerte lo satisfizo, si el universo con lógica de caracola donde se había sumergido tenía una fisura para escapar de él, debía encontrarla. Se abandonó a la siguiente imagen, se vio en el bergantín *Nuestra Señora del Carmen* en el año de 1777, a todos cuantos habían querido saberlo les dijo que su destino era Cádiz, su objetivo: el de un honrado comerciante; vio la tormenta que abrumaba el cielo, su oportuno desembarco en Charleston para que no se los tragara el naufragio, la partida del *Nuestra señora del Carmen* sin él, que viajaría

por tierra, de incógnito, burlando a los espías ingleses. Vio el rostro poderoso de sir Edward Rutledge, gobernador de Carolina del Sur, que lo había acogido, vio el aposento recio desde donde escribía las cartas para informar a la Corona española del transcurso de la guerra, de los movimientos y las posiciones de las tropas británicas.

Aceleró el ritmo de sus recuerdos, las imágenes de ellos se entremezclaban con las del orden establecido por aquel universo. Se vio ya en Filadelfia, había sido nombrado observador y representante español en los Estados Unidos, Filadelfia con su aire limpio de nueva nación; vio los candelabros deslumbrantes del banquete que ofreció en honor de los Washington, donde había comenzado su amistad, vio el rostro de Martha, su mano blanca que había quedado suspendida sobre sus ojos como última imagen de la caracola, y por ese vórtice donde confluían el pasado y el presente escapó de la espiral de su vida. Regresó a la mansión Ford, a la habitación extranjera de paredes enteladas donde aquel escribano impío tomaba notas con su pluma de ave de todo cuanto él había visto, sin embargo, la imagen de su misión era ahora más fuerte que ninguna otra. Se incorporó en el lecho, sonrió a la dulce Martha y antes de que el escribano pronunciara de nuevo su unánime sentencia: ya no es hora, lo estampó en el suelo de un puñetazo, corrió hasta el armario de castaño y se apoderó de su casaca. Acarició el paño alicantino con el que estaba confeccionada, al igual que las que visten las tropas del ejército estadounidense, pensaba mientras descendía las escaleras de caracol en un escalofrío. No en vano, en 1778, había desembarcado en Nueva Orleans, procedente de las fábricas de Alcoy, un cargamento de paño azul, paño tinto de lana y estameña blanca para vestir a los soldados que se enfrentaban al enemigo inglés. Y éste no había sido el único. Barriles con medicinas, mosquetes y pólvora habían llegado en ayuda de esos hombres a los que Miralles admiraban tanto que él mismo había enviado cargamentos similares a costa de su propia hacienda. Con estos pensamientos se inflamaba el alma, embarcado en una última misión para hallar su descanso.

Se dirigió al despacho de George Washington, sabía que era la segunda puerta a la izquierda en un extenso pasillo y, efectivamente, allí estaba. Lo vio con el rostro inmerso en un legajo de papeles. La nariz larga, los labios finos, las mejillas sonrosadas por la preocupación de la estrategia militar. Con sus dedos helados rebuscó en el bolsillo oculto y puso el mensaje para Gálvez sobre el legajo. Washington lo miró con extrañeza aunque en numerosas ocasiones él le había hecho llegar, a través de su red de espías, los movimientos militares de los ingleses, su posición exacta, el armamento con el que contaban. Si un solo inglés se movía Miralles lo averiguaba. Sus contactos en las casas de comercio cubanas, españolas y mexicanas se encargaban

de ello. Había tejido un tapiz maquiavélico contra los británicos, sus enemigos, los enemigos de su padre. Un estertor en el pecho le anunció que debía darse prisa. Confiaba en el honor de Washington para entregar el mensaje. Le estrechó la mano como despedida, y recordó la primera vez que lo vio junto a Martha en la fiesta que ofreció en su honor en Filadelfia, los candelabros deslumbrantes, comprendió que el universo de la caracola lo acechaba. Sintió el calor del tacto de Washington, el deber está cumplido, el mensaje entregado. Bernardo de Gálvez tendría la información necesaria para tomar otro fuerte, como la tuvo gracias a él para enterarse, antes de que fuera oficial, de que España estaba en guerra contra Gran Bretaña. Otro tacto distinto al de Washington sorprendió a Juan de Miralles. Un tacto perfumado con lavanda. Es la mano de Martha que en un gesto de misericordia le cierra los ojos. Le limpia el hilo de sangre que, tras descender por su barbilla, le ha dejado en el cuello un camino escarlata. Lo último que escucha es de nuevo la lluvia de abril. Lo último que ve, el rostro del escribano que le extiende la carpetilla para que firme con la pluma de ave su propia muerte.

# En el sendero español

José María Merino

Sin duda el cansancio le había hecho una mala pasada. No tenía que haberse detenido. Aunque tras tantas horas de marcha, no tuvo más remedio que dejar descansar a los caballos, y el riachuelo con el que había topado le pareció un lugar adecuado... Lo despertaron unos fuertes graznidos y un rápido aleteo, y le pareció vislumbrar un oscuro cuerpo que remontaba el vuelo sobre la espesura cercana. La luna llena estaba en lo más alto. Según su reloj, habían transcurrido casi cinco horas desde que se había tumbado. Los dos caballos, que para ganar tiempo ni siquiera había desenalbardado, andaban ramoneando en los matorrales cercanos. Comió y bebió algo de lo que había en la alforja del caballo del pobre Periquillo y, tras doblar la manta sobre la que había descansado y guardarla también allí, enlazó ambos caballos, montó en el suyo y se dispuso a reemprender la marcha. Salía de la parte boscosa para incorporarse al sendero, cuando escuchó fuertes y numerosas pisadas y vio acercarse corriendo a Ortiz con los cuatro indios. Ortiz, que llevaba el fusil que él había tenido que abandonar en su fuga, se detuvo y gritó:

—¡Vidal, o paras o te pego un tiro!

Sin duda el cansancio le había hecho una mala pasada. No debía haberse detenido. Aunque tras tantas horas de marcha, no tuvo más remedio que dejar descansar a los caballos, y el riachuelo con el que había topado le pareció un lugar adecuado...

Bajó muy despacio la mano derecha hasta encontrar la culata de la pistola que llevaba en la pistolera de esa parte del arzón —esta vez había cargado las dos pistolas a lo largo del viaje—, y la desenfundó con cuidado, montando la llave con la otra mano, seguro de que la distancia que todavía los separaba y aquella luz, aunque viva lunar, hacían imposible que Ortiz percibiese la maniobra. Luego mantuvo la pistola bien sujeta, pegada al cuerpo.

...

La aparición aquella mañana de los tres barcos, dos fragatas y un bergantín, fondeados en la bahía junto a la isla, había desazonado mucho al capitán Benítez y a todos los españoles, pues en esos momentos los esfuerzos de sus tropas estaban centrados en la conquista de Pensacola, a veinte leguas de allí, y la presencia de los tres barcos ingleses no podía significar nada bueno.

Si venían a recuperar Mauvilla, en aquellos momentos la concentración de las fuerzas militares españolas en la conquista de Pensacola había dejado a la población casi indefensa, por lo que no sería difícil que se hiciesen con ella, y que desde allí se dirigiesen por el sendero hasta Pensacola para atacar a los españoles por la espalda.

Por otra parte, de ser cierto tal proyecto, era bastante quimérico, no solo por el número de los posibles efectivos humanos, sin duda muy inferior al de las tropas españolas, de más de tres mil soldados, sino porque su poder ofensivo más importante, los cañones, deberían dejarlo en los barcos...

Pero el caso era que la presencia de los tres barcos resultaba muy preocupante, y el capitán Benítez, además de empezar a preparar a las pocas fuerzas con las que contaba para la eventual defensa de la población, había decidido enviar de inmediato un correo al gobernador don Bernardo de Gálvez, que se encontraba precisamente al mando de las tropas que sitiaban Pensacola, para advertirle de la insólita presencia de las tres naves inglesas.

Fue designado como emisario el granadero José Vidal, un militar muy respetado, que había sido herido en un brazo en la toma de Mauvilla y a quien el gobernador, como muestra de consideración y para que se repusiese, había resuelto no incorporar al resto del ejército. Sin embargo, Vidal estaba tan deseoso de participar en la conquista de Pensacola, que el capitán Benítez decidió enviarlo como transmisor de la noticia de la aparición de los tres navíos ingleses.

Como auxiliar, Vidal llevaría consigo a Periquillo, un pardo hijo de liberto que hacía muchos años que colaboraba con él. Y Benítez dispuso que una lancha transportase al emisario y a su ayudante, con sus monturas, hasta el otro lado de la bahía, y que allí tomasen el sendero camino de Pensacola, para un viaje que no debería ocuparlos más de tres jornadas.

...

Mientras Ortiz enarbola su fusil haciendo además de apuntarle, la conciencia de los sucesos más recientes pasa con precisión por la memoria de Vidal.

Una vez atravesada la bahía, ensillados los caballos, y a punto de estar cargadas las alforjas y ellos preparados para emprender la marcha, Periquillo dijo que no se encontraba bien y que tenía que retirarse unos momentos. Todavía estaban en una zona pantanosa, y Vidal procuró ir buscando la firmeza del sendero, cada vez más cerca de la masa arbórea en que se mezclaban los cocoteros, los cipreses y los magnolios, cuando llegaron a él los grandes gritos que lanzaba Periquillo, y echó a correr entre el estero y los matorrales buscándolo, hasta descubrir que un enorme lagarto —allí lo llamaban caimán— lo arrastraba.

Sacó el sable y golpeó al animal con él, e intentó clavárselo, para hacerlo soltar su presa, pero no lo consiguió. Entonces volvió corriendo al lugar en el que se encontraban los caballos y cogió el fusil, pero tenía que cargarlo, y mientras lo hacía maldecía aquella imprevisión, que nunca había tenido en el campo de batalla, al tiempo que se prometía no volver a llevar consigo un arma

que no estuviese preparada para el disparo.

Cargado ya el fusil, cuando regresó al punto en el que Periquillo había sido atrapado por el caimán ya no encontró ningún rastro, aunque estuvo buscándolo durante mucho tiempo, e incluso recorrió un largo tramo a la orilla del agua de la bahía.

Sentía con intensidad el dolor de la pérdida de aquel ayudante fiel y cumplidor, que había estado a su lado durante tantos años, pero ya terminaba la mañana y debía partir cuanto antes, para llevar a cabo su misión. Buscó pues el lugar en el que había dejado a los caballos y, cuando acababa de enlazar a los dos y estaba acabando de guardar los pertrechos en la alforja del de Periquillo, se encontró con que cinco indios lo contemplaban desde el borde del sendero.

Supo que eran apaches, pues una decena de años antes había peleado largamente contra ellos y su aspecto era inconfundible: las raras camisas, los calzoncillos con los anchos delantales, las plumas incrustadas en la banda que rodeaba sus largas cabelleras, el alto calzado. Apaches lipanes, dedujo. Seguramente por el calor del territorio, no vestían sus habituales pellejos. Le pareció que solo dos de ellos iban armados con arco, y que los otros tres sujetaban cada uno una lanza. Uno era muy alto.

Sosteniendo el fusil en una mano y con la otra en la empuñadura del sable, decidió acercarse con rapidez a ellos, para mantenerlos a cierta distancia de los caballos.

Cuando llegó, el más alto de los tres exclamó en castellano:

—¡Eres José Vidal!

Tanto la voz como las facciones del indio despertaron en la memoria de Vidal una súbita recuperación.

—¡Y tú Pablo Ortiz! —repuso.

Vidal y Ortiz procedían del mismo pueblo de España, Lois, en las montañas del norte del Viejo Reino de León, y habían sido compañeros y amigos desde la infancia. Hijos de gente que administraba bienes de nobles, habían tenido educación en una escuela religiosa: leer, escribir, las cuatro reglas, religión, algo de historia con exaltación de lo español. Pero también habían jugado juntos por los montes, habían buscado nidos, habían pescado truchas, habían visto a los lobos cuando los pastores llevaban los animales a las brañas. Y ambos habían acabado enrolados en el ejército, y en los granaderos de casaca blanca por su apostura física y formación sobre sus deberes con la Corona y con la Patria. Y juntos, como cuando eran niños, habían peleado a lo largo de varios años, aunque Ortiz había desaparecido hacía diez, en la campaña contra los apaches que dirigía el entonces comandante don Bernardo de Gálvez, al norte del río Pecos.

—Pensábamos que habías muerto —dijo Vidal.

—Me capturaron y he vivido con ellos desde entonces.

—¿Y vas a seguir con ellos? —preguntó Vidal.

—Ya tengo una familia. Ya vivo otra vida. Ya soy de *la gente* —repuso Ortiz con naturalidad.

Otra vida, pensó Vidal. El granadero Ortiz, aindiado...

—¿Y a qué habéis venido?

—Estábamos cazando y nos hemos acercado a ver el mar —repuso Ortiz.

A Vidal le extrañó que estuviesen cazando tan al sur, pero no dijo nada.

—¿Y vuestros caballos? —preguntó.

Nuestro pacto con los criks no nos permite entrar con los caballos en su territorio. Ellos tampoco pueden hacerlo así en el nuestro...

A Vidal le asaltó el recuerdo de su reciente dolor.

—¿Te acuerdas de Periquillo? Al pobre acaba de llevárselo un lagarto y no he podido impedirlo. Estoy desolado.

Ortiz no hizo ningún comentario.

—¿A dónde ibais? —preguntó—. No creo que en Mobile el capitán Benítez pueda prescindir de nadie... Ya hemos visto que está fortificándola.

Aquello despertó la inquietud de Vidal. ¿Cómo su antiguo amigo y compañero podía conocer la existencia del capitán Benítez, tan recientemente incorporado a la compañía de Mauvilla? ¿Y cómo conocía la escasez de medios defensivos? Decidió pues no decir nada de los barcos ingleses fondeados en la bahía.

—Voy a Pensacola a unirme a las tropas —respondió.

—Ya conocemos que los españoles estáis apoyando con firmeza a los rebeldes que siguen a Washington, que les enviáis armas, ropas, bastimentos, dinero... Y miles de combatientes. Se sabe que habéis creado tasas especiales para ayudarlos. No me imaginé que Su Majestad se metiese en esto...

Vidal volvió a extrañarse de que Ortiz hablase de los españoles con tanta lejanía, pero contestó tajantemente a su pregunta:

—Los ingleses son nuestros enemigos.

—Quiero hablar un rato contigo —dijo Ortiz, con un tono que no parecía dejar posibilidad de negativa.

—Voy a dejar el fusil y a coger algo de comer y de beber. Os invitaré, para celebrar el

reencuentro —respondió Vidal con tranquilidad.

Y mientras los apaches y Ortiz se acucillaban a la sombra de un enorme ciprés, Vidal regresó con calma a donde estaban los caballos y, dejando el fusil en el suelo, junto a los bultos que aun no se habían guardado en las alforjas, montó deprisa en su caballo y lo azuzó para salir galopando, seguido del otro. Estaba seguro de que Ortiz era un espía al servicio de los ingleses. Tenía que llegar a Pensacola cuanto antes e informar a don Bernardo de Gálvez de todo aquello...

...

—Desmonta —ordenó Ortiz.

Pero Vidal no desmontó. Lo acuciante y esforzado de aquella persecución a pie le había parecido demasiado sospechoso. Tenía que llegar cuanto antes a Pensacola y avisar del caso. Se aproximó con los caballos a Ortiz y, alzando la pistola, apuntó a su pecho.

—Tengo cosas mejores que hacer que desmontar —dijo.

En ese momento Ortiz disparó el fusil, pero la bala pasó por encima de la cabeza de Vidal. Le pareció raro que un soldado tan experto en arrojar con precisión granadas como en disparar fusiles y carabinas fallara el tiro estando tan cerca, y se detuvo, manteniendo su pistola apuntada al cuerpo del antiguo amigo y compañero.

Los indios arqueros levantaron sus armas, pero Ortiz les dijo algo que él no pudo entender y quedaron inmóviles. Vidal mantuvo su pistola apuntando unos instantes al pecho de Ortiz, pero luego la alzó y disparó al aire.

A cambio de tu puntería y en recuerdo de los años de Lois —dijo, antes de hacer girar a sus monturas y escapar al galope.

# La cabellera

Arturo Pérez-Reverte

No los habíamos visto. Ni olerlos, siquiera, hasta que nos dispararon casi a bocajarro desde ambas orillas del arroyo.

Pam, pam, pam, sonaba. Como lo cuento.

Humo de pólvora y moscardones de plomo zurreaban por todas partes, dando chasquidos siniestros al pegar en carne.

El sargento Ordóñez, que iba de vino hasta las cartucheras, se descuidó él y nos descuidó a todos. Y así le fue, y nos fue.

Que Dios lo perdone, si puede. Yo espero que esté ardiendo en el infierno.

El hijo de mala madre se había negado a atender los consejos de los dos guías indios, Pascualillo y Trancas, que sugirieron otro camino; y como era más cómodo seguir el arroyo que andar desbrozando maleza, nos metió a todos de cabeza en la trampa: once españoles, siete americanos, cuatro morenos y los dos indios.

Veinticuatro, contando el sargento. Todos a la cazuela.

Con los primeros escopetazos se fueron al suelo, o al agua, casi la mitad. Uno de ellos, el propio Ordóñez. Mirándose con cara de alelado, como si no lo creyera, el mondongo que intentaba sujetarse con las manos, después de que un plomazo inglés le abriera la barriga de lado a lado.

Ni España, ni las Trece Colonias, ni pepinillos en vinagre. Fusil a la cara y culo prieto. Allí cada cual luchó por su pellejo como pudo, batiéndose el cobre, buscando la manera de escapar de la encerrona. Lo normal en esos casos.

En lo que a mí se refiere, encaré el mosquete, disparé contra la primera casaca roja que entreví entre los árboles, corrí chapoteando para salir del arroyo y protegerme tras un tronco caído, y allí, con las manos temblándome, le di un tiento al cuerno de pólvora.

Ziaang, ziaang, ziaang, sonaba el plomo sobre mi cabeza.

Ataqué una bala con la baqueta y, por si acaso, le puse la bayoneta al fusil antes de mirar alrededor y hacerme una idea de por dónde me podía largar. Porque si algo veía claro era que nuestro pelotón estaba listo de papeles.

Los rubios nos habían pillado en el introito. Con el calzón por las rodillas.

Pam, pam. Ziaang.

Los compañeros que seguían vivos recargaban y disparaban como podían, pero sólo era

cuestión de tiempo. Los ingleses también traían indios, como todo cristo en América, y entre el crujir de los disparos los oía aullar, relamiéndose con la escabechina y el botín que iban a trincar en cuanto se lanzaran a rematar a los que seguíamos vivos.

Entre el zumbido de balazos y el humo de pólvora, que con tanta fusilada casi parecía niebla, tres fulanos de los míos vinieron también a refugiarse tras el tronco del árbol. Uno era Istúriz, un vasco bajito al que en toda la campaña no le había oído decir ni media palabra. El otro, un americano flaco del que ignoro el nombre, así que lo llamaré el Yanqui. El tercero era Trancas, el que quedaba en pie de los dos guías indios, porque al otro le habían vuelto el forro con los primeros escopetazos.

Vinieron hasta el árbol caído, como digo, corriendo agachados para hurtar el cuerpo a los tiros, mientras los cuatro o cinco que quedaban en pie atrás, en el arroyo, vendían caro su pellejo de mala manera, sin tiempo ni ocasión de recargar.

Un moreno quiso unirse a nosotros. Chapoteaba en la orilla y casi llega, el pobre, pero lo tumbaron a medio camino. Pam. Saltó con las piernas y las manos encogidas, como un conejo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Istúriz, mirándome con cara de animal acosado.

La verdad es que no sé por qué me miraba a mí. Quizás porque, como ya estaba parapetado tras el árbol cuando él llegó, debía de pensar que tenía una especie de propiedad, o veteranía, respecto al asunto.

—Largarnos —dije—. Largarnos, pero ya mismo.

El Yanqui, que sólo debía de hablar en su parla, nos miraba con ojos desorbitados, pendiente más de lo que hacíamos que lo que decíamos. Crispaba los dedos en torno al mosquete hasta ponersele blancos los nudillos, de fuerte que lo hacía.

Le miré de cerca la cara. Tenía los ojos claros y pelillos rubios en la barba. Era joven y con granos, su casaca estaba sucia de barro y llevaba un trapo arrugado en torno al cuello, a modo de corbatín. Los labios le temblaban, nerviosos. De los tres blancos, indio aparte, era el único que aún conservaba puesto el tricornio. Muy formal, con sus bandoleras blancas cruzadas y las insignias en las solapas.

Intenté explicárselo moviendo las manos, una golpeando bajo la palma de la otra.

—Hay que irse, ¿compranpá?... Gou, gou. O sea, irnos. O nos masacran... ¿Undertás o no undertás?

Asintió, pero cualquiera sabía lo que estaba entendiendo. Lo de las manos sí debió de entenderlo bien, porque queriendo ayudar se asomó un poco a mirar por dónde íbamos a irnos y

señaló hacia no sé dónde.

No le hice mucho caso, porque en ese momento cesó la mosquetería en el arroyo y empezamos a oír los gritos de los heridos a los que indios e ingleses degollaban, y en realidad me importaba un carajo hacia dónde correr, mientras fuese pronto y rápido.

Me volví hacia Trancas, nuestro indio, que era el único que parecía tranquilo, mirándolo todo con aquellos ojos negros suyos y la piel color de cobre, oliendo a sebo y a Dios sabe qué.

—¡*Jallah!*—solté.

La verdad es que fue una de las cosas más absurdas que he dicho en mi vida, porque *Jallah* no es nada en lengua india, que yo sepa, y sí en moro, donde significa vámonos o tira palante. Lo aprendí en un batallón disciplinario, en Orán. Y es una estupidez lo que dije; pero la verdad es que allí, tras el árbol, a punto de que me rebanaran el pescuezo en un pantano asqueroso de Florida, le hablé al indio en lengua morube, como si éste la entendiera.

Lo juro. Ni idea de por qué me salió así. Supongo que por los nervios.

El caso es que Trancas se incorporó a medias, echó un vistazo rápido y salió disparado en la dirección opuesta a la que había señalado el Yanqui, que hablando inglés sería un hacha, o no, pero como explorador de rutas de escape en bosques no valía una mierda.

Salió corriendo nuestro indio, como digo, y lo seguimos los tres sin hacernos de rogar, con los helechos por la cintura y tropezando con las ramas podridas del suelo.

No he corrido tanto en mi puñetera vida.

Lo malo es que en cuanto nos movimos, los ingleses nos echaron el ojo y empezaron a gritar, a perseguirnos y a darnos mosquetazos que pasaban, ziaaang, ziaaang, cerca de nuestras cabezas, que aquello parecía repelón de bautizo.

—¡Esperad, joder!—gritó Istúriz.

Había tropezado con una raíz, una piedra o algo, y se estaba levantado mientras buscaba con urgencia el fusil que se le había caído en la maleza. Pero en el momento mismo en que yo me volvía a mirarlo, llegó un plomazo y pareció que la parte superior de la cabeza le reventaba como si hubiera estallado un petardo dentro de una sandía madura.

Hizo chof, así como suena, en plan fruta pocha, e Istúriz cayó entre los helechos, desapareciendo de mi vista.

Y yo, claro, seguí corriendo.

Nos reagrupamos Trancas, el Yanqui y yo junto a una roca cubierta de hiedra, para recobrar el aliento. Tenía la camisa empapada en sudor bajo la casaca y mis pulmones quemaban como si

tuvieran brasas dentro. Alrededor, entre la espesura de los árboles, se oían voces en inglés y gritos de los indios, y de vez en cuando sonaba un mosquetazo o un tiro de pistola disparados a ciegas.

Miré al Yanqui, que seguía con el sombrero puesto y temblaba como una hoja —yo también temblaba, claro— y luego a Trancas, que seguía observando alrededor callado e impassible, como si aquello no fuera con él.

El indio y yo nunca habíamos hablado antes, pues los exploradores nativos y los soldados del rey hacíamos rancho aparte. Su cara y su pinta daban miedo, incluso sabiendo que estaba de nuestro lado. Llevaba al cuello una moneda de plata, una pieza de a ocho con el perfil del rey Carlos III, de la que parecía orgulloso. Vestía un taparrabos sobre las piernas desnudas, una casaca nuestra muy remendada, y llevaba dos plumas en la trenza grasienta, la carabina en las manos y el tomahawk al cinto.

Sonó un tiro muy cerca y oímos pasos en la espesura. El yanqui dio un respingo y apuntó hacia allí el mosquete, pero Trancas se lo apartó con la mano.

—Si tiras, encuentran—susurró señalando un lugar entre los árboles—. Seguir ahora.

El otro lo miró con ojos alelados, aunque supongo que entendió el sentido. Luego anduvimos despacio, sin apresurarnos, para no hacer ruido. Medio agachados y con Trancas delante, que iba como olfateando el aire, atentas las orejas a cualquier sonido que anunciase enemigos cerca.

Recorrimos así unos cien metros, rodeamos un cañizal frondoso que nos cortaba el paso, y en un claro nos dimos de boca con cinco casacas rojas. Cinco hermosos ingleses.

La ventaja a nuestro favor, si puedo llamarla así, era que fue inesperado para nosotros y para ellos, y los rubios estaban tan desconcertados como nosotros. No esperaban el encuentro, o al menos no de esa manera.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, tan rápido y eficaz como torpe había sido hasta entonces, el Yanqui se echó el fusil a la cara y le descerrajó un tiro al que tenía más cerca, y lo hizo sólo un instante antes de que otro inglés, con pinta de suboficial, me parece, le pegara a él un pistoletazo casi a bocajarro que lo tumbó en el acto.

Pam, pam, pam.

Todo ocurrió tan rápido que en realidad no sé si ocurrió como lo cuento o me imagino la mitad.

Mi fusil estaba cargado, así que sin apenas apuntar, porque estábamos muy cerca unos de otros, le metí al casaca roja más próximo una bala en la barriga. Entre la humareda que se levantó

de pronto, un plomo pasó rozando mi oreja izquierda, tanto que me arrancó —eso lo supe luego— el pabellón con un pendiente de oro que llevaba allí por si alguna vez no tenía para pagar una copa, una puta o unas botellas. En ese momento no sentí más que el soplido pegado a mi cara, pero no le puse atención porque estaba cargando, con el coraje de la desesperación, contra el que había disparado, bayoneta por delante, metiéndole el fierro hasta el cañón de mi mosquete.

Lo malo es que al caer atravesado me lo arrancó de las manos, el maldito. Dejándome indefenso, o casi.

Ahora ya no sonaba pam, pam, sino ris, ras, tump, tump y chasca, chasca. Peleábamos cuerpo a cuerpo, Trancas y yo. El indio daba leñazos con la carabina descargada y agarrada por el cañón, muy a lo suyo, y de pronto tiró la carabina porque se le había partido la culata y echó mano al tomahawk, chas, chas, chas, dando unos hachazos que sonaban como los de un carnicero sobre el tajo de cortar.

Por mi parte, para no tener las manos desnudas, yo había sacado de la faja la cachicuerna de siete muelles —un buen acero de Albacete—, y con ella empalmada estaba fajado a navajazos con un rubio, hasta que me fui al suelo sobre él, cosiéndole el cuello a puñaladas mientras me miraba con ojos que se le salían de las órbitas, de puro aterrados, y su sangre me saltaba en chorros a la cara.

Acabado el inglés, me levantaba a ver con quién me tocaba luego, ya muy metido en faena y quitándome la sangre de los ojos con el dorso de una mano, blasfemando en arameo y ciscándome en los muertos del rey de Inglaterra y la puta que lo parió, cuando el suboficial inglés me clavó el sable en la cadera.

Dolió de narices. Vaya que sí. Dolió lo que no está escrito.

Todavía, tantos años después, siento escalofríos cuando recuerdo la hoja de acero entrándome y rechinando al tocar el hueso.

Pegué un grito de dolor; pero sabiendo que cuando el otro sacara el sable me iba a despachar de fijo, me abracé a él y le hundí la navaja en las costillas, removiendo bien cuando la supe dentro. Así me fui al suelo otra vez, ahora encima del inglés, que era pelirrojo y con patillas, y con unos ojos azules que me miraban con odio violento, y olía a sudor hasta apestar como una mofeta.

Chas, chas y más chas. Así sonaba el inglés. O su carne.

De ese modo le estuve metiendo y sacado la navaja sin darle espacio para usar otra vez el sable, hasta que Trancas, que al fin se había desembarazado del último enemigo en condiciones,

venía hasta nosotros, me apartaba sin remilgos, agarraba por el pelo al inglés, y con un hachazo en el cuello le cortaba casi entera la cabeza.

Me incorporé como pude, mirándome la herida antes de presionarla con un pañuelo para cortar la hemorragia.

Sangraba poco, pero dolía horrores.

Creí que Trancas me abandonaría, dejándome a mi suerte, pero el indio se quedó a mi lado después de registrar a los muertos, y también al Yanqui, quitándoles cuanto tenían de valor, incluso pendientes y anillos, para lo que no vaciló en cortar algún dedo.

Para mi sorpresa, después, con la mano ensangrentada, me palmeó la cara como se haría con un niño.

—Buena pelea —dijo—. Ingleses cabrones. Tú, bien.

Y me dedicó una especie de sonrisa que daba más pavor —ahora el miedo llegaba otra vez de golpe, tras la locura del combate— que cuando estaba serio. Después se colgó mi fusil, pasó uno de mis brazos sobre los hombros, puso otra mano en torno a mi cintura y me ayudó a caminar.

—Yo ayudo. Tú, tranquilo... No dejes solo.

Dimos unos pasos, alejándonos del lugar de la matanza. Yo aún tenía la navaja en la mano, abierta, así que hice detenerse un momento a Trancas mientras la limpiaba en mi camisa y la cerraba. Pero antes de meterla de nuevo en la faja vi que el indio la miraba, admirado.

—Buena cosa —dijo.

Era, como digo, una cachicuerna albaceteña de hoja reluciente y mango de asta. Una señora navaja española. Y entonces, por algún impulso raro, agradecido al indio por ayudarme a degollar al suboficial y por no dejarme abandonado ahora, se la puse en la mano.

—Para ti —dije ante su sorpresa—. Te la regalo.

Me miró. Primero a mí, incrédulo, y luego el arma, fascinado. La sostuvo en la palma de la mano, contemplándola con arrobos. Cuando volvió a mirarme, sus ojos negros de obsidiana centelleaban agradecidos.

—Tú, amigo —comentó.

Y dejándome solo, volvió sobre sus pasos, al lugar del combate. Regresó a los cinco minutos. Traía en la mano una especie de pingajo ensangrentado, y me lo entregó.

—Tuyo —dijo—. Tú, amigo grande.

Miré estupefacto lo que me había puesto en la mano.

Era un cuero cabelludo fresco, recién arrancado. Los pelos rubios por un lado y el pellejo

sanguinolento en el otro. Iba a tirarlo al suelo con repugnancia cuando alcé la vista y encontré la sonrisa ancha y agradecida del indio.

—Buenos guerreros, nosotros —me mostró la navaja, otra vez manchada de sangre—. Trofeo tú, trofeo yo. Ingleses cabrones.

Después volvió a pasarse mi brazo por encima del hombro, me agarró por la cintura y seguimos caminando por la selva.

Llegamos a Baton Rouge un día más tarde.

Todo el tiempo, hasta entonces, Trancas estuvo cuidando de mí. Me limpiaba la herida, buscaba bayas y raíces para comer, y se sentaba a mi lado a descansar, vigilando. En los accesos de fiebre traía un trapo mojado en agua para ponérmelo en la frente.

—Tú, yo, buenos guerreros —repetía abriendo y cerrando la navaja, complacido con el chascar de los siete muelles.

Clac, clac, clac...

Sonreía cada vez y me daba palmaditas en el hombro. Feliz. Le encantaba ese sonido.

Al llegar al campamento, nos separamos. Se alejó sin decir nada y yo fui a que me curaran, cojeando, apoyado en un bastón que el indio me había tallado en una rama seca con la navaja.

Me caía de fiebre.

Antes de tumbarme en la camilla, el ayudante de cirujano que me atendió señaló bajo mi casaca.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

Miré mi cinturón. Ya no me acordaba. El pingajo estaba colgado allí: un amasijo de pelos rubios revueltos con una costra de sangre seca y parda.

—No es nada —respondí, tirándolo entre la hierba.

Al día siguiente, los nuestros tomaron Baton Rouge. Nunca volví a ver a Trancas.

# La agente 355

Clara Sánchez

Estábamos a finales del verano de 1778, corría un fresco muy agradable cuando llegué a la casa de Anna Strong. Estaba situada en Setauket, frente a Long Island Sound y tenía la fachada blanca y el tejado oscuro con parterres de flores alrededor lógicamente descuidados. No era el momento más apropiado para ocuparse de quehaceres agradables y cotidianos cuando su marido Selah hacía unos meses que fue detenido por las facciones inglesas y confinado en un barco donde reinaban la podredumbre, las ratas y cosas mucho peores. Aun así el aspecto de la casa era acogedor y relativamente alegre por la algarabía y correrías de sus nueve hijos. Y uno podía imaginarse tiempos mejores de meriendas y juegos despreocupados, de visitas sin ganas de marcharse de su jardín. Solo en un entorno placentero y con la ayuda de los criados —que ahora vagaban de aquí para allá por no tener otro sitio mejor adonde ir—, Anna, maternidad tras maternidad, habría podido mantener un aspecto tan joven.

Me invitó a entrar con amabilidad y diligencia, mirando de reojo a derecha e izquierda. ¿Qué edad tendría? ¿Unos treinta y cinco? Por las arrugas en la comisura de la boca debió de ser sonriente y todo hacía pensar que su marido no era exigente con ella y que aquella tropa de niños era fruto de una irresistible atracción amorosa y no de la dejadez y el hastío. En el saloncito esperaban, unos de pie y otros sentados, pero en todo caso muy despiertos y alertas, los miembros de la red de espías Culper Ring: el líder Abraham Woodhull, un comerciante de nombre Robert Townsend, Austin Roe (dueño de una taberna) y el marino Caleb Brewster, todos residentes en Setauket. Me presenté yo mismo: Bernardo Gálvez, Gobernador español de Luisiana. Woodhull dio un paso al frente y me agradeció mi comparecencia. Deseaban ardientemente conocer al español que tanto estaba haciendo por la independencia de las colonias desde el punto de vista militar, pero también del espionaje. Mi habilidad para recabar información era encomiable y mi visión de futuro admirable. Los demás apoyaron sus palabras asintiendo con la cabeza. Realmente estaban consiguiendo que me sintiera satisfecho y que considerara que el viaje hasta esta encantadora casita no había sido en vano. Yo correspondí diciendo que aunque su sistema de espionaje no llevaba mucho tiempo funcionando se había ido perfeccionando y refinando de un modo glorioso.

Me comunicaron que lamentablemente no podía asistir a la reunión Benjamin Tallmadge, el creador de esta organización bajo las órdenes del mismísimo George Washington, quien le encargó reclutar a vecinos leales de Setauket dispuestos a informar de todo lo que veían y oían.

Así que siguiendo sus indicaciones Tallmagde ideó un código en que se nos identificaba con un número. Yo era el 540, Washington el 711, Woodhull el 722 y la ciudad de Nueva York el 727. En los mensajes se utilizaba tinta invisible y otras artimañas muy ingeniosas. Siguiendo este procedimiento, por medio de un mensaje insertado en un periódico, es como fui convocado a esta reunión.

Pero fue esta tarde, en el hogar de Anna Strong, cuando se rozó la genialidad. Fue ella misma quien propuso un método sencillo, práctico, que solo una gran agudeza mental y visual podría detectar y descifrar. Su mente trabajó con lo que tenía a mano y con el deseo de acabar con la guerra y rescatar a su marido. En el saloncito en que fingíamos tratar con normalidad, apoyados en la chimenea o en el piano, asuntos completamente anormales, en el saloncito digo, dedicado a la lectura y juegos de mesa en tiempos de paz, había rastros de su marido por todas partes: en las botellas de licor, los libros, los periódicos atrasados y los mazos de cartas. Todo conducía a imaginarlo amable y delicado y a temer que no sobreviviera en el barco-prisión. Debido a su ausencia, la situación familiar era realmente lamentable. Y a pesar de todo, entre las paredes de la casa, hubo instantes en que uno se olvidaba de que estábamos en guerra, sobre todo cuando llegó la hora del té que tomamos en unas tazas de porcelana con pequeñas rosas pintadas y filo dorado. La tetera humeante sostenida por la firme mano de Ann parecía un arma de guerra. Las mangas del vestido le llegaban un poco más abajo del codo, dejando al descubierto unos tendones fuertes, fruto de acarrear niños. Su vestido era sencillo, sin volumen, cómodo diría, mejor aún, práctico en tiempos completamente adversos para los corpiños y las enaguas aparatosas. De todos modos, le quedaba humor para adornarse con una preciosa pañoleta de gasa que hacía pensar en un ropero exquisito y en un esposo capaz de valorar el resbaladizo matiz de la elegancia o de lo que en tiempos de paz y felicidad podríamos llamar primor. En definitiva, era austera y de líneas limpias. Las muñecas, los hombros, los pómulos sobresalían contundentes y pulidos. Contemplándola mientras organizaba en la mesa —como en un juego para niños— los platillos, las tazas, el azucarero y la jarrita de la crema, comprendí que ya sería muy difícil que me conquistase una dama apretujada entre sedas y cintas y con colores postizos en las mejillas. Anna llevaba la cara lavada y sobre el labio superior se notaba una adolescente sombra de vello, algo que a cualquier hombre le echaría para atrás mientras que a mí —algo que nunca admitiría en voz alta si salía vivo de esta aventura— me resultaba encantador. Su frescura me recordaba a la de las criadas jóvenes de mi casa familiar en Málaga, solo que esta leía y hablaba con nosotros de tú a tú. Observándola empezó a rondarme la idea de que estaría muy bien que todas las mujeres supieran

leer y escribir, que entendieran la política y pudieran charlar con los hombres como uno más, y allí mismo tomé la decisión de abrir cuando regresara a Málaga —si se coronaba con éxito esta empresa— una escuela para niñas. Mientras Anna terminaba de ordenar la mesa, el hijo más pequeño se agarró a sus faldas y cuando por fin ella se sentó se metió debajo de ellas y allí permaneció hasta que Anna volvió a levantarse y él se quedó a la intemperie, desprotegido del calor de su madre. Entonces empezó a llorar como habríamos hecho todos los allí reunidos si hubiésemos tenido unas faldas en que refugiarnos. Hasta el jardín llegaban el humo y el ruido de los cañonazos de los enfrentamientos en Long Island entre los aliados de las trece colonias americanas que luchaban por la independencia y el ejército británico que había ocupado Nueva York. Sabía que esta guerra arrancararía de estas paredes su hogareño papel pintado y los retratos de la familia, con caras serias y con miradas lejanas, como si presintiesen este momento.

En un instante dado Anna corrió las cortinas y cerró la puerta de la sala. A la vista de los curiosos éramos caballeros haciendo una visita, pero una visita muy especial. Dejamos de aparentar posturas relajadas y quien más quien menos se cogió la cara entre las manos o se colocó el puño bajo el mentón. Nos removimos en nuestras camisas y levitas tratando de respirar mejor para pensar mejor. Woodhull dijo que no habría muchas más ocasiones para reunirnos y me agradeció de nuevo con emoción de caballero, es decir, contenida y sincera, todos mis servicios de información. Me explicó que en las últimas semanas Tallmagde, ausente de la reunión, había definido la correa de transmisión de todos los mensajes que Culper Ring haría llegar al general Washington y de cuya selección el mismo Woodhull era responsable. Gozaba de veintisiete años muy templados y sagaces, su flema distaba bastante de mi temperamento impulsivo y a veces vehemente y por eso mismo me atraía —y podría decir sin querer pecar de frivolidad— me divertía el espionaje puro y duro en que la inteligencia debe estar por encima de la espada. Me hacía gracia cómo Woodhull hablaba de acciones temerarias, de las que probablemente nadie se enteraría jamás, de pie, apoyado en el piano y con las piernas cruzadas en una auténtica pose de ballet. En esa postura radicaba la verdadera heroicidad y valentía. Anna también lo contemplaba con la admiración con que se contempla un cuadro bellamente ejecutado. ¡Qué importantes son los modales! Son los escudos tras los cuales se camuflan verdaderos guerreros, que han cambiado las máscaras fieras con que intimidar al enemigo por pelucas empolvadas y maneras de eterno bailarín para desorientarlo.

Y así, con esta suavidad —que yo empezaba a apreciar sobremanera— me explicó que de ahora en adelante debería entregar cualquier tipo de información a Robert Townsend, allí

presente, un hombre de aspecto absolutamente servicial y tan de fiar que incluso los oficiales británicos le confiaban alguna información que otra, sobre todo porque no tenían por qué sospechar del columnista de un periódico británico. Así pues, tanto mis mensajes como los del resto de colaboradores él se los pasaría a Austin Roe, cuya taberna suponía una tapadera perfecta para ir y venir de Setauket a Nueva York con la excusa de comprar provisiones. Los mensajes reunidos por Townsend se los entregaría a Abraham Woodhull.

A su vez Woodhull debía entregar dicha información al marino Caleb Brewster —el más recio de todos nosotros, incluido yo mismo que era el más bajo y gordo—. Su cometido consistía en recorrer Long Island desde Connecticut en su barco, con gran riesgo de su vida debido a las fragatas británicas que patrullaban el estrecho. Y se veía obligado a ocultarlo en alguna de las calas hasta que Woodhull se las ingeniaba para llegar hasta él y entregarle la información reunida sobre movimiento de tropas, que Brewster debía entregar a su vez a Tallmadge y éste a George Washington. Y así se cerraba el círculo de estos valientes, que exponían sus vidas sin ninguna grandilocuencia.

El problema era que conocer tanto la llegada de Brewster a Long Island como la localización de la cala donde se escondía de los británicos a la espera de que en la oscuridad de la noche Woodhull lo encontrara para entregarle la información correspondiente, se convertía en algo tortuoso y muy arriesgado por el tiempo que requería dicha localización. Tampoco era conveniente introducir a más informadores en Culper sin saber hasta dónde podía llegar su lealtad. Llevábamos dos años en guerra y la situación cada vez se complicaba más. Los muertos, los presos, algunos ánimos flaqueaban, si bien gracias a mi propia red de espionaje y mi buen amigo e informador Oliver Pollock supe que Florida estaba a punto de caramelo.

«Caballeros» —dije—. «Mi próximo destino es Florida y mi próxima hazaña Pensacola».

Lo dije como si ya hubiese visitado el futuro y tuviese que limitarme a materializar lo que ya estaba hecho, como si solo tuviese que pasar la pluma por un mensaje en tinta invisible. Hay momentos en la vida en que la presión del destino es tan fuerte, que la mente se abre para que entre en ella lo que ha de ser, lo ineludible. Y yo, para bien o para mal, debía cumplir mi suerte.

Les sorprendió mi determinación, el tono de mi voz sin asomo de duda. «Lo haré» —dije para remachar mi propósito, para consolidarlo en aquel saloncito cruzado por el sol de la tarde y por la mirada de color miel de Anna. En la ruda mano del tabernero Roe la delicada taza de porcelana prácticamente desaparecía, igual que una paloma en el sombrero de un mago.

«¿No hay nada más fuerte que ofrecer a este caballero?», dijo Roe dirigiéndose a la señora

Strong. Anna titubeó unos segundos. Probablemente jamás imaginó que en las trágicas circunstancias que vivíamos, con su marido encarcelado, hubiese algo que celebrar. Pero enseguida se dirigió a una vitrina y sacó una botella de licor, un vestigio de su esposo que estrechó contra el pecho. Recordaría los tiernos tiempos en que él después de venir del trabajo se serviría una de las graciosas copas del aparador y abriría el periódico.

Nos servimos en las mismas tazas del té, no era cuestión de convertir un instante de respiro en una fiesta.

«Si tan seguro está de sus logros en Pensacola. Si nos concede el privilegio de considerarlo una promesa, deberíamos comunicárselo al general Washington», dijo Woodhull.

«Tendremos que esperar a que Webster ataque en alguna cala de Long Island. Habrá que estar muy atentos. Esta no es una información menor, señores míos —dijo Townsend—. Podría introducir un anuncio en clave en el periódico».

Me llamó la atención ver a Anna sirviéndose un generoso chorro de licor en su taza.

«Demasiado arriesgado», intervino Woodhull. «Hace un año no lo habría sido, pero los británicos tienen a expertos descifrando todo lo que les suena raro o fuera de lo normal».

Ahora Woodhull parecía nervioso. Había que reconocer que se exponía mucho. Él era quien reunía toda la información y era comprensible que temiese que de ser detenido pusiera en peligro a toda la organización y la misma empresa de independizar a su país. Le habría dicho que no temiese porque todo lo que estábamos haciendo ya estaba hecho, pero eso sería como reconocer su debilidad, su miedo. Se sirvió otro buen chorro de licor y los demás le seguimos. Con las ventanas y la puerta cerradas el aire no corría y las mejillas se nos fueron encendiendo.

«Quizá un jinete exprés fuese lo más apropiado».

«Sra. Strong», dije volviéndome hacia ella, que llamó a un criado para que se hiciera cargo del niño. «Siento mucho que el señor Strong esté pasando por este trance. Haré lo que esté en mi mano para abreviar el final de la guerra».

Sabía que mis palabras sonaban algo megalómanas, pero yo era así, un tipo echado para adelante, esa es la verdad. Y no eran tiempos para dárseles de modesto. Anna no me sonrió porque no podía, no debía y puede que ni siquiera supiera ya hacerlo. En lugar de la sonrisa sacó del aparador una botella de whisky sin abrir.

«Creo que a Selah le gustaría que se la bebieran ustedes y no los casacas rojas».

Apuramos nuestras tazas para no mezclar el whisky con el sabor dulzón del licor.

«Mientras hablaban he estado pensando cómo hacer llegar el recado del señor Gálvez a

Brewster», dijo Anna.

Woodhull cambió su posición junto al piano. Se apoyó en el codo izquierdo y descruzó las piernas. Abrió los ojos desmesuradamente para escuchar bien a Anna. En Roe no cambió nada, estaba acostumbrado a no dejarse intimidar por los borrachos de la taberna ni por nada que dijera nadie. Todos nos servimos una generosa ración de whisky antes de que nos lo arrebatasen los casacas rojas. Anna se colocó el pelo detrás de sus pequeñas y delicadas orejas y se alisó el vestido. Se arrellanó bien en el sillón, se cogió una mano con la otra. En sus dedos destacaba el anillo con una piedra pequeña verde, podría ser una esmeralda. Cuando se consideró segura de sí misma y de su aspecto, soltó lo que francamente a mí me pareció una genialidad, esa perla fascinantemente humilde que a ninguno de nosotros se nos habría pasado por la cabeza.

«No sé si se habrán fijado al entrar en la casa que tendemos la ropa en el patio. Quizá no lo hayan visto. Estoy pensando que de ahora en adelante la tenderemos en el jardín. Desde luego no es el lugar más apropiado, nadie tiende la ropa en el jardín. Nadie quiere que las visitas lo primero que vean sean las intimidades colgadas de una cuerda. Pero hay que reconocer que es donde el sol pega con más fuerza».

Nos quedamos en suspenso. Su cuello esbelto, sus pómulos, las cejas perfectamente arqueadas, su voz clara, todo eso para hablarnos de secar la ropa.

«Tienen que tener en cuenta que en esta casa con tantos niños hay ingentes cantidades de ropa que lavar».

Asentimos a este último comentario, sin decidírnos ninguno a añadir nada. Intuíamos que había que esperar.

«También se habrán fijado en que las ventanas del segundo piso por la parte de atrás dan al mar».

Nos miramos perplejos, ninguno nos habíamos fijado o no le habíamos dado importancia.

«El caso es que desde allí puedo ver el barco de Webster. Puedo saber cuándo llega, y Woodhull desde su casa puede ver mi jardín. Y si puede ver mi jardín también podrá ver la ropa colgada allí».

¡Ah! Empezaba a hacerse la luz. La miramos, nos miramos y volvimos a mirarla. Ella hizo una pausa para tomar un trago de su taza. Woodhull iba cambiando la serenidad del principio por impaciencia, y no sería por la prisa, puesto que de un modo u otro tendríamos que esperar a que anoheciera para salir de uno en uno en direcciones distintas y con total discreción, sin escondernos, pero sin mostrarnos. Yo me iría en el coche de caballos de Townsend, que me

dejaría en un punto convenido para que me recogieran mis hombres. Townsend como periodista de un tabloide británico se veía en la obligación de hablar con todo el mundo mientras escribiera a favor de Gran Bretaña. El resto en principio no levantaba sospechas. No había de qué preocuparse si no se tenía miedo.

«Sr. Woodhull, cuando mire hacia mi jardín y vea colgada una enagua negra será porque el barco del señor Webster está en Long Island. Primer problema resuelto. El segundo consiste en saber en qué cala fondeará hasta que por la noche vaya a su encuentro Woodhull, ¿no es así?». No esperó contestación y siguió: «Para resolverlo, deberá fijarse en los pañuelos. Todos son blancos y cuadrados. Sin embargo, algunos colgarán de un pico. Estos son los que indican la cala. Si hay dos colgados del pico será la segunda cala, si hay tres, la tercera, etc. Si los otros pañuelos colgados de dos picos están muy juntos a esos otros es que los casacas rojas están muy cerca, si no, es que el ambiente está más despejado. ¿Qué les parece?»

El tabernero Roe lanzó un ¡viva! Los demás inclinamos la cabeza en señal de respeto y admiración. Yo me acerqué y le besé la mano. La tenía más áspera de lo esperable como si en realidad los criados que pululaban por allí fuesen fantasmas de criados. Me sobrecogía pensar en su día a día, intentando llevarle comida a su marido y hablando con el mismísimo diablo para tratar de liberarle y al mismo tiempo cuidar de sus nueve hijos y que todos en esa casa tuvieran un bocado que llevarse a la boca con el temor añadido de que los soldados la ocuparan y los echaran a patadas o a culatazos. Realmente, notable.

Woodhull dijo que a partir de ahora Anna Strong sería la agente 355 y que así tendríamos que referirnos a ella. Con esta frase dimos por terminada la reunión sin despedidas efusivas. Salimos en intervalos de diez minutos y nos dispersamos por aquel caos de un mundo que agonizaba y otro que renacía.

Yo tomé Pensacola en 1781, tal como prometí. Y tras la guerra y victoria de la Independencia de los Estados Unidos de América, recibí una invitación muy especial firmada por unos cuantos códigos secretos entre los que se encontraba el 355. Se me convocaba en la taberna de Roe, que nunca como el resto de espías de Culper fue descubierto. Me emocionaba encontrarme con unos valientes a quienes no importaba que el mundo jamás supiera que lo fueron.

Los divisé en la penumbra, sentados en recias sillas de madera. Al verme se levantaron y no pude evitar abrazarlos. A Anna le ofrecí mis respetos lo mejor que pude. Un hombre de unos cuarenta años, pálido y delgado estaba a su lado y me tendió la mano. Era su marido Selah. Me alegré muchísimo de que hubiese sobrevivido y de que tuviesen un nuevo hijo de nombre George

Washington Strong. Lo que nunca me habría esperado es lo que sucedió a continuación. Se oyeron las ruedas de un carruaje, cascos de caballos, la portezuela del carruaje al abrirse y al cerrarse y diversas botas pisando el porche de madera de la taberna. Pero solo entró una persona. La claridad de la calle lo encuadró. No había duda, era George Washington. Quería conocer a los miembros de Culper Ring y agradecerles su gran labor. Luego contó cómo se le había ocurrido el nombre de Culper y a mí me llevó aparte, me pasó el brazo por los hombros y me dijo algo que no olvidaré jamás.

# Brest, septiembre de 1779

Lorenzo Silva

Este hombre que contempla el puerto de Brest a la luz gris de la mañana de septiembre es el digno heredero de su estirpe. Lo es por marino, como lo fue el hombre a quien, según le han contado desde la infancia, se remontan su apellido y su nombre: Hugo de Moncada, general de la flota de galeazas de Nápoles que formaba parte de la Gran Armada, allá por el año de 1588. Lo es, también, por haberse embarcado en una misión para invadir la isla de Gran Bretaña, como ya hiciera su ilustre antepasado e hizo también uno de sus descendientes, llamado como él Hugo de Moncada: su abuelo, a la sazón un joven oficial de infantería destinado en el regimiento de la Corona, antiguo de la Mar de Nápoles, que junto con otros 300 hombres zarpó en marzo de 1719 del puerto de Pasajes rumbo a Escocia, donde consiguió desembarcar y plantar batalla a las tropas inglesas. Lo es, en fin, porque, igual que acabó sucediendo con las expediciones de las que formaron parte sus dos ancestros homónimos, ha llegado el día en que la flota con la que él navega, imbatida en el mar, pero derrotada por el tifus, tiene que desistir de su empeño. En algo difiere la suerte de este Hugo de Moncada de la de sus dos predecesores de iguales nombre y apellido: él, por lo que se ve, va a padecer la amargura y el oprobio de poder contarlo.

Ha crecido el Hugo de Moncada que saborea su revés hoy, en los últimos días del verano de 1779, escuchando una y otra vez las historias de sus dos antepasados, caídos al servicio del proyecto maldito de hacer morder a los ingleses el polvo de su propia isla. Han sido los relatos épicos de cómo uno y otro sucumbieron, sin aflojar bajo el fuego enemigo, la inspiración que le ha conducido a vestir el uniforme, a sumarse entusiasta a esta nueva empresa bajo el mando desdichado del almirante francés Orvilliers, al que en mala hora se ha visto supeditado el viejo almirante en jefe de la flota española, don Luis de Córdova y Córdova; un septuagenario a quien todos llaman respetuosamente el Abuelo y que tiene más empuje y coraje que todos los marinos ingleses y franceses juntos. De haber sido por él, la invasión se habría lanzado al principio del verano, cuando el enemigo, ocupado y atribulado por añadidura con la sublevación de sus colonias norteamericanas, no estaba preparado, ni por mar ni tampoco en tierra, para repelerla. La cautela excesiva de los franceses demoró la decisión y la flota ha estado distraída en el bloqueo del tráfico marítimo de la isla. En esa campaña menor ha conseguido alguna victoria de mérito, como la captura de un navío de línea inglés, el HMS Ardent; pero eso son minucias en comparación con el objetivo mayor: la invasión que ahora, con la inminente llegada del mal tiempo, la reorganización del enemigo y, sobre todo, las fiebres que se han extendido entre

infantes y marinería, no ha habido más remedio que suspender.

Apoyado en la borda del navío en el que sirve como oficial subalterno, el joven Moncada, uno más de los que esa mañana de septiembre vuelven frustrados y abatidos a Brest, hundido bajo el peso de la melancolía y la fatalidad, evoca esas hazañas de sus antecesores que tantas veces le contaron, y a cuya altura no quieren dejarle que esté ni la Historia ni el francés.

Muchas veces ha imaginado, por ejemplo, cómo debía verse la mar desde el puente de la San Lorenzo, la galeaza insignia de la flota napolitana de la que aquel primer Hugo de Moncada fue comandante. Era un barco imponente, de mil toneladas y 50 cañones, más adecuado para el Mediterráneo que para las aguas del Atlántico a las que hubo de salir y en las que hubo de batirse con motivo de la expedición de la Gran Armada. Así y todo era un rival temible, al que los ingleses señalaron en seguida como una de las piezas codiciadas de la flota ingente y heterogénea de Su Majestad católica. Se pregunta Moncada si su antepasado previó alguna vez el destino que le estaba reservado en aquella batalla sobrada de infortunio, y que iba a ser el menos deseable de todos. La San Lorenzo no fue, por cierto, uno de los muchos barcos que tras el descalabro de la Armada, y viendo su retirada cortada al sur por la flota inglesa, lograron rodear por la costa norte de Escocia, pasaron al oeste de Irlanda y acabaron tras una larga y penosa travesía, con sus tripulaciones diezmadas por el hambre, el frío y las enfermedades, recalando en algún puerto de la península, a donde el rey vio volver el grueso de su flota sin que eso le consolara del descalabro. Tampoco fue uno de los barcos, no pocos, que salieron enteros del encuentro con los ingleses pero naufragaron luego durante el tortuoso periplo, por culpa de las tormentas y del agotamiento de sus marineros. La mala fortuna, implacable y concienzuda, quiso que fuera la San Lorenzo uno de los pocos barcos perdidos en combate. El único, de hecho, cuyo final fue imputable a la acción de la escuadra adversaria, si se tiene en cuenta que las otras dos naves perdidas a manos de los ingleses, las carracas San Salvador y Nuestra Señora del Rosario, lo fueron por una explosión en la santabárbara y por un choque con otro barco, respectivamente, que las dejaron ingobernables y a merced del enemigo.

No fueron sin embargo los cañones de los galeones ingleses los que sellaron la desgracia de la San Lorenzo. Tuvo más que ver en su pérdida su inadecuación para la rudeza del Atlántico y, en última instancia, el desconocimiento de las costas a las que, ante la presión de los barcos enemigos, se vio arrimada a combatir y en cuyos fondos acabó por embarrancar. Antes de su agonía, había protagonizado alguna airosa escaramuza, como el acoso al que al frente de las galeazas napolitanas sometió a la más grande y poderosa nave enemiga, el Triumph de Martin

Frobisher, que escapó del cerco gracias al viento que providencialmente vino en su auxilio y al que los esfuerzos de los galeotes no pudieron vencer. Su suerte se torció en la madrugada del 8 de agosto de 1588, frente a Calais, cuando los ingleses arrojaron contra la flota española, que hasta ese momento había mantenido su impecable y formidable orden de combate en forma de media luna, seis brulotes, también llamados mecheros del infierno: seis barcos en llamas con los cañones cargados, de los que las pinazas de la flota sólo lograron neutralizar dos, acercándose temerariamente a las naves incendiadas, clavándoles un arpón y desviándolas de su rumbo. Las otras cuatro pasaron, y cuando empezaron a tronar sus cañones cundió el desconcierto y aun el pánico entre los españoles; el orden se rompió y en medio del desbarajuste la San Lorenzo enganchó el timón con las amarras de otro barco y lo rompió. Cuando a la mañana siguiente la flota inglesa se arrojó contra la dispersa formación española, la galeaza herida fue un blanco fácil, que a duras penas pudo plantar cara a la embestida y acabó retirándose hacia la costa de Calais, donde, cada vez con menos agua debajo del casco, los remeros, desesperados, terminaron por encallarla en el fondo.

Allí, prácticamente condenada, con la artillería inutilizada por la escora que le impedía apuntarla contra el enemigo, pero fuera del alcance de los cañones de los barcos ingleses, que no se acercaban a distancia de culebrina por la aprensión de acabar corriendo la misma suerte que la galeaza napolitana, sostuvo el general Hugo de Moncada una resistencia desesperada. Echó mano del valor de sus infantes embarcados, que mantuvieron a raya a los ingleses que en botes de asalto se acercaban a la playa para rematar al gigante malherido. Se prolongó el combate sin que la suerte se inclinara de un lado ni del otro: los ingleses no se atrevían a lanzarse con todo y los españoles, animados por el ejemplo de su general, vendían cara su derrota. Hubo varios intentos de abordaje, pero todos ellos fueron repelidos. Los botes de los ingleses se iban llenando de muertos y heridos y no veían por dónde poner pie en la galeaza encallada. Hasta que un infante de marina inglés apoyó su arcabuz, apuntó y le voló la cara a Hugo de Moncada, que vio así truncada su vida. Privados del empuje de su general, los hombres que mantenían la resistencia saltaron del barco y se dispersaron por la costa, dejando a los ingleses, al fin, camino libre para hacerse con su botín.

Igualmente desventurada fue la peripecia de su abuelo, el segundo Hugo de Moncada que pesa en su memoria y al que siente que el destino le impide emular. Él sí llegó a pisar suelo británico, y aún pudo hacer algo más: ocupar una fortaleza e izar sobre ella la bandera del rey de España. No pasó de ser un acto simbólico, casi ínfimo: la fortaleza en cuestión, el pequeño castillo de Eilean

Donan, en Escocia, edificado sobre un islote entre el Loch Duich y el Loch Alsh, era un enclave sin apenas valor militar. La misión que llevaba a las Highlands escocesas a su abuelo y a los trescientos infantes que lo acompañaban, bajo el mando del coronel Pedro de Castro Bolaño, no era conquistar aquella posición irrisoria, sino auxiliar a la sublevación jacobita contra la Corona británica, con la participación del legendario Rob Roy MacGregor, que había ofrecido levantar una hueste con la que se trataba de sorprender a la menguada guarnición que defendía aquel territorio. Para los intereses españoles, dirigidos por el cardenal Alberoni, consejero de Felipe V, no pasaba de ser una pequeña maniobra de distracción, dentro de un proyecto más amplio de invasión de Inglaterra. A este efecto se había formado una flota de 27 navas y 7.000 hombres, que intervendrían en la guerra civil que entonces se libraba en Gran Bretaña con un gran desembarco en el suroeste de la isla, apoyado por los simpatizantes jacobitas que abundaban en la región. La operación escocesa tenía como finalidad obligar a los ingleses a enviar tropas al norte, desprotegiendo de esa manera el sur.

Todo, una vez más, volvió a salir mal. La flota principal, que había partido de Cádiz, quedó desbaratada por una feroz tormenta frente a las costas de Finisterre, en la que se perdió buena parte de la fuerza embarcada, por lo que se decidió abortar la misión. Ajena a este desastre, la flotilla que había zarpado de Pasajes, compuesta por dos fragatas, ocupó a principios de abril la isla escocesa de Lewis, en cuya capital, Stornoway, puso un primer campamento. El 13 de abril pasó a las Highlands y el contingente español se instaló en el castillo de Eilean Donan, la fortaleza del clan de los MacKenzie, comprometido en la sublevación jacobita. Las fragatas desembarcaron el material que transportaban, incluidos 2.000 mosquetes y 5.000 pistolas con su correspondiente munición, y regresaron a España, dejando a los infantes en el castillo. Allí habían de concentrarse las fuerzas de los rebeldes, para acudir, con el núcleo de soldados españoles como unidad de choque, al encuentro de los ingleses.

Sin embargo, los highlanders no respondieron en el número esperado al llamamiento a la rebelión. Aunque el plan inicial era concentrar una fuerza para marchar sobre Inverness, la capital de las Highlands, a orillas del Lago Ness, la escasa respuesta sembró la duda entre los jefes escoceses, entre los que estaba, además de Rob Roy MacGregor, el conde de Seaforth, señor de la fortaleza de Eilean Donan y jefe del clan MacKenzie. Junto a ellos, el grueso de la expedición española recorrió la región tratando de recabar apoyos. En aquellas estaba Hugo de Moncada, marchando infructuosamente por las Highlands, cuando los ingleses, alertados de la presencia de españoles en la zona, decidieron mandar tres fragatas al Loch Alsh en misión de reconocimiento.

Al ver Eilean Donan ocupado por tropas extranjeras, despacharon a tierra a un oficial para intimarlas a rendirse, pero los cincuenta infantes españoles que habían quedado para defender el castillo lo recibieron a tiros. Tras ese incidente, las fragatas inglesas cañonearon el castillo por espacio de tres días, desde el 10 hasta el 13 de mayo de 1719, hasta reducirlo a las ruinas en que quedaría durante dos siglos y obligar a sus defensores a deponer las armas. A los cuarenta españoles supervivientes los enviaron, prisioneros, al castillo de Edimburgo.

A principios de junio, los españoles supieron de la caída del castillo. Abandonados los planes sobre Inverness, lograron a duras penas armar un contingente para enfrentarse a las tropas británicas, que habían partido a su encuentro desde esa ciudad al mando del general Wightman. Contaba este con 850 infantes, 120 dragones de caballería y cuatro baterías de morteros. A ellos se logró oponer una fuerza de algo más de 700 highlanders pertenecientes a diversos clanes: Cameron de Lochiel, MacDonald de Glengarry, MacGregor, MacKinnon, MacKenzie y MacMurray. Estos clanes —que aportaban cada uno fuerzas de entre 40 y 200 hombres, como mucho—, cohesionados y motivados sólo hasta cierto punto, se situaron a los lados de la fuerza central formada por los 250 veteranos que le restaban a la expedición del regimiento de La Corona. Los españoles tomaron posiciones sobre la colina que dominaba el Glen Shiel —o desfiladero o cañada del río Shiel—, a unas pocas millas del Loch Duich, donde presentaron batalla a los ingleses el 10 de junio de 1719.

La lucha fue dura y encarnizada, y pese a la superioridad de que gozaban, la primera acometida resultó desventajosa para los ingleses. Sin embargo, Wightman entendió pronto que era en los flancos defendidos por los escoceses donde el frente resultaba más débil, y en la segunda concentró sucesivamente sobre uno y otro los ataques de su artillería y caballería y los esfuerzos de sus infantes. Consiguió así que los highlanders se dispersaran, con la clara intención de ponerse a salvo; entre ellos los 40 del clan MacGregor, incluido el legendario Rob Roy. Los españoles, que no tenían a donde huir, sostuvieron sus posiciones hasta más allá de lo posible. Siguieron resistiendo aun cuando ya se habían quedado solos y, sólo cuando comprendieron que nada tenían que hacer frente a un enemigo que cuadruplicaba sus fuerzas, emprendieron la retirada por el que desde entonces se llamaría Belachna na Spainnteach, o paso de los españoles. Ahí fue donde aquel joven teniente Hugo de Moncada, siguiendo el ejemplo de su insigne antepasado, recibió el disparo mortal que le impidió ver la rendición, padecer el cautiverio en el castillo de Edimburgo y regresar finalmente derrotado a España.

Piensa el oficial Hugo Moncada, mientras mira el puerto de Brest este día aciago de

septiembre de 1779 —desde la altura del barco de cuya dotación forma parte, el Santísima Trinidad, una descomunal fortaleza de los mares que regresa sin haber servido para su fin—, que cuando a uno se le niega ser parte del empeño coronado por la victoria es preferible no sobrevivir a la derrota y quedar, como sus antepasados, fijado en la memoria de un glorioso hecho de armas. Piensa, también, que hay algo maléfico e injusto en la manera en que los ingleses prevalecen siempre sobre los suyos, con la ayuda inestimable de las tormentas, las calamidades y los errores de dirección y de alianzas que una y otra vez estorban a los españoles y vuelven inútil su valor. De nada ha servido, a la postre, el terror que a lo largo de ese verano han logrado inspirar a la población británica, que sintiéndose desprotegida, por tener al grueso del ejército regular combatiendo en las colonias norteamericanas y ver cómo la flota enemiga ponía en fuga a la escuadra del Canal de La Mancha, ha llegado a abandonar las poblaciones costeras por miedo a que las velas españolas aparecieran en el horizonte, dispuestas a vengar los anteriores reveses y a doblegar, por fin, a Inglaterra. De nada les ha servido reducir a cero el comercio inglés y forzar el cierre de la Bolsa de Londres. Los titubeos franceses y la maldición del tifus han dado al traste con todas las expectativas que ahora se desmoronan miserablemente en el puerto de Brest. Siente, en fin, que navegando bajo aquella bandera está condenado a elegir entre sucumbir con honor o retirarse con vergüenza, como le ocurre en estos momentos que nunca querrá recordar.

No imagina, porque es joven y carece como cualquier humano de la facultad de anticipar el futuro, que aún le esperan otros hechos y otras coyunturas en los que desquitarse de la frustración que ahora siente. No sabe, aún, que a las órdenes de su anciano almirante, Luis de Córdova, participará en uno de los más resonantes triunfos de la Armada española. Ocurre el verano siguiente, cuando los espías españoles en el Reino Unido informan al ministro Floridablanca de que un gran convoy de mercantes ingleses, con su escolta de barcos de guerra, formada principalmente por la escuadra del Canal, va a zarpar para América con el objetivo de llevar tropas y pertrechos para aplastar la rebelión de las colonias norteamericanas. Se trata, en realidad, de un doble convoy: una parte de él va a la India, donde el Reino Unido libra otra guerra colonial. El convoy tiene instrucciones de pasar lo más lejos posible de las islas Canarias, para evitar encuentros con los españoles. Floridablanca envía órdenes a Córdova, nombrado capitán general de la Armada, para que trate de interceptarlo. Córdova parte con la flota del Estrecho, formada por 27 navíos de línea y varias fragatas. Calcula la ruta más probable de los ingleses y despacha a las fragatas, más rápidas, para que vayan barriendo el océano en abanico. En la madrugada del 9 de agosto de 1780, una de estas fragatas avista el doble convoy británico,

compuesto por 60 mercantes armados, dos fragatas de 36 cañones y el navío de línea de 76 cañones HMS Ramillies, donde viaja su almirante en jefe, Moutray. La escuadra del Canal se ha separado del convoy a la altura de Galicia, para regresar a las islas donde aún se teme una invasión.

Valiéndose de una celada y de su mejor conocimiento de los vientos, Córdova consigue encerrar al convoy británico. Sólo unos pocos de los barcos ingleses osan plantar cara al abordaje de los españoles, cuyos navíos de línea fuertemente artillados, con tripulaciones veteranas y bien entrenadas, los intimidan y persuaden de entregarse, en la mayor parte de los casos, sin oponer resistencia. En total apresan 55 barcos británicos, con 294 cañones, 3.000 marineros y 2.000 soldados destinados a las colonias; más una inmensa fortuna de 1.000.000 de duros en lingotes y monedas de oro, 80.000 mosquetes y 3.000 barriles de pólvora, suficientes para armar una docena de regimientos. Cuando entra en Cádiz con semejante botín, la flota de Córdova se encuentra con que en el puerto no hay sitio para tanto barco. El golpe infligido a los ingleses será terrible, y aunque no valga por la invasión que nunca pudo ser, acaba con sus esperanzas de contener la rebelión de sus colonias de Norteamérica.

En el puente del Santísima Trinidad, junto al viejo capitán general Luis de Córdova, vencedor de los ingleses, un Hugo de Moncada de muy distinto ánimo creará casi conjurada la maldición que pesa sobre los suyos. Con ese sentimiento se le concederá vivir un tiempo, pero no morir. En octubre de 1805, retirado en Nápoles, conocerá de la debacle de la flota española en Trafalgar y de la pérdida del Santísima Trinidad, hundido frente a las costas de Cádiz con sus 140 cañones y la memoria de la jornada funesta de Brest y la triunfal del doble convoy. Ese día, y los demás de su vida, a Hugo de Moncada, fallido heredero de una estirpe de héroes malogrados, lo atenazará la conciencia de no haber llegado a estar, nunca, allí donde habría debido.<sup>[1]</sup>

Sólo el primer Hugo de Moncada de este relato es histórico. Los otros dos son una licencia para la ficción literaria, aunque los hechos en los que se les implica sucedieron tal y como se cuentan. Reconozco la deuda que tengo en su documentación con, entre otros textos: *La derrota de la Armada Invencible*, de Garrett Mattingly; *La batalla de Glen Shiel*, de José Antonio Crespo-Francés; y *La grande y felicísima captura realizada por don Luis de Córdova y Córdova*, de Fernando R. Quesada Rettschlag.

# **Cronología**

# Hitos de la Independencia de los Estados Unidos de América

Juan Eslava Galán

## 1750-1760

· Crece el malestar en las trece colonias británicas de América del Norte por los impuestos que decreta el gobierno de la metrópoli. Los colonos alegan que según la Carta de Derechos de 1689 (*Bill of Rights*), «No hay tributación sin representación» y ellos carecen de representantes en el parlamento británico. El *Bill of Rights* lo impuso el Parlamento inglés al príncipe Guillermo de Orange antes de aprobar su sucesión al rey Jacobo II.

## 1754-1763

· Guerra Franco-India (o Guerra de los Siete Años). Enfrenta a británicos y franceses. Tribus de nativos americanos apoyan a uno u otro bando.

· Victoria británica. Francia, expulsada de Norteamérica.

· Francia cede a España Luisiana Occidental, para compensarla por la entrega de La Florida a Inglaterra.

## 1765

· En marzo, el parlamento británico aprueba la Ley del Sello (*Stamp Act*): cualquier impreso emitido en las colonias (incluso los naipes) debe llevar un sello fiscal en relieve.

· Los británicos se han visto obligados a elevar los impuestos en las colonias de América para compensar su economía, lastrada por los préstamos con los que ha financiado la guerra.

· Los colonos boicotean las mercancías procedentes de la metrópoli.

· El parlamento británico cede y abroga la ley considerándola «inconveniente».

## 1766

· El parlamento británico aprueba la Ley de las Colonias Americanas (*The American Colonies Act 1766* o *Declaratory Act*): «Las colonias y plantaciones en América han sido, son, y por derecho deben ser, subordinadas a, y dependientes de la corona imperial y el parlamento de Gran Bretaña».

## 1767

· El parlamento aprueba la Ley Townshend, que grava con impuestos diversos productos exportados a las colonias.

· Los colonos la declaran ilegal alegando el *Bill of Rights* de 1689.

## 1768

- Disturbios en Boston.
- Los británicos reprimen el contrabando
- Cuatro mil soldados británicos ocupan Boston.
- El parlamento estudia medidas contra representantes de los colonos en Inglaterra, que pueden ser acusados de traición a la Corona.

## 1769

- Los colonos boicotean el comercio británico.

## 1770

- En marzo, los colonos se manifiestan y lanzan trozos de hielo a los soldados británicos, que abren fuego y matan a cinco de ellos (Matanza de Boston).
- Cunde la indignación entre los colonos.

## 1773

- 10 de mayo: el parlamento británico promulga la ley del té (*Tea act*), que permite a la Compañía Británica de las Indias Orientales (*East India Company*) vender té en las Trece Colonias sin pagar impuestos.
- 16 de diciembre: Motín del té (*Boston tea party*): Un grupo de miembros del partido Los Hijos de la Libertad (*Sons of Liberty*) disfrazados de indios asaltan los barcos de la *East India Company* surtos en el puerto de Boston y lanza al agua los fardos de té.

## 1774

- El parlamento británico reacciona aprobando cuatro leyes punitivas (*Coercive Acts*) que los colonos consideran intolerables (*intolerable acts*). Estas leyes son:
  - Ley del Puerto de Boston: se prohíbe el uso del puerto de Boston hasta que se indemnice al Tesoro Real y la Compañía de las Indias Orientales por los daños causados en el Motín del té.
  - Ley del Gobierno de Massachusetts: se deroga el gobierno autónomo de la colonia de Massachusetts devolviendo sus poderes al gobernador británico.
  - Ley de la Administración de Justicia: el gobernador británico puede absolver a voluntad a los oficiales del rey juzgados por tribunales locales.
  - Ley del Alojamiento: enmienda a la ley del alojamiento de 1765 que permite alojar tropas británicas en edificaciones coloniales sin uso.
  - Una quinta disposición, la Ley de Quebec (*Quebec Act*), extiende los límites de la Provincia de Quebec y favorece a los católicos franceses que pueblan aquella provincia.

- Indignación en las Trece Colonias.
- Llamamiento a la resistencia política y social.
- 5 de septiembre: Primer Congreso Continental, con asistencia de 56 delegados de doce colonias (falta Georgia, que quiere congraciarse con los ingleses para que la defiendan de los ataques de los indios). Resoluciones:
  - Denuncia las leyes intolerables porque violan los derechos de los colonos.
  - Decreta boicot al comercio británico.
  - Aprueba que las colonias alistén sus propias tropas.

### **1775**

- Segundo Congreso Continental, que prepara así la guerra de la independencia:
  - Se nombra a catorce generales.
  - Se autoriza la invasión del Canadá.
  - Se alista un ejército al mando de George Washington, hacendado virginiano y veterano de la Guerra Francesa e Indígena.
- Febrero: el parlamento británico declara a Massachusetts en estado de rebelión.
- Boston (Massachusetts), ocupado por cuatro regimientos británicos al mando del general Thomas Gage.
  - 23 de marzo: Patrick Henry pronuncia su famoso discurso «Libertad o muerte» (*Give me liberty or give me death*).
  - Abril: primeros enfrentamientos en Lexington y Concord, cerca de Boston. De un lado el ejército regular colonial británico; del otro, las milicias de los colonos bajo las órdenes de George Washington. «Un disparo que resonará en todo el mundo» (*The shot heard 'round the world*).
  - Julio: los ingleses derrotan con dificultad a los colonos en Bunker Hill, cerca de Boston.
  - Thomas Gage ordena confiscar las armas acumuladas en Concord. Los setecientos soldados británicos son rechazados con pérdidas.
  - Las zonas rurales en manos de los revolucionarios.
  - Gage intenta desarmar a los rebeldes y arrestar a sus líderes.

### **1776**

- 11 de junio: el Congreso designa un comité de cinco hombres para redactar una declaración de independencia (John Adams de Massachusetts, Benjamin Franklin de Pensilvania, Thomas Jefferson de Virginia, Robert R. Livingston de Nueva York y Roger Sherman de Connecticut).

- 28 de junio: el comité presenta el primer borrador al Congreso. Tras las deliberaciones, se edita el documento dándole forma literaria y rebajando el tono.

- 4 de julio: el Congreso aprueba la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. «Nosotros, los representantes de los Estados Unidos, reunidos en Congreso General, apelando al juez supremo del universo, por la rectitud de nuestras intenciones, y en el nombre y con la autoridad del pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos lo presente: que estas colonias son, y por derecho deben ser, estados libres e independientes; que están absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona británica: que toda conexión política entre ellas y el estado de la Gran Bretaña es y debe ser totalmente disuelta, y que como estados libres e independientes, tienen pleno poder para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer comercio y hacer todos los otros actos que los estados independientes pueden por derecho efectuar. Así que, para sostener esta declaración con una firme confianza en la protección divina, nosotros empeñamos mutuamente nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor».

- El conde de Aranda, embajador español en París, envía ayuda encubierta a los colonos rebeldes: 216 cañones de bronce, 12.826 bombas y 30.000 fusiles con sus bayonetas por valor de «los dos millones de libras tornesas destinados por ambas Cortes para auxiliar a las colonias inglesas de América».

- 27 de agosto: los británicos derrotan a George Washington en la Batalla de Long Island. Las tropas de Washington escapan de noche.

- 16 de septiembre: los británicos ocupan Nueva York.

- 26 de diciembre: George Washington derrota a los británicos en Trenton después de cruzar el Delaware parcialmente congelado.

## **1777**

- Los británicos toman Filadelfia.

- 19 de septiembre: comienza la batalla de Saratoga (Nueva York), que ganarán los rebeldes mandados por Horatio Gates. Catorce mil rebeldes a las órdenes de George Washington derrotan a ocho mil regulares británicos apoyados por mercenarios alemanes y por milicianos. Esta victoria cambia el rumbo de la guerra y atrae a franceses y españoles a la causa de los rebeldes (Francia en 1778 y España en 1779).

- Ayuda española: entre 1777 y 1783 Carlos III envía secretamente suministros y dinero a los rebeldes por medio de la compañía marítima del armador bilbaíno Diego María de Gardoqui, que será el primer embajador de España en Estados Unidos. Carlos III no quiere ayudar abiertamente

a los revolucionarios porque al fin y al cabo son súbditos que se han rebelado contra su rey legítimo.

### **1778**

- 6 de febrero: Francia reconoce a los Estados Unidos de América y firma con ellos un Tratado de la Alianza.

- 17 de marzo: los británicos declaran la guerra a Francia.

- El malagueño Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisiana española, ayuda encubiertamente a los rebeldes ignorando las protestas de los británicos.

- Francia ayuda a los revolucionarios con armas, munición e impedimenta.

- La flota británica se ve obligada a distraer naves para proteger sus propios intereses marítimos de los franceses.

### **1779**

- 22 de junio. España y Francia firman el Tratado de Aranjuez. España declara la guerra a Inglaterra (guerra Anglo-Española).

- Agosto: una escuadra combinada franco-española de 68 navíos (entre ellos el *Santísima Trinidad*, insignia del almirante Luis de Córdova) interrumpe el tráfico naval británico en el canal de la Mancha y obliga a sus buques a refugiarse en sus puertos.

- 27 de agosto: Bernardo de Gálvez sale de Nueva Orleans al frente de un ejército irregular formado por soldados españoles, colonos de la zona (milicianos, franceses, alemanes, canadienses) e indios. Aunque un huracán les destroza los pertrechos, no ceden en su propósito y remontan los pantanos aguas arriba del Misisipi.

- 6 de septiembre: Gálvez toma la posición británica de Manchac.

- 22 de septiembre: Gálvez toma Baton Rouge y pocos días después el fuerte de Panmure, lo que abre la navegación del Misisipi a los rebeldes.

### **1780**

- 14 de marzo: Gálvez toma la Mobila.

- 30 de marzo: Gálvez recibe refuerzos de La Habana y prepara la conquista de Panzacola.

- 9 de agosto: Luis de Córdova, al mando de una escuadra de 27 navíos, apresa y lleva a Cádiz a un convoy británico de 57 fragatas procedente de Portsmouth que transporta vituallas para su ejército en las colonias sublevadas y para la India. Además de los tres mil hombres de las dotaciones y los mil ochocientos soldados de las compañías reales de las Indias Orientales y Occidentales que viajaban en el convoy, Córdova se apodera de vituallas por valor de un millón

de duros. Como consecuencia cae la bolsa de Londres. Las tres naves de la escolta se incorporan a la marina española con los nombres de *Colón*, *Santa Balbina* y *Santa Paula*.

### **1781**

· 8 de mayo: Gálvez recibe la noticia del nuevo estado de guerra entre España e Inglaterra y, aprovechando que los británicos lo desconocen, porque sus correos son más lentos, toma Mobile y Panzacola.

· Tres mil defensores británicos se rinden entregando armas y enseñas.

· El almirante don Luis de Córdova apresca en el canal de la Mancha un convoy británico de 24 barcos que lleva al puerto de Brest.

· Gálvez ataca los fuertes británicos que controlan el Misisipi. Conquista Fort Bute, Baton Rouge, Natchez y Mobile y ataca Pensacola, lo que cierra el Misisipi a los británicos.

· Octubre: asedio de Yorktown (Virginia): los once mil efectivos de George Washington y del Marqués de Lafayette se ven reforzados por unos siete mil franceses al mando del conde de Rochambeau y veintinueve navíos al mando del conde de Grasse. La financiación corre a cargo de España, gracias a las gestiones de Francisco de Saavedra, que libra desde La Habana un millón de pesos para pagar tropas y adquirir pertrechos.

· Se rinde el ejército del sur británico al mando de Lord Cornwallis.

### **1782**

· 6 de mayo. Una escuadra compuesta por fragatas de Carolina del sur y transportes españoles toma Nasáu, capital de las Bahamas.

· Fracasa el asedio de Gibraltar por fuerzas navales combinadas hispanofrancesas.

· 30 de noviembre: los británicos y los americanos firman los artículos preliminares de un tratado de paz.

### **1783**

· 3 de septiembre: Tratado de París. Los británicos reconocen la independencia de las Trece Colonias. Termina la guerra.

### **1784**

· 14 de enero: los americanos firman el Tratado de París. Los británicos lo ratifican el 9 de abril.

· 30 de enero: España firma la paz con los ingleses, que le restituyen la isla de Menorca y las dos Floridas (Florida Occidental y Florida Oriental).

# **Autores**

# **Autores**

## **Juan Eslava Galán**

· Nació en Arjona (Jaén) en 1948. Es doctor en Letras. Es autor de una docena de novelas, entre las que destacan *En Busca del Unicornio* (Premio Planeta), *El comedido Hidalgo* (Premio Ateneo de Sevilla), *Señorita* (Premio Fernando Lara) y *La Mula*. Ha publicado ensayos como *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie*, *Los años del miedo*, *El catolicismo explicado a las ovejas*, *De la alpargata al seiscientos*, *Historia de España contada para escépticos*, *Homo erectus*, *La década que nos dejó sin aliento*, *Historia del mundo contada para escépticos*, *La primera guerra mundial contada para escépticos*, *La segunda guerra mundial contada para escépticos* y *La madre del cordero*, entre otros. Ha traducido la poesía de T.S. Eliot. También escribe novelas de ficción histórica con el pseudónimo Nicholas Wilcox.

## **Espido Freire**

· Nació en Bilbao en 1974. Debutó en 1998 con su novela, *Irlanda*, galardonada por los libreros franceses como libro revelación extranjero, y al año siguiente obtuvo el Premio Planeta con *Melocotones helados*. Con *Soria Moria* (Algaida) obtuvo el XXXIX Premio Ateneo de Sevilla, y en 2017, el Premio Azorín con “*Llamadme Alejandra*” (Planeta). Además de la novela, cultiva también con éxito el ensayo, el relato, teatro y poesía.

## **Agustín Fernández Mallo**

· Nació en La Coruña en 1967. Es licenciado en Ciencias Físicas y ha trabajado como radiofísico durante años en el Hospital Son Dureta de Palma de Mallorca. En el año 2000 acuña el término «Poesía Postpoética» —que investiga las conexiones entre el arte y las ciencias—, cuya propuesta ha quedado reflejada en varios poemarios. Su ensayo *Postpoesía, hacia un nuevo paradigma* fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo en 2009. Su narrativa incluye las novelas *Nocilla Dream*, *Nocilla Experience* y *Nocilla Lab* —recogidas en el volumen *Proyecto Nocilla*—, *El hacedor (de Borges)*, *Remake*, *Limbo* y *Trilogía de la guerra*, Premio Biblioteca Breve. Su producción artística abarca géneros híbridos que combinan el videoarte, la palabra escrita y el *spoken word*, la música, el cine y la *performance*.

## **Susana Fortes**

· Nació en Pontevedra, en 1959. Susana Fortes es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Reside en Valencia, donde imparte clases en un instituto. Con su primera novela, *Querido Corto Maltés*, ganó en 1994 el Premio Nuevos Narradores. Además ha publicado *Las*

*cenizas de la Bounty, Tiernos y traidores, Fronteras de arena, Adiós, muñeca, El azar de Laura Ulloa, Quatttrocento, Esperando a Robert Capa, La huella del hereje y Septiembre puede esperar.*

### **Luz Gabás**

· Nació en 1968 en Monzón (Huesca). Durante años ha compaginado la docencia universitaria con la traducción, la publicación de artículos, la investigación en literatura y lingüística y la participación en proyectos culturales, teatrales y de cine independiente. Desde 2007 vive en Anciles, junto a la Villa de Benasque, donde se dedica, entre otras cosas, a escribir. Su primera novela, *Palmeras en la nieve*, fue uno de los éxitos editoriales de 2012. En 2014 publicó *Regreso a tu piel* y en 2017 *Como fuego en el hielo*.

### **Juan Gómez-Jurado**

· Nació en Madrid, en 1977. Es periodista y escritor. Ha pasado por las redacciones de algunos de los principales medios españoles. Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente* y, la más reciente, *Cicatriz*) se publican en más de cuarenta países. Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

### **Emilio Lara**

· Nació en Jaén, en 1968. Es doctor en Antropología, licenciado en Humanidades con Premio Extraordinario y Premio Nacional Fin de Carrera, profesor de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria. Es autor de las novelas *La cofradía de la Armada Invencible* y *El relojero de la Puerta del Sol*.

### **Cristina López Barrio**

· Nació en Madrid. Tras ganar el Premio Villa Pozuelo de Alarcón de novela juvenil con la obra *El hombre que se mareaba con la rotación de la Tierra*, y la publicación de la novela *La casa de los amores imposibles*, traducida a quince lenguas y publicada en veintidós países, abandonó la abogacía para dedicarse plenamente a la escritura. Ha publicado también el libro de relatos *El reloj del mundo*, así como las novelas *El cielo en un infierno cabe, Tierra de brumas* y *Niebla en Tánger*, finalista del premio Planeta 2017.

### **José María Merino**

· Nació en A Coruña, en 1941. Se dio a conocer en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, que obtuvo el Premio Novelas y Cuentos. Su novela *La orilla oscura* fue galardonada con el Premio

de la Crítica en 1986. Además, ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil, el Premio Miguel Delibes de Narrativa, el Premio NH para libros de relatos editados, el Premio Ramón Gómez de la Serna de Narrativa, el Premio de Narrativa Gonzalo Torrente Ballester y el Premio Nacional de Narrativa. En el campo del cuento literario ha publicado *Historias de otro lugar*, *Las puertas de lo posible*, *El libro de las horas contadas*, *La realidad quebradiza* y *Aventuras e invenciones del profesor Souto*. Sus ensayos literarios están reunidos en *Ficción continua* (2004) y *Ficción perpetua* (2014). Es miembro de la Real Academia Española.

#### **Arturo Pérez-Reverte**

· Nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintiún años. Con más de veinte millones de lectores en todo el mundo, muchas de sus novelas han sido llevadas al cine y a la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española.

#### **Clara Sánchez**

· Nació en Guadalajara, España, en 1955, pasó su infancia en Valencia y acabó estableciéndose en Madrid. Tras desempeñar otros trabajos, enseñó en la universidad y participó en distintos medios. En 1989 publicó la novela *Piedras preciosas*, a la que siguieron, entre otras, *Últimas noticias del paraíso* (Premio Alfaguara de Novela 2000), *Presentimientos* (2008), *Lo que esconde tu nombre* –que obtuvo en 2010 el Premio Nadal de Novela y la lanzó al mercado internacional–, o *El cielo ha vuelto*, con la que ganó el Premio Planeta en 2013. Su obra, traducida a más de veinte idiomas, la ha convertido en una de las autoras españolas más reconocidas.

#### **Lorenzo Silva**

· Nació en Madrid, en 1966. Ha escrito, entre otras, las novelas *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *Noviembre sin violetas*, *La sustancia interior*, *El urinario*, *El ángel oculto*, *El nombre de los nuestros*, *Carta blanca* (Premio Primavera 2004), *Niños feroces*, *Música para feos* y *Recordarán tu nombre*. Además, es autor de la serie policíaca protagonizada por los investigadores de la Guardia Civil Bevilacqua y Chamorro. Con uno de sus títulos, *El alquimista impaciente*, ganó el Premio Nadal 2000 y con otro, *La marca del meridiano*, el Premio Planeta 2012. Desde 2010, es guardia civil honorario.

*Edición no venal de Zenda, [zendalibros.com](http://zendalibros.com), patrocinada por Iberdrola*

Doce miradas, doce relatos de España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, firmados por doce relevantes escritores españoles: Juan Eslava Galán, Espido Freire, Agustín Fernández Mallo, Susana Fortes, Luz Gabás, Juan Gómez-Jurado, Emilio Lara, Cristina López Barrio, José María Merino, Arturo Pérez-Reverte, Clara Sánchez y Lorenzo Silva. Este libro, patrocinado por Iberdrola, acompaña en Nueva Orleans, Washington DC y Miami a la exposición «Memorias Recobradas. España, Nueva Orleans y la ayuda a la Revolución Norteamericana».

«Las historias de los escritores que acompañan al lector durante este recorrido nos invitan a recordar el rol fundamental de España en episodios clave y, sin embargo, poco conocidos. Son textos que abordan nuestro ayer con miradas diferentes procedentes de las dos orillas, recordándonos que todos somos memoria».

**Ignacio S. Galán**  
Presidente de Iberdrola

### *Bajo dos banderas*

*Relatos de España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos*



zendalibros.com  
@zendalibros



IBERDROLA